

*T*U YO,
SIEMPRE

ROCÍO ÁLVAREZ ALEJANDRO

*Tuyo,
siempre*

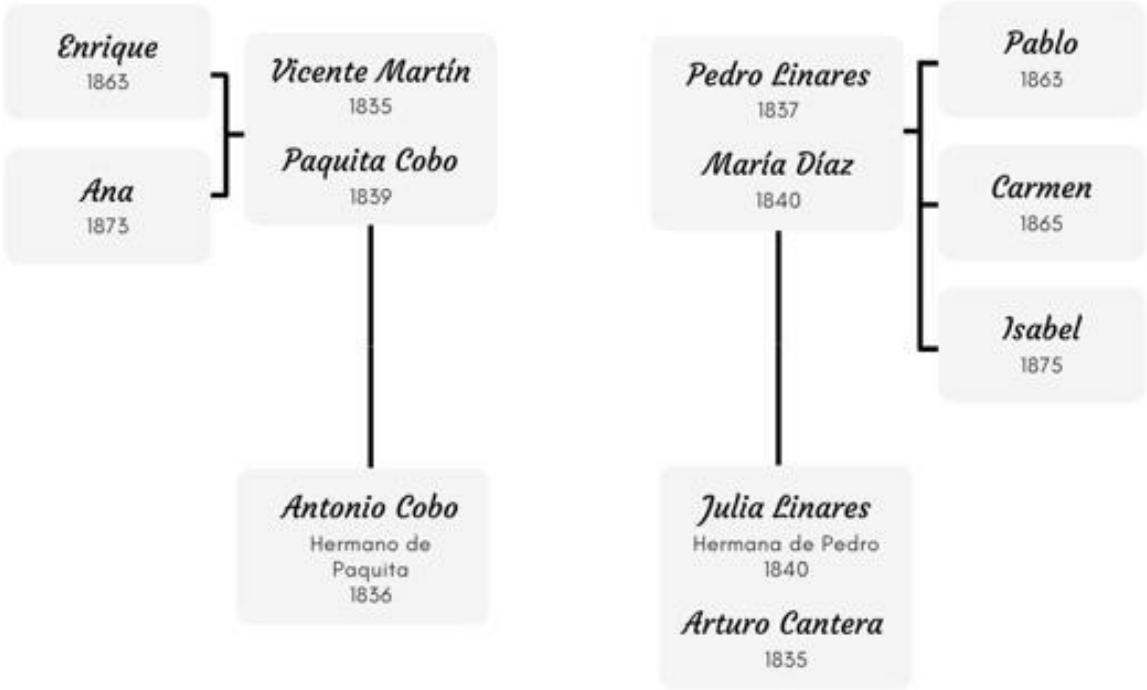
Rocío Álvarez Alejandro

Para Gabriel,
el amor de mi vida

Las familias de Jardinia

Familia Martín Cobo

Familia Linares Díaz



1

1880
Jardinia, Cantabria

Nunca salió nadie de Jardinia sin afirmar que se trataba del pueblo con más encanto que jamás habían visto. Era suficientemente pequeño como para que todos sus habitantes se conocieran y alternaran con familiaridad, pero no tanto como para no poder conservar un mínimo de intimidad y algún que otro secreto.

Las casas eran de piedra y sus balcones de madera oscura, que en primavera y verano lucían sus buganvillas, hortensias y petunias y el resto del año lo hacían con begoñas y geranios, dando un alegre colorido a sus fachadas. Los jardines de las casas lucían siempre un verde y una frondosidad exultante y las calles empedradas de la villa estaban salpicadas de catalpas, sauces y chopos. Así era Jardinia, exuberante de naturaleza como lo era toda la costa cantábrica.

Era un pueblo pacífico y habituado a sus pequeñas tradiciones. Y por si no era suficiente el paisaje que se podía contemplar ya se mirara al norte, con ese mar azul coronado de espuma blanca, o al sur, con esos prados deliciosos para el paseo y el pasto del ganado, hace unos años que se pusieron de moda, gracias a la reina Isabel II, los baños de ola, atrayendo a forasteros del interior de España. Esta oportunidad puso en movimiento a su alcalde ya que no dejó año tras año de introducir mejoras al encantador pueblo.

Primero fue una hermosa balaustrada de piedra para adornar el paseo marítimo. Luego, se construyeron unas pasarelas en la playa que daban acceso a unas casetas de madera a rayas azules y blancas alternadas con otras amarillas y blancas para facilitar el cambio de vestuario y disfrutar de almuerzos y meriendas. Y también se dispuso a lo largo de la playa una hilera de sillas de mimbre con una graciosa forma de semi huevo para ofrecer un descanso con vistas privilegiadas, una agradable sombra a la cabeza y el refugio perfecto para las habituales y saludables brisas marinas.

Los habitantes también habían aprovechado la ocasión de recibir a tantos turistas que venían a beneficiarse de su querido mar y, por qué no, a gastar algo más de la cuenta en refrigerios, especialidades gastronómicas de la zona y en alojamientos con todas las comodidades.

Más alejado, al este, se encontraba el puerto pesquero, la fuente de ingresos de una buena parte de los habitantes del pueblo. En dirección al sur y a las afueras de Jardinia, donde crecían los más verdes y fértiles pastos, se encontraban unas pocas familias de campesinos que cuidaban de sus vacas. La más humilde de todas era la familia Martín Cobo. Los padres, Vicente y Paquita, tenían al menos la dicha de poseer siete vacas sanas que daban la suficiente leche a la cooperativa de la que formaban parte para mantener a sus dos hijos, Enrique y Ana.

Sin embargo, un día en el mes de septiembre algo terrible ocurrió en el tranquilo pueblo que

obligó a la familia Martín Cobo a acelerar los planes que ya tenían para su hijo. Allá, al otro lado del Atlántico, en Cuba, le esperaba su tío Antonio, propietario de una plantación de azúcar, que al parecer estaba dando unos grandes beneficios. Tal y como era habitual en aquellos tiempos, adolescentes, casi niños, embarcaban en los bergantines que partían del puerto de Santander con destino a Cuba, con la promesa de regresar al cabo de unos años cargados de fortuna y aventuras. Muy pronto los bautizaron como los indianos. En el caso de Enrique, contaba con la ventaja de ser algo mayor, pues ya había cumplido los diecisiete.

- Pobre hijo mío, embarcarte solo durante tanto tiempo, ¿cuándo te volveremos a ver?
- Sollozaba Paquita mientras se secaba las lágrimas y su hijo se echaba a la espalda un petate listo para embarcar.
- Vamos, vamos mamá, es ya todo un hombre. Está listo y preparado para hacer lo que debe. -Le consolaba su marido mientras apretaba con cariño el hombro de su primogénito.
- Mamá, no te preocupes por mí, os escribiré a menudo. Estaré bien. Me habéis enseñado a trabajar duro. -Enrique abrazó a su madre mientras notaba cómo su pecho se encogía de pena.

2

1890

Jardinia, Cantabria

Era un día lleno de bullicio en Jardinia. Todo el mundo estaba expectante y hablaba de ello en cada esquina y en cada plaza. Enrique, el mayor de Vicente y Paquita, llegaba hoy al puerto de Santander después de una estancia en Cuba de diez años. Las últimas noticias que habían llegado de él era que la fortuna le había sonreído y hacía solo unos meses que el prestigioso arquitecto Julián López había terminado su casa: un edificio grandioso de tres plantas y amplios jardines.

La tía Julia y sus sobrinas Carmen e Isabel no eran la excepción y también hablaron del tema mientras paseaban por la playa un bonito jueves de octubre.

- Hoy parece que no hay otro tema de conversación en el pueblo...- Comentó la querida tía Julia, mientras las plumas de su sombrero se movían al son de la brisa marina.
- Sí, tengo curiosidad por saber cuánto ha cambiado.- Respondió con un gesto pensativo Carmen. Su tía, la miró de reojo mientras seguían caminando al murmullo de las olas.
- ¿Tú lo conociste, Carmen? - preguntó su hermana Isabel.
- Sí, de pequeños jugábamos juntos. Eran buenos tiempos.-Se paró mientras recordaba en silencio. Luego, prosiguió.- Él se fue con diecisiete años, yo tenía quince. Sin embargo, nunca volví a saber nada de él, ni una carta, nada. - Volvió a callar durante unos segundos.- Bueno, de eso hace ya mucho tiempo. Me alegro de que le haya ido bien.
- Peor para él, Carmen. -Le sonrió Isabel.
- Gracias querida, eso pienso yo. -Carmen le devolvió la sonrisa.
- Ha empezado a soplar el aire con fuerza, niñas. Vamos a casa que ya va siendo hora de comer. - Ordenó Julia con su habitual y extraordinario tacto.
- Id yendo vosotras que enseguida os alcanzo. - Replicó Carmen.

Carmen había aparentado calma e indiferencia, pero su corazón estaba mucho más agitado de lo que parecía. Enrique y Carmen fueron buenos amigos desde que se conocieron cuando eran tan solo unos niños. Pero, al cabo de los años y poco antes de la repentina separación, habían experimentado un cambio en su relación volviéndose más especial, más intensa.

Los juegos infantiles que siempre les habían divertido habían sido sustituidos por paseos y charlas y cada vez que jugaban como antes, corriendo por el prado o bañándose en el mar, habían experimentado emociones que les habían erizado el vello de la piel o agitado el cuerpo de una forma desconocida.

Ninguno de los dos pudo encajar todo ese cambio del todo porque un buen día Enrique se marchó. Ella creyó que acabaría teniendo noticias suyas pero no fue así. Alguna vez paseó hasta

la casa de los padres de Enrique y se aventuró a preguntar por él. Le dijeron que estaba bien, pero no que mandara recuerdos para ella. Estuvo unos años furiosa, dolida, y aunque el tiempo suavizó en parte ese dolor, todavía no lo había olvidado.

3

Carmen volvió a casa después de su paseo solitario por la playa. Su casa era desde hace unos años, la casa de su tía Julia, a la que se mudó, junto con sus hermanos, Isabel y Pablo, cuando sus padres murieron hace ya nueve años.

¡Cómo recordaba Carmen aquellos tiempos felices antes del accidente! Su padre, Pedro Linares, era el médico de la villa, y muchas veces había tenido la suerte de acompañarlo mientras visitaba a algunos de sus pacientes. Lo recordaba sabio, paciente y sobre todo muy querido por todos. Era además un amante de la poesía, recitaba a Becquer o a Gabriel y Galán de tal manera que embelesaba a quien le oía. Devoraba los libros y tenía un amor por la cultura que había contagiado a toda su familia.

Su madre, María Díaz, era la mujer más guapa que Carmen había visto nunca. Su pelo era castaño, brillante, sedoso y lleno de matices que peinaba cada noche antes de acostarse. Escuchaba con paciencia a su querido Pedro cada noche, atendiendo con mucho interés cómo progresaban sus pacientes y si habían funcionado los novedosos remedios que de vez en cuando les aplicaba. Tenía un gusto exquisito por las flores, las cuidaba y hablaba con ellas. En cada rincón de la casa se respiraban las distintas fragancias de los jarrones que arreglaba. También ayudaba a su cuñada Julia en el diseño de su jardín y le aconsejaba en qué lado de la casa colocar una planta u otra.

Carmen de vez en cuando tarareaba las mismas canciones que su madre canturreaba por las mañanas, y cuando se veía las manos, recordaba las de su madre, igual de delgadas y estilizadas, con las que le enseñó a tocar el piano. Pero lo que más le gustaba a Carmen era cómo se querían sus padres y cómo se entendían con solo mirarse. Si algún día se casaba, deseaba amar y que la amaran como se amaban sus padres.

Sin embargo, un 20 de abril de 1881, cuando Pedro y María emprendieron un viaje rumbo a Santoña para visitar a unos primos de su madre, la diligencia en la que viajaban volcó, provocando la muerte de ambos. En ese momento, Pablo tenía dieciocho años, Carmen dieciséis e Isabel, la tardana de la familia, era una pizpireta niña de seis años. Y aquí es donde Julia llegó a ocupar un hueco difícil de llenar y que, sin embargo, desempeñó con una maestría inigualable.

Julia Linares llegó a Jardinia en 1869, poco después de quedar viuda. Era la mujer del capitán Arturo Cantera, responsable de un navío dedicado al comercio. Fue una esposa enamorada y una vividora, en el mejor sentido de la palabra, de la escena social de Santander, donde residía con su marido. No habían tenido hijos y por ello, al enviudar, con una pensión generosa y unos ahorros abultados, marchó a Jardinia, al lado de la única familia que le quedaba.

En la villa de Jardinia compró una casa solariega con amplios jardines, cercana a la de su hermano. Muchos días en los que su cuñada acompañaba a su marido en sus visitas médicas cuidaba de sus sobrinos, corría con ellos, les cantaba. Su energía era envidiable. Sus sobrinos no tardaron en quererla con gran devoción. Y así pasaron los años, hasta que aquel fatídico

accidente ocurrió y se llevó por delante la vida de su querido hermano y admirada cuñada. Es por ello que la tutela que asumió de sus sobrinos ocurrió de forma natural sirviendo de bálsamo para calmar la herida que semejante pérdida causó.

Es cierto que Pedro y María tenían unos pequeños ahorros. Además, desde que sus hijos vivían con su tía, estos ganaban una renta por el alquiler de su primer hogar. Sin embargo, Julia, generosa y amorosa como era, no habría permitido que sus sobrinos dejaran de recibir la formación que sus padres les habían ofrecido siempre, aunque no les hubieran dejado una peseta. Pablo ahora estaba acabando de estudiar Medicina en la Universidad Complutense de Madrid. Carmen, hacía varios años que había terminado su periodo de formación con una institutriz, que actualmente se ocupaba de Isabel. Las clases de piano habían continuado y no había celebración en la que faltaran regalos o dulces.

En cuanto al atuendo, los sobrinos de Julia siempre vistieron siguiendo el exquisito gusto de su tía, que traía los mejores vestidos y complementos de la capital. La moda era la gran afición de Julia. Una afición que dominaba con un arte admirable. Los habitantes de Jardinia vestían a la moda de Santander que, a su vez, seguía la de París. Pero, tal y como decían popularmente en la villa, “la casa de Julia es París”. Allí nunca faltaban las revistas de moda españolas más populares como *La Moda Elegante Ilustrada* o *El Correo de la Moda* así como sus homólogas parisinas y su casa siempre estaba abierta para aconsejar a quien se lo pidiera sobre qué debía llevar en tal ocasión o tal otra.

El armario de Julia, generosa como era, también estaba abierto para cumplir el sueño de toda Jardiniesa que quisiera dejar boquiabierto a su pretendiente o simplemente quisiera pasear con la última moda de París. Esta es otra de las razones por las que Jardinia era un pueblo encantador. Julia había llevado con ella el buen gusto parisino y por cada esquina paseaban sus mujeres tocadas con preciosos y frondosos sombreros de ala ancha adornados con plumas y flores, trajes de dos piezas entallados a una figura femenina con forma de S, faldas acampanadas, camisas de encaje, y lazos, lazos por todas partes. La mujer estaba adornada como nunca y Jardinia en la *Belle Epoque* lucía esplendorosa como un cuadro luminoso de Monet lleno de colores pastel, donde el blanco era el principal protagonista.

- ¡Carmen, Isabel, Julia! Esperadme, que ya bajo.- Lupe, se asomó a la ventana cuando la tía Julia y sus sobrinas pasaban por delante de la botica.
- Tranquila Lupe, que vamos con tiempo. Aquí te esperamos.- La tranquilizó Carmen con una sonrisa. Lupe, la hija del boticario de Jardinia, era su mejor amiga. Sus padres habían tenido muy buena relación y desde bien pequeñas habían jugado juntas, compartido tiernos momentos, algún que otro enfado y, sobre todo, muchas confidencias.

Lupe bajó enseguida y se reunió con sus queridas vecinas para asistir a la misa dominical.

- ¿Qué tal estás Lupe? ¿Tus padres siguen en el balneario? - Preguntó Julia con una sonrisa.
- Sí, vuelven hoy por la tarde. Me llegó carta ayer. Están disfrutando mucho. - Respondió Lupe. Sus padres estaban celebrando su aniversario de bodas en el balneario de Liérganes, recientemente reformado.
- ¡Lupe! Querida amiga, llevaba muchos días sin verte. -Carmen se avalanzó hacia ella, la tomó del brazo y se adelantó para que pudieran hablar de sus cosas.
- Ya lo sé, he tenido una semana de locos, con mis padres fuera, no he parado en la botica.-Se explicó su amiga.
- No te preocupes, lo entiendo, ¡pobre! -Carmen, admiraba mucho a Lupe, siempre tan trabajadora y tan entregada. -Oye, ¿Te acuerdas de Enrique? ¿Te enteraste ya de que volvió de Cuba? Su barco atracó este jueves...
- ¡Dios mío, Carmen!- respondió Lupe llevándose las manos a la boca con sorpresa. - ¿Enrique? ¿“Tu” Enrique?
- Bah, de eso nada -puntualizó Carmen moviendo la cabeza y exhalando un bufido. - Pero sí, ha vuelto...
- ¿De verdad sigues enfadada con él? ¡Si ha pasado mucho tiempo! - Le sonrió pícara.
- No estoy enfadada. Cómo iba a estarlo si él no representa nada para mí. En realidad me da exactamente igual. Solo siento curiosidad por ver cuánto ha cambiado, qué ha sido de él...
- Entonces, a ver si lo vemos hoy en la iglesia y nos hacemos una idea.- La animó Lupe guiñándole un ojo.

La iglesia del pueblo estaba a rebosar, como cada domingo en Jardinia. Los fieles acudían unos minutos antes a la plaza de la iglesia y se quedaban charlando animadamente unos con otros antes de que sonaran las campanas de su torre. El padre Luis era su párroco, muy querido por todos. De mirada comprensiva, decían de él que sabía leer las almas y ofrecer paz y sosiego a los que se acercaban con tribulaciones.

El padre de Carmen, por su profesión, había trabajado en varias ocasiones con él cuando era

solicitado para impartir la extremaunción en casos de enfermedad o gravedad. También charlaba con él de vez en cuando: “Me ayuda a no perder el rumbo, hija”, le había explicado a su hija Carmen cuando le preguntaba por qué quedaban a hablar.

- No lo veo en la plaza. -Observó Carmen, buscando a Enrique entre la multitud.
- Igual prefiere llegar más tarde para no ser el centro de atención.-Respondió Lupe, y añadió - Vamos dentro, así cogemos buen sitio.

Carmen y Lupe entraron al templo con Isabel, dejando pasar primero a Julia. Una vez dentro, Carmen vio unas cabezas en el primer banco. Parecían un matrimonio mayor y sus dos hijos, un hombre y una jovencita. Ese hombre.... ¿no sería Enrique? El corazón de Carmen empezó a latir con fuerza. De repente, pensó que no sabría cómo reaccionar si lo veía y la saludaba... Julia avanzó por el pasillo central y se sentó un banco por detrás del ocupado por esta familia. Sus sobrinas y Lupe la siguieron y Carmen acabó sentándose detrás de la jovencita. Sí, aunque la había visto poco, la reconoció. “¡Es la hermana de Enrique!”. El corazón le empezó a latir con fuerza.

Empezó la misa y Carmen intentó concentrarse en ella, pero su cabeza no hacía más que moverse inquieta y dirigirse sin querer hacia el hombre misterioso que estaba en el banco de delante y que no podía ser otro que Enrique. ¿Por qué se agitaba tanto si ya no le importaba nada? Cuando llegó el momento del signo de la paz, Carmen lo reconoció cuando se giró para ofrecerlo a sus padres. Su corazón se agitó de tal manera que pensó que se le iba a parar. “¡Dios mío! ¡Es él!”, exclamó para sus adentros.

Al acabar la misa, se fueron vaciando los bancos, incluido el primero, pero Julia y sus sobrinas permanecieron rezando, en silencio. Carmen, con la cabeza gacha y mirando sus manos, dio las gracias a Dios por todos los dones concedidos, por su tía, por sus hermanos, por su amiga y por tantas cosas de las que podía disfrutar en su querido pueblo. También aludió a Enrique en sus oraciones. “Dios mío, protege mi corazón”.

Una vez fuera, Carmen vio que iba hacia ella Esteban Soto, el profesor de Jardín, al que ayudaba Carmen en la escuela desde hace cuatro años. Esteban llevaba desde entonces tratando de cortejar a Carmen, pero esta le daba largas, porque, aunque era un hombre bueno y trabajador, no estaba enamorada de él.

- Señorita Linares, está radiante, como siempre. - La saludó Esteban con una sonrisa enorme en la cara.
- ¡Gracias, don Esteban! Usted siempre sabe lo que decirle a una mujer. - Carmen no se tomaba en serio sus halagos. Y estaba convencida de que a Esteban ya le había quedado claro que no le interesaba de ningún modo.
- Bueno, no se lo digo a cualquier mujer, se lo digo a una en concreto. - Le replicó, fijando sus ojos en los de ella.

Carmen suspiró para sus adentros. Realmente, la seguía desconcertando. Lo conocía y sabía que no era duro de mollera, ¿por qué se empeñaba en seguir chocándose contra un muro? Carmen

desvió la mirada hacia su bolso y le dijo:

- Por cierto, tengo alguna idea para las clases de la semana que viene, creo que le gustarán. ¡Ah! Y ahora que me acuerdo, ¿arreglaron el tejado? ¡Menudo susto el otro día! Menos mal que no había niños dentro.
- Desde luego, se lo comenté al alcalde ayer y me dijo que esta semana lo arreglarían. Espero que sea así...
- Me alegro. Nos vamos ahora a pasear a la playa, ¿quiere unirse a nosotras?
- Me uno encantado. - dijo levantando el sombrero y sonriendo de nuevo.

Carmen se volvió para comentar con Julia, Isabel y Lupe que Esteban se uniría a ellas en su paseo a la playa y se quedó paralizada al descubrir que Enrique, a lo lejos, la estaba mirando fijamente. Al verse descubierto, desvió su mirada para centrarse de nuevo en la conversación que mantenía su familia con algunos vecinos de la villa. Carmen, salió de su parálisis en cuanto Lupe la cogió del brazo.

- ¿Carmen? ¿qué pasa? - Al momento Lupe dirigió la mirada hacia donde lo hacía la de su amiga y lo reconoció. - Carmen, ¿es él? Madre mía, ¡qué guapo está! ¡Está altísimo!
- ¿No te habías dado cuenta? Lo he reconocido en la iglesia.
- ¿Quieres ir a saludarlo?
- No, no... Ni hablar. - Carmen notó cómo el miedo y quizás algo parecido al orgullo se apoderaba de ella. Prefería retrasar el momento, si es que llegaba.- ¿Vamos a dar un paseo? Esteban dice que se une a nosotras.

Durante el paseo, Carmen no pudo concentrarse en la chachara de sus acompañantes. No hacía más que recrearse en la imagen de Enrique. Estaba imponente, guapísimo, y ¡qué mirada! Pero ¿cómo lo vería él a ella? ¿La notaría muy cambiada? ¿Diferente? ¿Más vieja? ¡Oh, no! Eso seguro. Ya no era esa niña lozana de quince años. Habían pasado nada menos que diez años y eso debía notarse. Aunque pensándolo bien, pretendientes no le habían faltado. Pero ella había sido incapaz de comprometerse con nadie. Muy a su pesar, como una reacción instintiva, los acababa comparando con Enrique, o para ser más precisos, con la imagen idealizada que había forjado de él. Y todo ello a pesar de la herida y el abandono. ¿Por qué había sido tan tonta?

Carmen se esforzó por salir de sus pensamientos e integrarse en la escena de aquellos que no habían salido de su vida ni se habían olvidado de ella. Allí estaba, bajo un parasol de encaje color hueso, su adorada Julia, un ejemplo de fortaleza, ingenio y amor. Aunque cada día pensaba en sus padres y recordaba tiempos pasados experimentando diferentes estados de ánimo según la ocasión, daba gracias a Dios por haberles puesto a Julia en su vida.

También estaba Isabel, su querida hermana pequeña y por la que en estos momentos más inquietud sentía. Siempre había sido una niña alegre, juguetona y cariñosa, pero tras la muerte de sus padres comenzó a retraerse y a convertirse en una niña más distante y fría. No sabía a qué podía deberse más allá de no haber encajado bien ese trágico suceso. La realidad es que Carmen siempre había creído que todos se habían volcado en ella, pero quizás no había sido suficiente.

Todo ese giro emocional que Isabel había sufrido desembocó en una rebeldía que hacía difícil cada paso que se intentaba dar con ella. Cómo debía comportarse en la mesa, ordenar su habitación, aprender a leer, a jugar con sus hermanos. Cada apartado de su educación se hacía cuesta arriba, salvo uno en concreto. Uno que le unía con el tiempo de su vida en el que todo era perfecto: los momentos de lectura familiar en el salón junto a la chimenea en invierno y junto a la ventana o en el jardín en primavera y verano. Disfrutar juntos de los libros, leyendo cada uno el suyo o escuchando la lectura con la voz melodiosa de su padre, era una costumbre que habían inculcado a sus hijos desde pequeños. Para Isabel, recordar la voz de su padre era sentir una caricia en el corazón. Es por ello que la única manera de dulcificar su carácter era facilitarle ratos de lectura. Sin embargo, Carmen temía que ese afecto por los libros acabara ocupando el lugar de los afectos humanos. Era preciso seguir queriéndola y ayudándola a encontrar ese equilibrio.

Después de aquel paseo, Julia, Carmen e Isabel se cambiaron de ropa por una más cómoda y adecuada para sus quehaceres domésticos, aunque sin perder esa feminidad que tanto gustaba a Julia y, por contagio, a todas las jardinieras. Isabel se sentó en su butaca favorita del salón y se encerró en una de sus lecturas favoritas, 'Mujercitas'. Más tarde, ayudaría a Claudia, la mujer que trabajaba en la cocina y la limpieza de la casa. Claudia ya había servido en la anterior casa de Julia en Santander. Ambas, más que empleada y empleadora, se habían convertido en dos amigas y confidentes.

Carmen, por su parte, iba a acompañar a Julia con varios trabajos en el jardín, pero antes quería escribirle una carta a su hermano Pablo.

Querido Pablo.

Tengo muchas ganas de verte. Hace solo un mes que te has ido a Madrid, pero a mí me parecen años. Estoy contando los días para que sea Navidad y podamos estar todos juntos.

¿Qué tal ese profesor que tanto interés tenías en conocer? ¿Ramón y Cajal se llamaba? ¿Te está gustando? Cuéntame qué asignatura te da. ¡Qué orgullosa estoy de ti! Y cómo lo estarían papá y mamá. Otro médico en la familia...

Por cierto, ¿sabes quién ha llegado esta semana después de años de ausencia? ¡Enrique! ¿Te acuerdas de él? Todavía no he hablado con él, pero lo he visto hoy en misa. Está muy cambiado. Imagínate, diez años desde la última vez que lo vimos.

Por lo demás, todo marcha bien. Tía Julia tan buena como siempre. Isabel está creciendo a una velocidad de vértigo. Está preciosa la verdad, aunque todavía un poco cabeza loca con sus estudios y sigue rígida en su afecto pero yo creo que poco a poco irá mejorando en este aspecto.

Bueno, te dejo que voy a ayudar a Julia con el jardín. Ha hecho algunos cambios, te va a encantar cuando lo veas.

Te mando todo mi cariño desde tu querida Jardinía.

Tu hermana que te quiere, Carmen.

Carmen cerró la carta, la selló con el lacre familiar y la dejó preparada en la entrada para enviarla al día siguiente. Se puso un delantal y salió al jardín.

La casa de Julia era de piedra, como todas las del pueblo, pero era especialmente grande, tenía dos alturas y una preciosa escalinata por delante de su puerta principal. Un muro de piedra delimitaba la propiedad, a la que se accedía, una vez pasada la cancela de madera, por un camino de baldosas grandes. Un verde y cuidado jardín rodeaba toda la casa, de planta cuadrada. Sus

esquinas lucían unos frondosos helechos y eucaliptos y por la fachada subían una enredaderas que cambiaban de color según la estación del año, perdiendo sus hojas en invierno.

En aquel momento, Julia estaba decorando una zona del jardín en la que había puesto una mesa y unas sillas de forja blancas, a juego con el acabado de los ventanales de su casa, también blancos, en contraste con los del resto del pueblo que eran oscuros. Julia era así de original. En la zona del jardín donde Julia trabajaba, orientada al oeste, había mandado colocar una estructura de metal a modo de templete, que quería adornar con una trepadora perenne de jazmín.

- Carmen, qué bien que ya estás aquí preciosa. Traeme la pala que he dejado en la mesa, cariño. Creía que podría hacerlo con la mano pero estas cosas hay que hacerlas bien... - Julia estaba agachada, con una agilidad asombrosa. Tenía contratado un jardinero, pero a ella le encantaba mimar cada detalle de su jardín.
- Sí, aquí está. Toma tía. - Carmen se acercó y se agachó cerca de Julia. Llevaba mucho tiempo ayudándola en estas tareas. Su madre era muy entendida en la materia y siempre había echado una mano a Julia en el cuidado del jardín, sobre todo cuando tenía ideas arriesgadas que se salían de lo habitual. Así se lo recordaba toda la hilera de macetas incrustadas a los dos lados del camino de baldosas que llevaban a la puerta principal de la casa, de la que salían flores coloridas que florecen todo el año: violetas, geranios, verbenas y alegrías. A su madre y a su tía les costó dar con las flores y colores adecuados, pero la investigación mereció la pena. El camino a su casa hacía sonreír a todo el que lo recorría.

De repente, un “hola” sacó a Carmen de su concentrado trabajo de injertos y jazmín. Levantó su cabeza y la dirigió hacia donde había sonado la voz. Y entonces, allí estaba, el niño que había sido su amigo, su compañero de juegos y de charlas y que hace muchos años se fue sin decir nada, convertido en un apuesto joven, mirándola sonriente y algo precavido desde el otro lado del muro de piedra de su tía.

Carmen se quedó sin habla. No sabía qué decir, ni qué sentir, ni cómo dirigirse a él. En realidad, una parte de ella le hubiera cogido de la solapa de la chaqueta y le habría tirado al suelo mientras le echaba en cara cómo la había olvidado de la noche a la mañana, cómo se había ido sin avisar y cómo había tenido la desfachatez de no haberle escrito ni una sola carta desde su partida. En vez de esto, decidió mostrar su versión adulta, sosegada y distante, dedicándole un saludo formal y educado.

- Oh! ... Enrique... ¿porque eres tú verdad? Ha pasado tanto tiempo... ¡Mira tía, es Enrique! - Carmen se acercó al muro y su tía se levantó para saludarlo también. No lo había tratado de usted, todo el tiempo que habían pasado juntos pesaba demasiado.
- Enrique, ¡qué cambiado y guapo estás! ¡Todo un hombre! Pasa, pasa a tomar algo. - Julia señaló hacia la entrada para indicarle que entrara.
- Pero no quiero molestar, os he interrumpido. -Enrique dirigió su mirada hacia Carmen. La encontraba hermosa, con esa abundante melena castaña recogida en un abultado moño bajo y ataviada con un pañuelo de flores a juego con su delantal de jardín. Carmen notó cómo el color subía a sus mejillas, así que desvió su mirada para

ocultarse todo lo posible.

- En absoluto. - Insistió Julia. - Pasa Enrique, podemos sentarnos aquí en el jardín. Sacaré una limonada.

Julia entró un momento para preparar una bandeja con refrescos de limón y un plato de galletas de canela, su especialidad. Mientras tanto, Enrique caminó hacia la zona de sillas de forja del jardín y Carmen se quitó el delantal de trabajo, que dejó apoyado en una de las barras del templete. Un pequeño mechón de pelo le sobresalía por la frente. Señaló una de las sillas para que se sentara Enrique y después se sentó ella en otra.

- ¿Qué tal la llegada? Te he visto en misa con tu familia- Preguntó Carmen, sintiéndose un poco nerviosa y tratando de mantenerse recta para que no se notara.
- Muy bien, la travesía fue muy tranquila y llegar a Jardinia después de tanto tiempo... ha sido, bueno, increíble. Está todo más bonito que como lo recordaba. - Enrique se mantuvo unos segundos en silencio. - Por cierto, sentí mucho la muerte de tus padres cuando me enteré, Carmen...
- Gracias, sí. Fue muy doloroso, pero Dios puso en nuestra vida a Julia y hemos salido adelante. - Carmen mantuvo una mirada y un tono distante.
- Claro... - Confirmó Enrique. Sus ojos parecían decir más de lo que sus labios pronunciaban.

A Carmen se le agolpaban las preguntas. Si se había enterado de lo de sus padres, ¿por qué no había escrito? No lo entendía, con lo amigos que habían sido, con lo unidos que habían estado. Y si el cariño hacia ella no había sido suficiente, quizás podía haberlo animado a escribir la gratitud hacia su familia por los favores que habían recibido de su padre cuando habían estado enfermos y no habían podido pagar las medicinas. Carmen estaba hecha un mar de dudas... Estaba a punto de preguntarle por qué no había escrito ninguna carta, cuando Julia salió de la casa con la bandeja y la colocó en la mesa.

- La casa ha quedado impresionante Enrique. - Comentó Julia nada más llegar.
- Muchas gracias. Yo también me he quedado sin palabras. Escribí al arquitecto por recomendación de un hacendado vecino y le di carta blanca. Solo tuvo que ceñirse a un presupuesto y a unos pocos requisitos por mi parte. - Explicó Enrique.
- Y tiene una gran extensión de jardines, ¿verdad? - apuntó Carmen mientras intentaba aparentar tranquilidad. Eso sí, disfrutaba oyéndolo hablar, siempre se había expresado con una gran propiedad. No en balde, había sido el alumno estrella de Jardinia. Su voz también había cambiado y cada vez que la oía le vibraba el corazón. ¿No podía quedarse tranquilo?
- Sí, pero nuestro jardinero no sabe qué hacer con la parte delantera de la casa. Ha quedado un poco sosa, me gustaría que lo vierais y le aconsejarais qué plantar ahí, ya que según veo, sois unas expertas. ¿Podríais venir el miércoles que viene por la mañana? - Enrique miró primero a Julia y luego a Carmen, deteniéndose en su rostro más tiempo del debido. Carmen se dirigió a su tía, algo sonrojada y con un gesto interrogante. En realidad, se debatía entre todos deseos: que Julia dijera que no y que, por supuesto, dijera que sí.

- Oh, muchas gracias. Será un placer aconsejarte y sobre todo conocer tu nuevo hogar. - Respondió Julia, asintiendo con la cabeza.
- Me encantaría que os quedarais a comer. ¿Tus hermanos también están por aquí, Carmen?
- Isabel sí, pero Pablo está en Madrid, estudiando su último año de Medicina.
- Pues venid las tres. Me hará mucha ilusión reuniros con mis padres y mi hermana. Me voy ya, he dejado a mis padres hablando con vuestros vecinos y les he prometido un paseo por la playa. Hasta mañana.

Cuando Enrique se hubo marchado, Carmen ayudó a su tía a guardar todos los utensilios del jardín y se fue a su habitación. No paraba de dar vueltas. Estaba nerviosa por el encuentro con Enrique. Para empezar lo encontraba impresionantemente guapo. Estaba alto y su tez lucía bronceada. Eso sí, su pelo era el mismo de siempre: moreno, ondulado y rebelde. Una sonrisa asomó a sus labios al recordar cómo se agarraba a sus mechones cuando se tiraban a pelear por los prados como dos niños felices.

Durante la conversación en el jardín, Carmen observó que sus años en Cuba habían transformado su figura en un cuerpo fuerte, de espalda ancha y brazos musculosos. Sin embargo, no entendía tanto silencio. ¿Por qué no le había escrito cartas? ¿Quizás se puso enfermo en el viaje y el trabajo duro de la hacienda le mantuvo muy atareado? ¿O su excesiva juventud y el cambio drástico de vida lo habían abrumado tanto que no tuvo la cabeza para escribir a nadie? Pero si escribió a sus padres, también podía haberle escrito a ella, ¿no? ¿Y si había conocido a otra mujer? Podría haber sido esa la causa de su olvido. Quizás aquello no había funcionado y ahora había vuelto y quería retomar la amistad de antaño... Se imaginara la excusa que se imaginara, solo crecía en ella su enfado y su orgullo herido. Ahora que no tenía más remedio que verle, trataría de hablar con él a solas y preguntarle.

Estaba siendo un octubre especialmente soleado, lo que daba pie a prolongar las actividades al aire libre que tanto gustaban a los jardineros. Por eso, Carmen y Lupe quedaron ese martes a comer en la playa, después de sus correspondientes tareas en la escuela y en la botica. Claudia, la cocinera de Julia, les había preparado una cesta con empanada, queso, uvas y dos generosas raciones de la quesada que tan bien preparaba. Colocaron un mantel blanco bordado a una distancia prudencial de la orilla, apoyaron la cesta en un extremo y se sentaron mirando al mar.

- ¡Qué paz se siente aquí, Carmen! El murmullo de las olas, el graznido de las gaviotas, el viento en la cara, el olor de la sal... ¡Ah! Qué gusto...
- No te olvides de la buena compañía, Lupe. - Respondió Carmen guiñándole un ojo y tocándola con su codo.
- Hablando de compañías, ¿hablaste al final con Enrique?
- Sí. Pasó ayer por nuestro jardín y la tía Julia lo invitó a pasar. Ya sabes cómo es. Nos ha pedido ir a comer con él mañana, quiere que le ayudemos con algo de su jardín...
- Bueno, pero eso solo es una excusa.. ¡para verte, claro!
- Pues no lo sé, la verdad. Sigo sin entender por qué no ha dado señales de vida estos años. Me dio el pésame por mis padres, así que se enteró y no me dijo nada... Bueno, ya lo superé hace tiempo, no quiero remover el pasado.
- Puede que te escribiera y las cartas se perdieran en la travesía y él piense que nunca le respondiste...
- Eres demasiado buena. ¡E ingenua! ¿Todas las cartas se perdieron? No lo creo... Aunque reconozco que la curiosidad va por delante de mi enfado. Tengo ganas de preguntarle, de saber por qué tanto silencio, porqué se fue sin decir nada.
- Quizás mañana sea el día de salir de dudas. Por cierto, ¿qué tal Pablo? Este es su último año, ¿no?
- Sí, lo veo muy centrado, muy ilusionado con acabar. Pobre, siempre pienso que ha llevado mucha carga, después de lo de mis padres, siempre mantuvo la compostura, siempre nos arropó, nos consoló, siguió adelante y nos ayudó a hacer lo mismo...
- Ya lo puedes decir. Ha sido un hermano mayor espectacular, un ejemplo para todos...

Lupe acabó la frase con una sonrisa y una mirada perdida. Carmen percibió en sus ojos un brillo especial. Nunca se había dado cuenta, pero podría ser... ¿Lupe sentía algo por su hermano? ¡Madre mía! ¿Cómo había podido estar tan ciega? Lupe siempre estaba tan pendiente de los demás, que le habría sido fácil mantener algo así escondido. La quería tanto y quería tanto a su hermano, que no se imaginaba una unión más perfecta. ¿Estaría su hermano también interesado en Lupe? Rezaba porque fuera así, no quería ver a su amiga sufrir.

- ¿Lupe? - Carmen miró a su amiga con una sonrisa pícaro.
- ¿Sí? ¿qué pasa? ¿por qué me miras así? - Lupe adoptó una actitud defensiva.
- ¿Y esa curiosidad por Pablo? - Carmen siguió mirándola con esa sonrisa cargada de

intención.

- Bueno, ¿y por qué no voy a preguntarte por él? Es tu hermano y está en Madrid ¿no? También lo conozco, me intereso por él.
- ¿Ah, sí? - Carmen apoyó la barbilla en sus manos y esperó expectante a que Lupe se explayara más.
- Pues sí... ay, vale. ¿Se ha notado mucho? - Lupe se rindió ante la insistencia de su amiga.
- Un poquito. - Carmen acercó su índice y pulgar de la mano derecha mientras arrugaba la expresión de su rostro.
- Siempre me ha gustado, veo que lo he ocultado muy bien si te estás dando cuenta ahora...
- ¿Y cómo se te ha ocurrido ocultármelo hasta ahora?
- No sé, siempre lo he sentido fuera de mi alcance, es tan guapo y tan listo y siempre ha tenido esa actitud tan vivaracha que nunca me he concedido ningún tipo de esperanza.
- ¿Mi hermano fuera de tu alcance? ¡Será al revés! Lupe pero si eres maravillosa, cariñosa, trabajadora y no puedes ser más guapa. ¡El hombre que se case contigo será el más afortunado del mundo!
- Me parece que estás exagerando un poquito. - Lupe repitió el gesto que antes le había dedicado Carmen.
- De eso nada, tenemos que preparar un plan de encuentro. ¿Qué has pensado hacer?
- ¿Yo? Nada... No sé... No quiero exponerme y sentirme rechazada, Carmen.
- Déjame pensar que algo se me ocurrirá. Es mi hermano y lo conozco. Sé que es bueno y honesto. Tiene esa manera de ser tan activa y zalamera, pero es hombre de una sola mujer. Lo sé, de verdad.

Carmen había puesto sin remedio una semillita de esperanza en el corazón de Lupe. Quizás sí que habría una posibilidad de que el amor llamara a su puerta, después de todo.

Al día siguiente, Julia, Carmen e Isabel se arreglaron para acudir a la casa de Enrique. Isabel, con quince años recién cumplidos, estrenaba un corsé más ajustado y un vestido blanco con jaretas, adornado con una cinta estrecha de raso negro que cruzaba su cuerpo, por encima del pecho, de hombro a hombro. Otra cinta negra también ribeteaba el cuello alto del vestido y los extremos de sus mangas. El sombrero que había elegido para ella su tía Julia, era de paja y ala ancha, adornado con una cinta ancha en color negro y varias flores negras y blancas.

- Estas preciosa, hermanita. - Le dijo Carmen mientras le colocaba el sombrero con la inclinación adecuada.
- Estás convirtiéndote en una mujer muy hermosa, cariño. ¡Ay! Solo te falta aplicarte un poquito más en tus lecciones... - Julia tocó con sus dos manos la cara de su sobrina y la besó en la frente con inmenso cariño.
- Ya sabes que sí, tita... - Isabel se miraba en el espejo de la habitación de Julia, el único suficientemente grande de la casa, y su gesto era radiante. Claramente, le

gustaba la imagen que le devolvía el espejo. Estaba preciosa, su pelo era más oscuro que el de Carmen y menos abundante, pero hacía honor a su apellido. - Carmen, tú también estás muy guapa. Te favorece mucho ese color.

Carmen llevaba una falda acampanada beige, adornada en la parte inferior con tres cintas burdeos, separadas entre sí. La falda, de talle alto, por encima de la cintura, acentuaba las curvas de sus caderas y esbeltas piernas. Una camisa blanca de cuello alto de encaje sobresalía por debajo de una chaqueta a juego con la falda, ajustada y corta hasta la cintura. El golpe de efecto de esta chaqueta era su enorme cuello de estilo marinero, en color blanco y con el detalle de una cinta burdeos a lo largo de todo su contorno exterior. El sombrero, de ala estrecha, estaba adornado con un lazo grande beige en la parte frontal y perfectamente colocado sobre un peinado voluminoso al estilo 'gibson' que enmarcaba armoniosamente los rasgos de su cara.

Julia, a pesar de su edad, pues ya rondaba los 50 años, mantenía una buena figura gracias a su genética y a su estilo de vida activo. Para esta ocasión, había elegido una falda de talle alto a rayas color caramelo y negro, una camisa blanca de encaje y cuello alto atado con un lazo negro, y una chaqueta fluida color caramelo, ceñida a la cintura con un cinturón ancho y negro. El sombrero, colocado con una gracia especial hacia un lado tapándole ligeramente el ojo derecho, tenía el ala ovalada y estaba adornado con dos llamativas plumas grandes. Todo él, en color azabache.

De esta manera, salieron las tres bellas damas, engalanadas de arriba a abajo, alrededor de las doce del mediodía en dirección a la casa de Enrique, el indiano de Jardinia, el vecino de siempre, el amigo de la infancia de Carmen y ahora casi un completo desconocido.

Cuando por fin llegaron a la puerta de acceso a la casa de Enrique, las tres mujeres solo miraban de un lado a otro embelesadas por la belleza de los jardines que les rodeaban. El camino principal estaba flanqueado por una hilera de árboles, cuyas ramas superiores estaban entrelazadas a las de sus vecinos, en el otro lado, formando una arcada natural de hojas, dando un aspecto mágico y único a la entrada.

En el jardín que quedaba a la izquierda de este camino de árboles habían plantado un hermoso laberinto formado por setos. Era de planta cuadrada con acceso por los cuatro lados. Una vez dentro, los caminos seguían una forma circular. En el lado de la derecha había un estanque, rodeado por una balaustrada de piedra y en el que nadaban varias parejas de cisnes y flotaban unos graciosos nenúfares.

Desde el comienzo del camino principal, se podía contemplar la impresionante propiedad de Enrique. Una hermosa edificación de tres plantas, con revestimiento exterior de yeso y piedras a la vista en sus esquinas. Los ventanales estaban enmarcados con molduras decoradas con ornamentos florales. Unas escaleras daban acceso a una amplia explanada que precedía a una triple arcada, tras la cual se encontraba la puerta principal. Dos frondosas palmeras flanqueaban

la entrada.

Carmen no podía creerse que su amigo de antaño, un humilde cuidador de vacas, no solo estuviera viviendo en ese lugar sino que fuera su legítimo propietario. Realmente se alegraba por él y por su familia, pues habían sido trabajadores incansables. Deseaba verdaderamente que este giro radical en sus vidas no se les subiera a la cabeza.

Todas estas ideas y temores se disiparon a lo largo del día, mientras observaba cómo se desenvolvía la afortunada familia Martín Cobo. Los padres de Enrique seguían siendo los mismos de siempre, sencillos y espontáneos, ayudando a todos y olvidándose de que ahora tenían personal de servicio para atenderlos mientras comían. También contempló cómo Enrique los miraba con cariño y ternura.

Su hermana Ana, que tenía dos años más que Isabel, hacía gala de las buenas maneras que había aprendido gracias a los años que la había acompañado una institutriz extranjera. Este hecho fue posible gracias a la ayuda económica que en la distancia había prodigado Enrique a su familia y a su insistencia por proporcionar a su hermana todos los cuidados que se esperaran de una señorita.

Una vez que terminaron de comer, Enrique se dirigió a Julia y Carmen.

- ¿Os parece que nos acerquemos a los jardines de la fachada?
- Por supuesto. Te seguimos Enrique. - Respondió Julia. Carmen la siguió e Isabel prefirió quedarse con Ana.

Ana e Isabel poco recordaban de su amistad infantil. Sí que les venían a la memoria escenas pasadas de los corrillos que formaban los niños cada vez que se juntaban en la plaza del pueblo, en la playa o en las tradicionales fiestas de Jardinia. Pero la familia de Ana, si ya bajaba al pueblo con poca frecuencia, desde la marcha de Enrique a Cienfuegos, dejó de aparecer por el pueblo y Ana, como su padres, pasó a ser una completa desconocida.

Con el paso del tiempo, la insistencia de sus padres y los paseos que su institutriz la obligaba a realizar para visualizar las lecciones de geografía, botánica y comercio, Ana consiguió vencer ese aislamiento social y descubrir las bondades que tenía salir al mundo exterior.

Así, Isabel consiguió retomar en cierta manera su lejana relación con Ana y descubrirla cambiada, con una belleza inusual y con una mirada que a veces la inquietaba pues parecía que ocultaba algo importante. Unas veces se veían a la salida de la iglesia y otras caminaban por el paseo marítimo. Hablaban poco, pero se entendían mucho.

- Mamá, nosotras vamos a mi habitación. ¿Te parece bien?
- Me parece muy bien, Anita, querida. Tu padre y yo, vamos a descansar en el salón un poco.

La habitación de Ana dejó boquiabierto a Isabel. Sus paredes estaban adornadas con una moldura a media altura separando el espacio inferior, pintado en color blanco roto, del superior, decorado

con un hermoso papel pintado con estampado de flores en tonos rosas y malvas. Una lámpara de cristales colgaba del centro de su techo, también adornado con ángeles de escayola en las esquinas. La cama, con estructura de madera blanca, contaba con un dosel del que colgaban unas telas a rayas en tonos rosas y cremas, a juego con los cojines y las cortinas. La ventana tenía un saliente a modo de banco provisto de dos cojines en blanco roto. Las vistas desde la ventana eran de una belleza sin parangón. Se veía el bosque de la finca, las casitas de Jardinia y el mar infinito. Ana e Isabel se sentaron en el banco de la ventana extasiadas con esas vistas.

- Qué habitación tan maravillosa tienes Ana, me encanta. Es un sueño.
- Gracias. Mary, mi institutriz, me llevó de visita a un palacio no muy lejos de aquí y una de las habitaciones era muy parecida a esta. Así que cuando empezó a construirse esta casa, Enrique en su cartas dijo que vendría un decorador y que podríamos darle indicaciones. Mis padres se fiaron de todo lo que dijo, ellos no entienden tanto, pero yo tenía muy claro cómo quería mi habitación.
- Te ha quedado preciosa. Oye, y ¿qué vas a hacer ahora? ¿Sigues con tu institutriz?
- La verdad es que ya soy mayor para tener institutriz, pero nos hemos hecho amigas y nos hacemos mucha compañía. Enrique dice que puede quedarse un año más.
- Mary es inglesa ¿verdad?
- En realidad es escocesa, de un pueblo llamado Culross. Siempre dice que quiere volver, así que no quiero retrasarle el regreso mucho más. Además, estoy pensando que quizás, no sé, quizás... - Ana se quedó un rato callada sin atreverse a continuar, mirando fijamente al mar.
- ¿Ana? ¿qué? ¿en qué estás pensando? - Insistió Isabel.
- Estoy pensando que a mí también me gustaría viajar, salir de aquí.
- ¿Qué dices, Ana? No lo dices en serio. - Isabel se quedó mirando a su amiga como si hubiera visto una aparición.
- Lo digo muy en serio. Creo que Marie ha hecho maravillas en mí, ha transformado una niña torpe e inculta en una mujer con educación y buenas maneras. Me gustaría poder ayudar a otras niñas a lograr esta transformación.
- Pero puedes ser profesora aquí, en Jardinia.
- Podría, pero prefiero salir fuera y, de paso, conocer mundo.
- Te echaré mucho de menos.
- Pero nos escribiremos y podrás venir a visitarme cuando quieras. - Ana sintió lástima de su amiga al ver que bajaba la cabeza mohína. Así que se le ocurrió cómo levantarle el ánimo. - ¡Isabel, no te he enseñado la biblioteca! ¡Te va encantar! Vamos.

Isabel la miró con júbilo y una sonrisa abierta e iluminada como sus ojos. La idea de Ana había tenido el efecto esperado. Nada le causaba más placer que conocer las bibliotecas ajenas y mirar con detenimiento las estanterías llenas de libros.

- ¡Estoy deseando verla! - Respondió Isabel con súbita alegría.

Por su parte, tal y como habían quedado al finalizar la comida, Enrique llevó a Julia y a Carmen a la parte delantera de la casa. Allí, Enrique les enseñó una zona de tierra que quedaba por

delante de la explanada de la entrada a la casa y que, ciertamente, no aportaba nada especial.

- Esta es la zona que trae loco a Gustavo, nuestro jardinero. ¿Qué se os ocurre que puede quedar bien aquí?

Julia se acercó más al terreno y se dedicó a observar desde diferentes ángulos. Carmen también empezó a moverse para examinar todas las perspectivas, cuando de repente se le iluminó la cara. Sabía qué encajaba en aquel lugar.

- ¿Qué os parece un parterre? - Preguntó Carmen con ilusión en su rostro.
- Tienes toda la razón Carmen. ¡Qué buen ojo! - Confirmó Julia.
- El terreno tiene la extensión adecuada para diseñar un parterre muy vistoso y completo. Tengo unos diseños que dibujó mi madre. Los parterres eran su gran afición. Enrique, si quieres puedo traerlos para que os hagáis una idea.
- Me parece excelente, Carmen. - Enrique miró a Carmen y la sonrió de tal manera y durante tanto tiempo, que Julia no tuvo más remedio que toser. - Bueno, entonces, si a Julia le parece bien, estaré encantado de ver esos diseños.
- Muy bien, Enrique, gracias por tenernos en cuenta. -Concluyó Julia. - Vamos a despedirnos, Carmen, se nos ha hecho tarde, hoy vienen a casa Rodolfo y Lucía y no tengo preparado nada.

Le extrañaba la excusa de Julia, puesto que no había conocido mujer más planificadora que ella y además contaba con la ayuda de Claudia. En cualquier caso, otra vez Carmen tuvo que alejarse de Enrique sin poder hablar con él a solas. Es cierto que se las podía haber ingeniado para que así fuera, pero sentía que todavía no era el momento. Estaba viviendo demasiadas emociones y todavía no las había procesado.

Una vez en casa y mientras se cambiaba por un atuendo más cómodo, no dejó de pensar en Enrique ni en la impresión que le causaban su imponente figura y sus miradas intensas. Reconocía cómo cada momento que pasaba cerca de él descubría más notas de su carácter. Un carácter cariñoso, protector y atento que le agradaba y le atraía, pero que había forjado durante unos años que para ella representaban un abismo desconocido.

Sin embargo, este descubrimiento que la seducía sin preguntar chocaba con el dolor que había arraigado en su corazón durante tantos años. ¿Era Enrique una persona distinta a la que se fue hace diez años? ¿Estaría arrepentido por haberla abandonado de esa manera? ¿Tendría una razón de peso que justificara semejante comportamiento? Si era así, ¿por qué no había corrido a decírsela?

Enrique se encontraba en el establo de su propiedad, listo para salir a montar con uno de los dos ejemplares que había comprado unos días antes. Había elegido un macho de brillante pelaje marrón para él y una yegua negra para su hermana Ana. Además, había adquirido una calesa con riendas para dos caballos.

El estatus que había adquirido como hombre pudiente al llegar a Jardinia planteaba a Enrique una gran responsabilidad. De hecho, había llegado al convencimiento de que no podía dedicarse simplemente a recrearse en sus bienes, sino que debía ofrecer a los demás todo lo que pudiera. En este caso, a Jardinia, su realidad más cercana y querida. Este espíritu de servicio lo había aprendido primero de sus padres, humildes y honrados trabajadores, y después de su tío Antonio Cobo, el dueño de la plantación de azúcar donde Enrique amasó su fortuna.

Antonio poseía un extenso cañaveral en la localidad cubana de Cienfuegos. Desde su llegada a Cuba en 1869, y gracias a su inagotable capacidad de trabajo así como a su alfabetización, una característica que sólo poseían unos pocos de los que llegaban para hacer fortuna, fue prosperando en el sector de la caña de azúcar hasta que un día se decidió a comprar una pequeña parcela de tierra. Con el tiempo, fue adquiriendo más terreno hasta convertirse en uno de los hacendados más prósperos de Cienfuegos.

Su sobrino Enrique llegó a Cuba en septiembre de 1880, varios meses después de haberse firmado la abolición de la esclavitud en Cuba. Estos esclavos, africanos y procedentes en su mayoría del Congo, trabajaban en las plantaciones de azúcar cubanas, muchas veces bajo la presión del látigo. Pero en la plantación de Antonio, Enrique jamás vio que sus capataces maltratasen a sus esclavos. De hecho, fue de las primeras plantaciones de la zona en permitir el descanso dominical y la incorporación paulatina de un salario. Y Enrique, sin saberlo, llegaría a participar activamente de aquellos importantes cambios.

A las pocas semanas de llegar a Cienfuegos, Antonio acompañó a Enrique a pasear por la ciudad y los campos de alrededor. La ciudad lo dejó embelesado y asombrado. Su magnífica catedral, los edificios de corte neoclásico, el color en sus fachadas y el orden que se respiraba por sus calles le impresionaron positiva y enormemente.

Sin embargo, cuando de vuelta a la hacienda de Antonio, se acercaron a conocer las plantaciones colindantes, el espectáculo de horror y vejación del que fue testigo Enrique le dejó tan escandalizado y tan dolido que no pudo reprimir un llanto de impotencia e indignación.

- Ya lo sé, Enrique, esto no te lo esperabas ¿verdad?
- Yo... yo no me puedo creer que se pueda tratar así a una persona... No es justo, no se lo merecen, están trabajando su tierra, les está haciendo ganar dinero... No está bien, no está bien... - Estalló Enrique mientras intentaba contener, sin éxito, su llanto.

- Ahora parece que van a cambiar las cosas. Ya sabes que yo siempre los he tratado bien, nunca les he puesto la mano ni el látigo encima.
- Ya lo sé, tío. Lo poco que he podido ver ha sido tal y como cuentas. - Reconoció Enrique un poco más calmado.
- Mira, Enrique, estoy pensando en ofrecerles mejoras, un salario, un día de descanso a la semana... ¿Me ayudarás a gestionarlo?

Enrique lo miró, con lágrimas en los ojos y una sonrisa de esperanza en la cara. Las palabras de su tío consolaron su corazón.

- Sí, tío, sí. Cuenta conmigo.

De esta manera, Enrique se convirtió, con el paso de los años y después de haber trabajado la tierra y convivido en el día a día con los trabajadores, en el responsable y garante de las nuevas condiciones laborales de los esclavos. Sus cadenas empezaron a romperse y la misión de Enrique en la isla tuvo un propósito grande por el que un día acabaría sintiéndose orgulloso.

Al cabo de seis años, no quedaba ni un esclavo en Cuba. Muchas de las plantaciones que fueron más crueles con sus esclavos acabaron arrasadas, incendiadas o abandonadas por gran parte de sus trabajadores. Sin embargo, la de Antonio, que siempre los trató con humanidad y que fue la más adelantada en introducir los cambios laborales, alcanzó tal prestigio en la zona, que pudo elegir a los mejores hombres y mantener un margen de beneficios considerable.

Todo esto recordaba Enrique mientras cepillaba a su caballo. Su misión en Cuba había acabado, pero ahora, en Jardinia, todavía podía ayudar. Buscaría al alcalde, hablaría con él. Sus bienes, su tiempo, estaban a disposición de lo que necesitara la villa que le vio nacer.

- ¿Enrique?

La voz que lo llamaba desde la puerta de los establos le alegró el corazón. Ya estaba aquí, su compañero de aventuras, su amigo fiel, Fernando Calderón.

- ¡Fernando! Ya has vuelto. - Enrique corrió a su encuentro y se dieron un enérgico apretón de manos, mientras con la otra se abrazaron la espalda.
- Sí, hemos llegado esta mañana al puerto. Llevo las tripas revueltas, aviso.
- Eso lo soluciona un paseo a caballo, Fernando. Ayúdame a ensillarlos.

Al cabo de quince minutos ya estaban a lomos de sus caballos por los caminos aledaños a la propiedad de Enrique.

- ¿Qué tal ha sido el regreso, Enrique? ¿Cómo has encontrado todo?
- Todavía no me lo creo. Mis padres se sienten un poco fuera de lugar pero ya se acostumbrarán. Y mi hermana es toda una señorita. El otro día en misa pudimos saludar a muchos vecinos y... bueno, vi a Carmen, ¿te acuerdas? Carmen Linares.

- Cómo no acordarme de ella, estuviste varias semanas casi sin pegar ojo, viejo amigo... ¿Sigue siendo tan bonita como la recordabas? - Le sonrió con cierta picardía en la mirada.
- Uff. Está preciosa. Pero, no sé, la veo distante. Además, el otro día a la salida de misa la vi hablando con un hombre que a todas luces bebía los vientos por ella. Igual está comprometida. En fin, no sé de qué me sorprende, nunca respondió ninguna de mis cartas y han pasado ya diez años. De todas formas todavía no hemos podido hablar a solas, espero tener pronto una oportunidad.
- Enrique, te conozco bien y no tengo duda, Carmen acabará rendida a tus pies.
- Gracias por tu lealtad amigo, pero no adelantemos acontecimientos. ¿Qué tal una carrera de vuelta a los establos?

Carmen ya había escogido algunos diseños de los parterres favoritos de su madre. Ella, su madre, había unido dos de sus aficiones y destrezas, el dibujo y la jardinería, para realizar unos dibujos minuciosos de plantas, flores, árboles y por supuesto parterres que había conocido durante los viajes en los que acompañaba a su marido.

Julia le había pedido a Carmen que fuera sin ella, ya que le había llamado una amiga que la necesitaba con urgencia y el asunto era de tal envergadura que no podía decirle que no. Así que Carmen se puso un vestido dos piezas verde de lana y un sombrero de paja con flores en tonos rosas, verdes y marrones, cogió la carpeta con los dibujos y marchó hacia la casa de Enrique. En el trayecto, se encontró con Esteban:

- ¡Hola, señorita Linares! ¿A dónde va tan elegante? Si me permite preguntarlo.
- Hola, don Esteban. Claro que sí. No es ningún secreto. Voy a llevarle a Enrique unos diseños de unos parterres que dibujó mi madre por si le sirven para su entrada. Tenía dudas, y nos preguntó a Julia y a mí...
- Ah... Y ¿cómo que va sola?
- Julia tenía que quedarse a solucionar unos asuntos... Pero está cerca y en casa de Enrique siempre hay alguien, no se preocupe.
- Si le parece, la acompañaré hasta la entrada. - Sugirió levantándose ligeramente el sombrero.
- Se lo agradezco. -Asintió Carmen, con el pequeño temor de que volviera a insistir en cortejarla...
- Hoy la veré en la escuela ¿verdad?
- Sí, por supuesto. ¿cómo iba a faltar? ¿Sabemos algo del arreglo del tejado?
- Tejado, paredes, sillas y estanterías decentes... La verdad es que tenemos la escuela hecha un desastre. Lo último que me dijo es que faltan fondos y que está buscando financiación.
- Vaya, ¿cuándo se darán cuenta de lo necesario que es invertir en educación?

Esteban se volvió hacia Carmen con un brillo intenso en los ojos. Se paró y cogió a Carmen de la mano.

- Esto es lo que más me gusta de usted. Tiene la vida resuelta, es hermosa, podría dedicarse a muchas frivolidades, y sin embargo, aquí está, sufriendo por las condiciones del aula de su querida Jardinia. ¿Quién podría resistirse a alguien así?

Carmen se ruborizó y quiso desaparecer. ¿Por qué tenía que hacer sufrir a un hombre bueno que la admiraba de verdad?

- Muchas gracias don Esteban, de verdad. Me mira con buenos ojos.
- ¿Por qué no me llamas Esteban a secas, Carmen?

- Creo que sería un error.
- Lo que estoy queriendo decirte, Carmen, es que quiero casarme contigo.
- Yo no sé qué decir, profesor. Deme más tiempo, por favor, no puedo darle una respuesta ahora. Por ahora estoy indecisa, no puedo. Ya... ya me puede dejar aquí, al final de este camino está la entrada ¿ve? - Carmen le miró con ternura y se soltó las manos.
- Bien, adiós, Carmen.

Esteban se fue con la cabeza gacha y a Carmen se le partió el corazón al verle tan abatido.

Esteban era un hombre admirado y querido en la villa. Su padre era pescador, hasta que una noche de marejada perdió una pierna y quedó invalido para seguir trabajando. Gracias a todo lo que había ahorrado durante años de duro trabajo, su hijo pudo formarse y dedicarse a su vocación, la de profesor rural.

Desde que Carmen empezó a colaborar en la escuela, Esteban había intentado cortejarla aunque sin éxito. Carmen, a pesar de reconocer que era una buena y valiosa persona, no se sentía atraída por él, así que se mantenía en su negativa suavizada por palabras como “todavía no lo veo claro” o “veremos más adelante”. Aunque odiaba verlo sufrir, sabía que tarde o temprano tendría que decirle que no con todas las letras.

Carmen traspasó el arco de hiedra de la entrada y al momento se sintió transportada a un bosque encantado. El jardín en ese lugar jugaba un papel clave y cumplía con su propósito de envolverte y seducirte en un ambiente mágico.

Una vez que llegó a la entrada, Carmen se detuvo en la zona de tierra donde supuestamente irían los parterres. Empezó a sacar los diseños, uno a uno, y los fue moviendo y girando en el aire mientras se imaginaba cómo quedarían una vez plantados. Al final, se quedó con uno de ellos que encajaba por espacio y ofrecía la posibilidad de dibujar unas iniciales en una especie de escudo central.

Con esta idea en la cabeza, se dirigió a los laterales de la casa por si veía a Enrique, para darle su opinión y preguntarle qué le parecía. Al acercarse a uno de los laterales oyó música saliendo de una de las ventanas. Se acercó y se quedó de piedra al ver la escena. Los padres de Enrique estaban sentados en un sofá y miraban embelesados cómo tocaba el piano Ana, mientras su hermano cantaba. La canción que sonaba era ‘La partida’ de Fermín Álvarez.

Carmen sabía que no debía quedarse ahí parada, como una vulgar curiosa, entrometiéndose en una escena tan íntima y familiar, pero no pudo remediarlo. La canción no solo era preciosa, sino que estaba muy bien entonada por Enrique. Desde luego, era una caja llena de sorpresas. Cerró los ojos y se concentró en la letra de la canción.

*Sierras de Granada,
montes de Aragón
campos de mi patria,*

*para siempre adiós,
para siempre adiós.*

*De la Patria los últimos ecos
resonando en mi pecho estarán,
y mis ojos llorando pesares
sus dolores, ¡ay!
sus dolores al mundo dirán.*

Carmen se imaginó a Enrique echando de menos a su patria mientras estaba tan lejos, en Cuba. ¿Y quizás a ella? ¿O a los buenos tiempos que pasaron juntos? “Enrique.. ¿Qué ha sido de ti este tiempo? ¿Me lo contarás algún día?” De repente, se sobresaltó. La música paró y con gran congoja miró por la ventana y vió cómo todos la miraban a ella. Se inclinó levemente con un gesto de disculpa y se marchó corriendo.

Estaba bajando por la escalinata de la entrada, cuando una voz la alcanzó:

- ¡Carmen, espera! - Gritó Enrique mientras corría hacia ella.

Carmen se paró y lentamente se dio la vuelta avergonzada.

- Perdonad, no era mi intención. Yo... iba a buscarte por lo de los parterres, oí la música y...
- No pasa nada. - La interrumpió Enrique con una sonrisa. -Espero que no lo hayamos hecho demasiado mal...
- En absoluto, me ha encantado, qué bien toca Ana y... no sabía que cantaras tan bien. - Carmen lo miró con una admiración que no pudo reprimir..
- Me alegro que te haya gustado. -Enrique le mantuvo la mirada.

Carmen cambió de tema para suavizar el momento.

- Te estaba buscando para enseñarte qué parterre encajaría en tu entrada. ¿Quieres verlo?
- Sí, por favor. Vamos allí. - Señaló con el brazo para dejarla pasar primero y que ella lo guiara hasta la zona de tierra desangelada.

Se acercaron hasta allí y ella sacó de la carpeta el dibujo en cuestión. Lo giró en el sentido correcto y se lo enseñó.

- Mira. Estos dibujos con formas ondulantes quedan muy artísticas y aquí en medio, dentro de esta figura con forma de escudo, se pueden plantar las iniciales de la familia. ¿Qué te parece?

Enrique miraba concentrado el diseño y la tierra, alternativamente. Parecía pensativo.

- Me gusta la idea, Carmen. Le diré a nuestro jardinero que empiece a prepararlo y si tiene alguna duda os preguntaré, si no os importa.
- Por supuesto, encantadas de ayudaros en lo que necesitéis.

Enrique se quedó callado un momento, la miró y luego miró hacía un punto indefinido. Estaba deseando preguntarle por qué no respondió ninguna de sus cartas, a qué venía ese tono distante o si realmente estaba comprometida con alguien. Habían pasado muchos años. Quizás era un tonto por dejarse llevar por un sentimiento tan infantil y lejano. Quién era él para remover el pasado. Carmen había hecho su vida sin él. Su tren ya había pasado. Entonces se volvió hacia ella con la mirada algo triste. Se recompuso y le dijo.

- Muchas gracias, Carmen. Y a tu tía, gracias a las dos.

De repente, la voz de la madre de Enrique, Paquita, los interrumpió:

- Enrique, ven corre, tu hermana se va, la acercas tú a la ciudad ¿verdad?
- ¡Voy, madre! - Enrique se volvió a Carmen. - ¿Te acercamos a casa?
- Oh, muchas gracias, no hace falta, me encanta caminar.
- Muy bien. Gracias de nuevo y que tengas un buen día- Se despidió con una reverencia.
- Igualmente.

Mientras Enrique corría hacia la zona de los establos para coger la calesa familiar, Carmen empezó a caminar hacia la salida. Estaba segura de que Enrique iba a preguntarle algo, había verdadero interés en su mirada y, de repente, se apagó, cerró su conexión y se fue con una reverencia. ¿Quizás ya no quería verla más? Bueno, quizás era lo mejor. Se habían visto, se habían saludado, se habían comportado como buenos vecinos y ahí había acabado todo. Y qué más da. El tiempo de la infancia es una etapa que un buen día acaba dando paso a la adulta, con responsabilidades y nuevos propósitos en la vida. Y estaba claro que Carmen no formaba parte de los propósitos de Enrique, ni Enrique de los de Carmen.

Diciembre llegó a Jardinia y ya habían pasado varias semanas sin que Carmen y Enrique se dirigieran más que las cuatro palabras que exigía la buena educación. Un día que Julia y Carmen se quedaron solas en casa, la primera le comentó a su sobrina con ternura, en un susurro, con ese cariño tan especial que tan bien sabía expresar la tía Julia:

- Carmen, querida, ¿va todo bien?
- Sí, ¿por qué lo dices?
- Te noto un poco seca con Enrique, ¿ha pasado algo?

Carmen se sorprendió ante ese giro que parecía haber dado Julia. La última vez que estuvieron con Enrique, a Carmen le pareció que intervino para no dejarles mucho rato a solas.

- No, simplemente es que no me apetece relacionarme más con él. Además, a él tampoco. Ya te dije que me cortó en seco la última vez que fui. - Carmen se detuvo un momento, y rectificó. - Bueno, quizás no me cortó en seco, pero sí se despidió de mí con una frialdad repentina. En este punto no exagero y no tengo ninguna gana de remover recuerdos infantiles.

Julia la miró pensativa y con algo de preocupación en el rostro, prosiguió:

- Entonces no sé qué te parecerá la idea de invitarles para cenar en Nochebuena. Creo que sería bueno porque noto que les cuesta hacerse con la vida social de Jardinia después de haber vivido tanto tiempo alejados, en las vaquerizas y sin Enrique.
- No sé, Julia. Sinceramente, no me apetece. Pero tus razones te honran. Puede ser una buena idea, a pesar de todo...
- Claro que sí, cariño. Ya verás, lo organizaremos todo precioso, pensaremos en un menú especial y será una Nochebuena ruidosa, de las que nos gustan. - Julia la miró con un brillo juguetón en la mirada.
- Muy bien, tía. Así lo haremos. ¡Ay! Ahora que hablamos de Navidad, me escribió ayer Pablo y me dijo que llega mañana.
- ¡Qué maravilla! Esta Navidad llega más pronto que otros años, ¿no? -
- Dice que al ser el último curso han organizado mejor los exámenes y tienen un diciembre más despejado. ¡Voy a decírselo a Isabel!

Al cabo de una hora, Carmen fue a buscar a Lupe a la botica para dar un paseo por la playa. A pesar de ser un 9 de diciembre, el clima no era nada desagradable.

- Lupe, ¿sabes que viene Pablo mañana? - Carmen miró de soslayo a Lupe para fijarse en su reacción.
- ¿Ah, sí? Qué bien, estaréis deseando reuniros todos ¿verdad? - Sus ojos se agrandaron y brillaron intensamente.

- Sí. Julia ya está preparando una gran fiesta para Nochebuena. Imagínate, quiere invitar a los Martín Cobo.
- ¡Uy! Y ¿Cómo lo has aceptado? Porque ahora no puedes ni ver a Enrique ¿no?
- Bueno, tanto como ni ver... Nuestra relación se ha enfriado definitivamente, incluso antes de empezar... En fin. Pero ya está. No estamos tampoco enfrentados. Yo creo que será llevadero.
- Seguro que no te supone ninguna tortura. Reconoce que da gusto verle, ¿no? - Le tocó con el hombro y le guiñó un ojo.
- Qué quieres que te diga, es guapo a rabiar. Eso lo hace todo más difícil... - Y sonrió a su amiga concediéndole el comentario.

Al día siguiente, Pablo llegó a Jardinia y Carmen, Isabel y Julia fueron a recibirle y a llenarle de abrazos, besos y halagos. Dejaron la maleta en casa y fueron al Café Suizo ubicado en la plaza de la villa.

- Pero qué bien sienta volver a casa y alejarse de la capital. Madrid es intenso y tiene mucha vida, pero no hay nada como el hogar y ver a mis queridas y guapísimas mujercitas.
- Pablo, esa labia la tienes muy desarrollada... -Le dijo Carmen sonriendo de placer al ver a su hermano tan desenvuelto,
- Eso Pablo, ¿cuántas novias has tenido ya? - Soltó Isabel con un desparpajo desconocido. Carmen y Julia se volvieron a ella sorprendidas y, en cierto modo, divertidas.
- Isabel, pero ¿cómo se te ocurre?. -Le indicó su tía Julia golpeándole suavemente en el brazo a modo de reprimenda.
- Hermanita, todavía estoy esperando que aparezca la mujer de mi vida. Agonizo con la espera. - Dijo con un gesto teatral y llevándose la mano al pecho.

Carmen miró a su hermano con cariño. Se había convertido en un hombre guapísimo, como su padre. Alto, moreno, atlético, facciones marcadas y cejas pobladas. Era divertido y responsable. Realmente lo tenía todo. ¿Llegaría un día a estar interesado por su amiga Lupe? Esperaba que sí. Lupe era una mujer buena, de belleza serena, pelo rubio oscuro, tez clara y ojos color miel. Tenía una complexión delgada, sin excesivas curvas, pero muy femenina. Ojalá pudiera organizar un encuentro entre ellos, que se conocieran y ...

- Mira, Carmen, por ahí va Lupe. -Advirtió Isabel señalando a través del cristal hacia un extremo de la plaza.

¡Qué casualidad! Justo en ese momento, Lupe estaba saliendo por la calle donde estaba la botica de sus padres y salía con una cesta, probablemente a hacer uno de sus habituales recados matutinos. Carmen pensó en salir a buscarla y forzar el encuentro pero enseguida le pareció una idea contraproducente. Prefirió seguir una estrategia más sutil.

- Sí, ahí va. No hay en el mundo una amiga más trabajadora y más buena. - Miró de reojo a su hermano para comprobar si se estaba fijando en ella.

- Así es, Carmen, tienes una amiga que vale oro. Dios ha cuidado mucho vuestras compañías. - Confirmó Julia.
- Se ha dejado el pelo más largo ¿verdad? Le queda de fábula. - Opinó Isabel.
- Sí, es muy guapa. - Apuntó al fin Pablo. - También poco habladora, ¿verdad? Debe ser que siempre que os he visto juntas no haces más que hablar tú, Carmen... - Comentó Pablo mientras se le escapaba una risotada.
- ¡Eso no es verdad! - Le respondió su hermana dándole una palmada en el brazo. - Lo que pasa es que una de sus muchas virtudes es que sabe escuchar, listillo.

Julia observaba la escena complacida al comprobar que sus sobrinos se querían y estaban unidos. Incluso Isabel, tan huraña como era, estaba encantadora fruto de la magia del reencuentro familiar. Sabía que sus padres estarían orgullosos de verlos tan mayores, tan capaces, tan valiosos. Sus ojos empezaban a humedecerse, cuando recordó que llevaba encima la lista de todo lo que hacía falta para organizar los banquetes de Nochebuena y Navidad.

- Queridos. Estuvimos ayer Carmen y yo ideando menús para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad. Creo que ya lo tenemos. Pablo, necesitaré que me acompañes a Santander para comprar alguna cosa. ¿Te va bien mañana?
- Me va perfecto, tía.
- Maravilloso. Carmen e Isabel podéis revisar mantelería y decoración ¿verdad? Ya hablaré después con Claudia para organizar los tiempos de cocina de cada plato.
- ¡Claro! Cuenta con ello, Julia. - Confirmó Carmen. - ¡Seguro que va a salir todo perfecto, como siempre! Contigo es imposible de otra manera.
- Lo haremos con todo el cariño. Ese es el mejor sello y la garantía del éxito. ¡Qué feliz soy de teneros a los tres de nuevo aquí conmigo!

Esa tarde, la casa de Julia tenía a sus ocupantes muy atareados. Pablo estaba terminando de instalarse, colocando sus libros y organizando su ropa. Isabel y Carmen ideaban juntas qué adornos poner aquí y allá y Julia estaba acabando de escribir la invitación formal para invitar a la familia Martín Cobo a la cena de Nochebuena. Una vez acabada, se dirigió a la habitación de Pablo.

- Pablo, cariño, ¿me haces un favor? ¿Podrías entregar esta invitación a Enrique? Sería una ocasión formidable de saludarlo después de tantos años de ausencia.
- ¡Ah! Claro. Sí, me comentó Carmen por carta. Tengo curiosidad por verlo de nuevo después de ... ¿cuántos años hace? ¿Diez?
- Sí, diez ya. Sé agradable, que sienta de verdad que nos apetece recibirlo en casa. Carmen y él han acabado con una relación... algo tirante. Esperemos que esta cena sirva para suavizarla.
- Vaya... con lo amigos que eran. En fin, el tiempo pasa y ya no somos los mismos. Han sido muchos años sin verse ni saber el uno del otro.
- Ya... - La mirada de Julia por un momento se fijó en el vacío y su expresión se tornó pesada y enigmática. Pablo la miró intentando desentrañar su significado.
- No te preocupes, seguro que esta cena acaba limando asperezas. Acabo con esto y me acerco a ver a Enrique.

- Gracias hijo.

Pablo quedó maravillado al atravesar el camino de acceso a los jardines de Enrique. Aunque ya le habían adelantado que la propiedad del indiano era para quitar el aliento, toda descripción se quedaba corta comparada con lo que en ese instante rodeaba a Pablo.

“Caray”, se dijo para sí. “¡Hay que ver lo que ha prosperado el hijo de unos pastores! Ver para creer”.

Subió las escaleras que daban acceso a la puerta principal de la propiedad y llamó a la puerta. Le recibió un mayordomo alto y de pelo blanqueado, con semblante serio, pero amable.

- ¿Qué desea? -Preguntó con solemnidad.
- Buenas tardes. Soy Pablo Linares. Desearía ver al señor de la casa.

El mayordomo lo condujo a una salita de la entrada.

- Espere aquí. Enseguida lo aviso.
- Muchas gracias. -Respondió Pablo.

En cuanto se quedó solo en la estancia, admiró las paredes y objetos que le rodeaban. Las paredes blancas destacaban por sus molduras en relieve decorativas color verde, a tono con las palmeras que flanqueaban el acceso a la puerta principal de la casa. En el suelo, una gran alfombra en tonos burdeos y verdes confería a la estancia una gran calidez. A un lado, se hallaban dos butacas campechanas de caoba, con brazos, asiento bajo y espaldar alto, con orejeras laterales para apoyar la cabeza.

Al otro, una gran estantería de nogal albergaba varios objetos, traídos con toda seguridad de Cuba: una tinaja desgastada, un reloj de metal dorado muy ornamentado, una caja de puros, una cruz de caña y cuerda y en un lugar protagonista se hallaban dos fotografías. En una, posaban Enrique y el que debía de ser su tío, Antonio. En la otra, Enrique y Antonio aparecían con los obreros de la plantación.

- Pablo, perdona por la espera. ¡Qué alegría verte! El último de los Linares Díaz que me quedaba por ver. - Enrique avanzó hacia Pablo y le dió un fuerte apretón de manos.
- ¡Enrique! Lo mismo digo. Solo he oído maravillas de ti, de tu aventura en Cuba y de todo lo que has conseguido. Que eres otro a la vista está, aunque supongo que después de todos estos años todo habrá cambiado en ti.
- Tu lo has dicho. La experiencia en Cienfuegos me ha hecho ver que no podemos pasar por la vida de espectadores. Hemos de involucrarnos en ayudar al que lo necesita. Nuestra acción, por pequeña que sea, puede causar un gran impacto. Pero no quiero ponerme tan profundo nada más vernos. Ven, te enseñaré los jardines.

Al salir de la casa, pasaron por el trozo de tierra en el que finalmente iban a plantar unos parterres.

- Ah! Mira, Pablo. Pedí ayuda a tu tía y a tu hermana para ver qué hacer aquí y Carmen nos recomendó plantar un parterre. Parece ser que tu madre, que en paz descanse, tenía la afición de dibujarlos.
- Oh, sí. A mi madre le encantaba todo lo que tuviera que ver con las flores. La jardinería en general le fascinaba. Y Carmen ha salido a ella. Me alegro que os haya podido ayudar.

Enrique se quedó callado y envuelto por la nostalgia. A pesar de su decisión de apartarse de Carmen, no podía quitársela de la cabeza.

- Eh... sí, sí, la verdad. Ven, te enseñaré los establos.

Al cabo de veinte minutos, Pablo había podido recorrer todo el perímetro de la finca, con sus árboles, prados infinitos, su laberinto y el estanque con cisnes.

- Muchas gracias Enrique. ¡Por cierto, casi se me olvida! Aquí está la invitación para la cena de Nochebuena. Os esperamos a todos. En casa las chicas lo están preparando con mucha ilusión.
- Gracias a vosotros. Allí estaremos. Si te parece iremos con mi amigo Fernando que se aloja con nosotros. Es el administrador de la finca y fue compañero mío en Cienfuegos. Partimos en el mismo barco desde Santander hace diez años y desde entonces, somos como hermanos.
- Claro que sí. Invitadísimo también. Nos vemos pronto.

- ¡Pablo! ¡Ven a ayudarnos, por favor! - Carmen gritaba desde el salón a su hermano que estaba en el jardín cortando el césped.
- ¡Voy! - Pablo dejó la cortadora con la que se había hecho Julia hacía varios años, traída del mismo Londres, y corrió a la casa. - ¿Qué ocurre?
- Necesitamos que nos ayudes a mover esta mesa, ¡pesa una tonelada! - Respondió Isabel con la cara colorada y los pelos revueltos. Desde bien entrada la mañana, ella y su hermana habían estado reorganizando los muebles del salón pues solo quedaba un día para la cena de Nochebuena y querían dejarlo todo preparado.
- ¡Por Dios, qué susto! Parecía que alguien había perdido un dedo como poco.

Con la ayuda de Pablo unieron dos mesas y retiraron varias butacas para dar espacio. Estas fueron recolocadas en un extremo, cerca de la chimenea, junto al árbol de Navidad y un niño Jesús recostado sobre una pequeña cuna de madera en un lecho de paja.

A un lado de las butacas habían colocado varios instrumentos en una gran cesta, con los que acompañar los villancicos. En la repisa de la chimenea habían colocado varias ramas de acebo con bayas rojas, recogidas del jardín de Julia, y velas anchas blancas de diferentes alturas.

- Está quedando perfecto niñas. - Aplaudió la tía Julia.
- Ahora nos queda ponernos con la mantelería y la vajilla. A Isabel se le ha ocurrido poner encima de cada plato unas etiquetas con un lazo rojo con el nombre de cada comensal. ¿No es genial? - Señaló Carmen, orgullosa de su hermana. La elogiaba siempre que podía.

Isabel hizo un gesto con la mano para quitar importancia al asunto.

- Bah, no ha sido para tanto. Así nos evitamos tener que dar explicaciones de dónde va cada uno.
- Bravo Isabel, una idea fabulosa. Adelante. Ya queda menos. ¿No te parece que está quedando precioso, Claudia? - Preguntó Julia.
- Oh! Sí. Estas jovencitas tienen arte, sí señor. - Comentó Claudia, entrelazando sus manos y alzándolas a la altura de su barbilla.
- Bueno, os dejamos trabajar. Nosotras seguimos a lo nuestro.

La vena más cosmopolita de Julia le había servido para idear el menú de Nochebuena. Para empezar una crema de puerros, seguida de unas empanadas de pavo, besugos cocidos, conejos con alcaparras y buñuelos de viento. Por supuesto, la cena también incluiría una sabrosa selección de quesos regionales, mermeladas de frutas y pan elaborado en su cocina por las expertas manos de Claudia. Para concluir servirían turrones y mazapanes.

- ¿Y el vino, Julia?

- Del vino se encarga la familia de Enrique. Así me lo indicaron.
- ¡Ah! Perfecto.

A unos pocos kilómetros de distancia de la casa de Julia, Enrique y Fernando estaban dando su habitual y matutino paseo a caballo por los alrededores de Jardinia.

- ¿Qué tal fue ayer la reunión con el alcalde?
- Muy bien. Ya sabes que estuvimos hablando hace un mes sobre las mejoras que necesitaba Jardinia.
- Sí, me acuerdo. Hablasteis de la escuela y también de un nuevo alumbrado para las calles, creo recordar.
- Así es. La escuela necesita ser construida de nuevo. Está hecha polvo. El alcalde me ha sugerido hablar con Esteban, el profesor rural. Y lo del alumbrado eléctrico es una empresa que me tiene muy entusiasmado. Hemos contactado con un ingeniero que nos va a ayudar a instalarla en el pueblo. ¡Seremos el primer lugar de España en alumbrar las calles con luz eléctrica! Es todo un reto. Queremos tenerlo listo para mayo. Conseguiremos más luz, en más sitios y más barata. Esto va a revolucionar nuestras vidas, ya lo verás.
- Suena increíble, parece magia.
- ¡Es ciencia! Y no sabes lo orgulloso que me siento de formar parte de esto. De ayudar a Jardinia a avanzar hacia el futuro.

Cuando llegaron al despacho de la casa, les esperaba el correo y el periódico junto a un humeante café.

- Por lo que veo, podía haber esperado a leer el periódico de hoy para saber qué tal había ido la reunión. - Comentó Fernando.
- ¿Sí? Déjame ver.

Efectivamente, el ejemplar de esa mañana incluía una pequeña noticia en la que se podía leer:

El recién llegado a la villa de Jardinia, Enrique Martín Cobo, indiano proveniente de la región de Cienfuegos en Cuba, ha decidido aportar parte de sus bienes a mejorar sustancialmente dicha villa, que le vio nacer. Por un lado, reconstruirá la escuela de Jardinia y por otro, hará posible la llegada del novedoso alumbrado eléctrico a la villa. Se espera que esté al fin instalado a principios de mayo. Jardinia siempre le estará agradecida por estos generosos regalos.

- Vaya. El alcalde se ha ido de la lengua. No hacía falta proclamarlo a los cuatro vientos. - Comentó Enrique algo contrariado.
- Quizás lo haya hecho para llamar la atención sobre Jardinia, para atraer turistas y quién sabe qué más.
- Bueno, si esta publicidad redundará en beneficio de Jardinia, bienvenida sea.

24 de diciembre de 1890. Esa mañana la cocina de la tía Julia olía a tostadas, bollos, zumo recién exprimido, queso, café y chocolate caliente.

- Mmmmmmm. Madre mía. Estoy en el Cielo. ¡Cómo huele! - Exclamó Pablo mientras bajaba por las escaleras.
- Ven a probar el chocolate, vas a entrar en éxtasis. - Respondió Isabel con la boca llena.
- Isabel, come primero. Está todo riquísimo, Pablo. Faltabas tú. - Le sonrió Carmen.
- ¿Qué tal has dormido, querido? - Preguntó Julia, mientras le preparaba un plato con un poco de todo y Carmen le servía chocolate en la taza.
- He dormido como un bebé. Y si te despiertas con este olor y rodeado de tan bellas damas, la felicidad es absoluta.

Julia y sus sobrinas habían recogido su cabello la noche anterior con especial esmero para facilitar el peinado de esa noche. Los trajes, confeccionados meses atrás, ya estaban planchados y colgados en los armarios de sus respectivas habitaciones. El estampado de los trajes era de cuadros escoceses, pero en colores diferentes: crema el de Isabel, rojo el de Carmen, y azul marino el de Julia. Pablo también participaba de esta coordinación escocesa con el pañuelo del cuello, confeccionado en un tartán gris oscuro.

- Niñas, ya tenéis los vestidos en vuestra habitación. Cenaremos a las ocho, para que dé tiempo a charlar a gusto y a las doce de la madrugada iremos a la Misa del Gallo.
- Perfecto tía. En un rato saldremos Isabel y yo al jardín a coger plantas y flores para adornar la mesa del salón.
- Yo he quedado esta mañana con el padre Luis. - Comentó Pablo. - Desde que he venido no he hablado con él y me apetece una buena charla.
- Muy bien Pablo. Nosotras haremos, como nos pidió el párroco, todos los bizcochos que podamos para celebrar hoy después de la misa con todas las familias que asistan.
- Y me dijo ayer el padre Luis si podíamos ayudar con la limpieza del templo y de la sala de reuniones para poder utilizarla luego. - Recordó Carmen.
- Menudo día de Nochebuena más aburrido. - Se quejó Isabel repantingándose en la silla con el ceño fruncido.
- Vamos Isabel, no seas desagradecida. - Ordenó Julia.
- ¿Puedo quedar hoy con Ana? - Rogó Isabel a su tía.
- Sí, pero nos tienes que ayudar o con los bizcochos o con la limpieza de la iglesia. ¿Qué prefieres? - Concedió Julia.
- Los bizcochos.

Al cabo de dos horas, Isabel ya había acabado de ayudar con los bizcochos, se había arreglado y había salido, acompañada por Pablo, en dirección a la casa de los Enrique para encontrarse con Ana. Cuando llegaron, Isabel encontró a su amiga paseando cerca del laberinto. Pablo se despidió y quedaron en que la volvería buscar en hora y media.

- ¡Isabel, qué alegría verte! - La saludó Ana.
- Sí, por fin he podido escaparme. ¿y tú qué tal? ¿Qué estás leyendo? - Isabel vio que su amiga estaba con varios periódicos en la mano.
- Estoy buscando anuncios.
- ¿Buscando anuncios? ¿Qué anuncios?
- Para irme.
- ¿Irte?
- Sí, ya te dije que quiero buscarme la vida como profesora o institutriz o lo que sea que busquen para ayudar a educar a niñas. Siempre hay familias que necesitan un apoyo extra para la educación de sus hijas. Así que estoy buscando ofertas de empleo en los distintos periódicos.
- ¡Ah, es verdad! ¿Y has encontrado algo?
- De momento nada interesante. Oye y cuéntame ¿Cómo va la casa Linares? ¿Ya tenéis todo preparado para esta noche?

Isabel puso los ojos en blanco.

- Uf, sí. Y no solo eso, si no que nos hemos tenido que poner a hornear bizcochos sin conocimiento.
- ¡Anda! ¿Y eso?
- Para la fiesta de la Misa del Gallo, ya sabes, mi tía, que se mete en todos los líos que puede.
- Bueno, pero eso está muy bien. Tienes que dar gracias por la familia que tienes.
- Ya, el que no se consuela es porque no quiere...
- No digas eso.
- Pues sí lo digo, no tener padres es algo con lo que he crecido de forma natural, pero cada día me acuerdo de ellos y me siento como un bicho raro. Tú no lo entiendes porque no has vivido ninguna desgracia.

Ana en ese momento se quedó muy callada, miró al suelo y dió unos pasos hacia el laberinto. Isabel, se volvió hacia su amiga arrepentida por la dureza de sus palabras.

- Ana, perdona. Lo he dicho sin pensar. Quería decir que tú tienes a tus padres y que te envidio.
- Claro, no te preocupes. Ya lo sé que lo has dicho sin mala intención. Pero creo que a pesar de la pérdida irremplazable de tus padres, tienes a una tía que te quiere como si fuera tu madre y a unos hermanos que te adoran, te cuidan y son un buen ejemplo para ti. No todos los huérfanos pueden decir lo mismo. Y eso tienes que valorarlo.
- Ya, tienes razón.
- A veces eres un poco dura con tu hermana y con tu tía. Ellas solo quieren educarte, porque te quieren.
- Pero es que son tan pesadas. Me asfixian con tanta educación.

Ana no pudo reprimir una risotada.

- ¡Mira que eres cabezota, Isabel! Bueno, tú ten un poco de paciencia, seguro que al final os acabáis entendiendo. ¡Ay! Está empezando a llover. Ven vamos dentro y te enseño una partitura nueva de piano que me ha llegado.

A la hora convenida, Pablo fue a recoger a Isabel para llevarla de vuelta a casa. Más tarde, después de una sabrosa comida y un momento de reposo en salón, justo cuando el reloj dio las seis de la tarde, comenzaron a vestirse las mujeres Linares. Claudia corría de aquí para allá para rizar cabellos, ajustar corsés o atar camisas de encaje. Pablo, desde el salón, sonreía ante la excitación de las mujeres de la casa mientras leía las Rimas de Becquer. El tiempo que él requería para estar listo era menor que el de ellas, por lo que podía disfrutar de un poco más de calma.

Al cabo de media hora, subió a la habitación para vestirse con su traje negro, camisa blanca de cuello almidonado y pañuelo de tartán gris oscuro. Cuando terminó de abotonarse los zapatos, se dirigió al salón y al lanzar la vista hacia la estancia quedó maravillado ante la estampa que tenía delante de sus ojos.

Julia e Isabel estaban guapísimas. El color de sus vestidos, azul marino y crema respectivamente, les sentaba divinamente. Pero Carmen, ¡oh, qué espectáculo! Ese rojo combinaba a la perfección con sus mejillas sonrosadas. Y su bonito pelo, tan brillante y con tanto cuerpo, adornaba sus delicadas facciones a la perfección.

- Dios hizo una gran obra con vosotras, queridas. Estais por encima de toda escala de belleza. Y esos vestidos, os sientan increíblemente bien.
- ¡Gracias Pablo! Qué palabras tan halagadoras. Tú también estás guapísimo. Cómo te alegra ese pañuelo. - Respondió Carmen, acercándose a él y ajustándole el nudo.
- Sí. Los hombres vais siempre tan aburridos, con los mismos colores y la misma ropa que ese pañuelo te alegra muchísimo. ¡Menudo cambio! -Añadió Isabel cediendo a la alegría navideña.
- Y nadie mejor que nuestro Pablo para lucir este atrevido cambio. - Convino Julia, mientras recolocaba las servilletas y las etiquetas con el nombre.
- Me alegro de no desentonar entre tanto ángel. - Apostilló Pablo y guiñándole un ojo a su hermana pequeña.
- Claudia, querida, tenemos todo a punto ¿verdad? - Preguntó Julia asomándose a la cocina.
- Sí, la crema de puerros caliente, empanadas y buñuelos listos, y besugos y conejos en sus cazuelas. Tengo bajo este paño los quesos dispuestos y en estas paneras los panecillos.
- Eres un tesoro. Bueno, vamos al salón. Solo queda esperar a que lleguen.

Pasados unos minutos, oyeron un carruaje. Se asomaron a la ventana y, efectivamente, era la familia Martín Cobo. Carmen observó con interés a Enrique. Él, que llevaba las riendas, se bajó el primero para ayudar a colocar los estribos y facilitar el descenso de los ocupantes de la calesa.

mientras les ofrecía la mano.

“¡Qué buena planta tiene! Es altísimo y sus facciones son tan... masculinas”. Pensó Carmen para sí mientras lo observaba. Le fascinaba ver lo cambiado que estaba, el hombre en el que se había convertido. ¡Qué pena que su relación se hubiera enfriado! En cualquier caso, estaría tranquila y sería amable. No había ningún peligro en ello.

Llamaron a la puerta y Julia fue la encargada de abrirles y recibirles. Detrás de ella aguardaban sus sobrinos, de pie, sonrientes y perfectamente conjuntados. Lejos de lo que pudiera parecer, esta escena familiar no era en absoluto forzada ni aparente ni superficial, sino una muestra de la sincera unión y amor que existía entre los hermanos y el gran afecto y admiración que sentían por su tía. Admiración y afecto que ella manifestaba igualmente por sus sobrinos.

El gusto por las buenas maneras, la moda y la belleza había crecido en esta familia de forma natural gracias tanto a sus padres como a la beneficiosa influencia de Julia. Por ello, no les chirriaba a ninguno formar parte de esta expresión artística en sus vidas con absoluta normalidad y naturalidad.

- Querida familia, Vicente, Paquita, Enrique y Ana. Querido Fernando. Bienvenidos. ¡Qué alegría tenerles con nosotros hoy! Adelante, pasen.
- Gracias a usted, doña Julia. Y a ustedes, jóvenes. - respondió Paquita devolviendo el saludo y sintiéndose algo nerviosa.
- Es un placer recibirles, ¡feliz Nochebuena! - Añadió Carmen mientras ayudaba a quitar abrigos y colgarlos en un perchero que había despejado con este fin.

Isabel y Pablo se ofrecieron para guardar abrigos, sombreros y bolsos. Isabel enseguida ayudó a Ana, Pablo se encargó de Vicente y Carmen, tras terminar con Paquita, vio que esperaba Enrique con el sombrero. Carraspeó y se acercó algo inquieta. Le sonrió y le cogió el sombrero:

- Yo lo guardaré.
- Es un sombrero afortunado. - Se inclinó haciéndole una reverencia y, aunque la miró solo durante unos segundos, a Carmen le pareció una vida. Ella no supo qué responder así que le volvió a sonreír y le dijo:
- Si me das tu abrigo, lo guardaré también.
- ¡Oh! Por supuesto. Muchas gracias. - Volvió a hacerle una reverencia en señal de gratitud y se dirigió hacia donde estaba el grupo de la velada.

Una vez que todos se hubieron saludado, Julia dio la señal para que se sentaran en sus sitios, que tan bien estaban señalizados gracias a Isabel. De esta manera, Julia se sentó en un extremo de la mesa, quedando el otro vacío ya que no eran números pares. Así, en un lado, se sentaron Paquita, Ana, Fernando y Enrique; y al otro, Vicente, Isabel, Pablo y Carmen.

Pablo tomó la palabra y bendijo la mesa:

- Señor, bendice estos ricos manjares que hoy vamos a tomar en esta cena de Nochebuena. Te damos gracias por los dones recibidos y por los buenos amigos y

vecinos que esta noche nos acompañan. Amén.

Todos respondieron al unísono con un sonoro “amén”.

- Buen provecho a todos, amigos. - Deseó Julia a toda la mesa.
- Igualmente. - Secundó Vicente.
- Está riquísimo. - Opinó Paquita tras probar la crema de puerros.
- Desde luego que sí. - Intervino Fernando.
- Fernando, Enrique me comentó el otro día que embarcasteis juntos desde Santander hace diez años. ¿Cómo empezó vuestra historia? - Preguntó Pablo.
- Básicamente, Enrique me salvó la vida.
- Ah, ¿sí? - Preguntó Carmen automáticamente mirando a Enrique con los ojos muy abiertos, ávida de curiosidad.
- Bueno, hice lo que habría hecho cualquiera. - Comentó Enrique quitando importancia al asunto y sorprendido de que pillara a Carmen de nuevas. Juraría que ese episodio se lo contó en la primera de sus cartas.
- Yo no lo creo. - Rebatió Fernando. - Mirad, yo me lancé a hacer las Américas porque no me quedaba otra opción. Perdí a mis padres, no tenía a nadie ni nada. Se me ofreció la oportunidad y no lo dudé. Sin embargo, mi salud estaba muy frágil, llevaba tiempo comiendo mal y poco y la dureza de la vida del barco pudo conmigo. Casi moribundo, estaban a punto de echarme por la borda dándome por muerto y Enrique se negó a que hicieran tal cosa. Se ofreció a cuidarme él mismo y a repartir su comida conmigo si hacía falta. Gracias a su fiel cuidado me recuperé. Si no hubiera sido por él, habría sido pasto de los peces hace mucho tiempo.
- Dios de mi vida, Fernando. Pero qué historia, hijo mío. Nos hemos quedado de piedra. - Reaccionó Julia. - Menudo ángel de la guarda tu amigo Enrique.
- ¡Un héroe de novela! - Exclamó Isabel, con mirada soñadora.
- Desde luego... - Afirmó Carmen, mirando significativamente a Enrique.

Así que Enrique comenzó su aventura hacia las Américas siendo un auténtico héroe. Se lo estaba poniendo todavía más difícil. ¿Cómo iba a poder mostrarse fría con él después de oír aquella hazaña?

- Hice lo que cualquier persona con corazón habría hecho en mi lugar. Y me alegro de ello. Fernando ha trabajado incansablemente en la hacienda de mi tío y no ha mostrado ningún remilgo para desempeñar la tarea que fuese. Se volvió fuerte con los números y por eso ahora es nuestro administrador. Y para mí, un hermano.
- Entre Enrique y Fernando llevan la hacienda. Yo trato de aprender algo de ellos, pero me he quedado algo mayor para seguirles el paso.
- ¿Que ha pasado con su vaqueriza, Vicente? - Preguntó Julia mientras se servía empanada de pavo.
- La hemos alquilado al hijo de unos amigos. Me paso por allí de vez en cuando para enseñarle los detalles del oficio. Eso me mantiene ocupado también.
- Enrique nos ha puesto un profesor para aprender los buenos modales de la sociedad, ¿sabe, doña Julia?

- ¿De verdad?
- Nos enseñan los cubiertos que se tienen que poner en la mesa, la diferencia entre la alpaca y la plata, los nombres de las prendas que se llevan en la alta sociedad, ¡hay muchísimas! Y también está teniendo la paciencia de enseñarnos a leer.
- Yo creo que somos demasiado mayores para aprender, pero lo hacemos por ellos.
- Nunca es tarde para aprender, Vicente. Seguro que luego saben sacarle provecho a todo ello, ya verán. - Apuntó Carmen.
- Me alegro que nuestros hijos fueran a la escuela de Jardinia cuando eran pequeños. Es una de las cosas que más agradezco de este lugar, la oportunidad que tuvieron nuestros hijos de aprender lo que nosotros no pudimos enseñarles. Nosotros no lo necesitamos, pero a ellos les ha ayudado mucho. Enrique siempre nos dice que en Cienfuegos los inmigrantes que no saben leer se quedan con los peores puestos.
- Así es, madre. Hicisteis mucho por nosotros. Más de lo que creéis.
- Por cierto, Enrique, estás siendo muy discreto pero todos hemos leído en el periódico que vas a traer muchas novedades a Jardinia. - Apuntó Pablo.
- Sí, me temo que ya ha saltado al dominio público. - Confesó Enrique. - Creemos que la escuela de Jardinia, de la que acabamos hablar y que tanto bien nos ha hecho, merece una puesta a punto, unas instalaciones nuevas, sin goteras, resistente al clima y con todas las modernidades.
- Pero el plato fuerte no es la escuela sino la luz eléctrica. - Añadió enseguida Fernando.
- La luz ¿qué? - Preguntó Isabel perpleja.
- La luz eléctrica. Se acabaron las farolas de gas, las calles de Jardinia se iluminarán con una luz más limpia, más potente y con el tiempo mucho más barata. La electricidad ha venido para quedarse. Sus posibilidades son infinitas y Jardinia va a ser el primer lugar de España que iluminará sus calles con electricidad. - Explicó Enrique vibrando a cada frase con más pasión.
- Pero esto es maravilloso, Enrique. ¡Nos has traído el futuro! - Exclamó Julia. - ¿Y cuándo ocurrirá todo esto?
- En el periódico decían que en mayo, ¿verdad? - Apuntó Pablo.
- Así es, si todo va bien, en mayo Jardinia verá la luz.

La cena continuó con más elogios a Enrique por sus proyectos en Jardinia y después siguió una animada conversación entre bandejas de besugos, conejos y buñuelos. Pablo les habló de su carrera de Medicina en Madrid, lo cual suscitó el interés de todos los invitados, así como de su deseo de dedicarse a lo mismo que su padre: al mundo rural. Para finalizar sirvieron dulces y mazapanes y cantaron villancicos.

La velada tocó a su fin. Tocaba ponerse abrigo y sombrero para asistir a la Misa del Gallo. Todos fueron andando ya que la iglesia estaba cerca de la casa de Julia. Mientras caminaban, Enrique se puso a la altura de Carmen.

- Gracias por todo, Carmen. Lo hemos pasado muy bien. Mis padres se han sentido muy acogidos. He disfrutado mucho, de verdad.
- Me alegro Enrique, yo también. Tu familia es encantadora. Y todo lo que hemos

oído esta noche, en fin, me he quedado impresionada. Estoy... realmente, estoy muy orgullosa de ti.

- Bueno... Gracias. - Enrique se tocó el sombrero haciendo una pequeña reverencia con la cabeza, en señal de gratitud. - Por cierto, no sé si podrías acercarte a mi casa un día de estos para ayudarnos a elegir el color de las flores para la zona del escudo del parterre. Ahí se ha vuelto a quedar bloqueado nuestro jardinero y me temo que necesitamos la voz de una experta.
- Oh, por supuesto. En cuanto pueda me acercaré. Será un placer.

Carmen seguía disfrutando en secreto de un pequeño placer: la concesión social que Enrique y ella se habían hecho desde el primer momento para tratarse de tú, a pesar de ser dos adultos que no guardaban ningún parentesco. El acuerdo, adoptado de forma espontánea, no había sido más que el resultado natural de una historia compartida con demasiada intensidad e intimidad como para andarse con formalismos. A pesar de las dudas y distancias actuales, ambos seguían sin resistirse a tratarse con la cercanía de antaño.

Por otro lado, el corazón de Carmen estaba a mil. Pero a la vez se sentía calmada, con paz. No sabía cómo, pero estaba dejando fluir su relación con Enrique, desprovista de todo rencor o herida del pasado. Quería ser sincera y actuar con el corazón en la mano. Sobre todo, porque veía que Enrique, por su parte, estaba actuando del mismo modo.

Pasados unos días desde la cena de Nochebuena y ya entrado el mes de enero, Carmen cumplió su promesa y se presentó en la casa de Enrique. Se habían templado las aguas entre ellos por lo que su sonrisa al saludarse aquella mañana era sensiblemente más abierta.

- Buenos días, Carmen. ¡Gracias por venir! ¿Te apetece un café o un chocolate? - Preguntó Enrique en la entrada de la casa.
- Buenos días, Enrique. Muchas gracias, pero no hace falta. Hoy hemos desayunado en casa muy abundantemente, por imperativo de Julia. - Respondió Carmen.
- Entonces seguro que no hay nada que hacer.
- Ya siento haber tardado tanto en venir, pero la lluvia no nos ha dado tregua.
- No hay nada que sentir. A la naturaleza hay que hacerle caso. Vamos a ver esos parterres, si te parece.

Enrique y Carmen se acercaron juntos a ver la zona en cuestión. Efectivamente, el jardinero había sabido trasladar el diseño del papel a la tierra y la naturaleza había seguido su curso. El césped y las flores en su diversidad de colores y formas habían arraigado correctamente, incluso crecido con mayor frondosidad y viveza. Pero la zona central seguía marrón y húmeda. Tal y como le había adelantado Enrique, no sabían qué plantar allí. Aunque Carmen se había llegado a preguntar si eso sería verdad, o solo una excusa para llamarla y verse de nuevo. Carmen sabía que se estaba dejando llevar por la imaginación, pero no pudo evitar que una pequeña sonrisilla asomara por la comisura izquierda de su boca.

- Está quedando más bonito de lo que creía, Enrique. Mis felicitaciones al jardinero.
- Felicitaré a Gustavo, pero hay que reconocerle el mérito a tu madre y también a ti, por pensar que aquí encajaría uno de sus diseños. Nosotros también estamos encantados con el resultado. Pero ya ves, no nos decidimos por qué flor plantar en el escudo. ¿Qué nos sugieres?

Carmen adoptó una mirada concentrada, frunciendo ligeramente el entrecejo y los labios y llevándose la mano a la barbilla.

Al momento, abrió el cuaderno que llevaba encima. Perteneció a su madre y en él había dibujado las diferentes especies de plantas y flores que había observado por los alrededores de Jardinia a lo largo de los años y en todas sus estaciones.

Enseguida buscó el apartado de flores que resisten todo el año, y observó con detenimiento cada flor. Qué precisión de trazos, qué color tan uniforme había sabido dar su madre a cada detalle de sus dibujos.

Y de repente, ¡ahí estaba! Tenía la flor que daría una viveza increíble al escudo.

- Ya lo tengo, Enrique, ¿qué te parece? - Carmen le señaló el dibujo de la flor elegida.
- Clavelinas... desde luego qué bonita. Es muy vistosa.

- Sí, ¿no te parece muy original? El toque de blanco en el borde de los pétalos la hace muy especial.
- Me gusta, me gusta. ¡Ah! Por ahí veo a Gustavo. Voy a comentárselo. Ahora vuelvo.

Carmen se quedó revisando todo el parterre en detalle. Al poco se percató de que unas ramas sobresalían en un lateral más allá de sus límites. Se quitó los guantes y se agachó para cortarlas pensando que podría tirar de ellas con éxito. Lo intentó una y otra vez sin conseguir arrancarlas. Al fin, dejó el cuaderno a un lado, se agachó en condiciones y, sujetando la rama con las dos manos, tiró con todas sus fuerzas.

- ¡Ahh! - Carmen soltó la rama que todavía seguía arraigada con gran fuerza al terreno y se miró las manos. Las tenía ensangrentadas por la fuerza con que había tirado de los ásperos tallos.
- ¡Carmen! ¿qué ha pasado? - Enrique, que se encontraba cerca de ella, pues ya había terminado de hablar con Gustavo, se apresuró a auxiliar a Carmen. Enseguida vio el estado de sus manos. - Ven, tenemos un botiquín en la caseta del jardinero.
- No hace falta, no ha sido nada. - Aseguró Carmen mientras se frotaba las manos para quitarse la tierra.
- No queremos que se infecte la herida, y mejor será que la limpiemos bien.

Enrique la guió por un sendero hasta que llegaron a una pequeña caseta de madera. Una vez dentro, le indicó a Carmen dónde podía sentarse y se puso a buscar con rapidez un frasco con hipoclorito de sodio, para desinfectar heridas, a veces tan frecuentes entre los jardineros. Lo encontró en una estantería colgada en la pared. Cogió unos paños limpios que guardaban en un cajón, los mojó con agua y se agachó a la altura de las manos de Carmen para limpiar sus heridas.

Sujetó sus manos con suavidad y empezó a frotar para eliminar todo rastro de tierra y poder ver al fin qué envergadura tenían sus rasguños. Carmen empezó a notar calor por todo el cuerpo, las manos ya no le dolían en absoluto. Un momento, ¿era cierto? ¿Se encontraba allí, sola, en un espacio tan pequeño, con... él? Parecía inapropiado. ¡Oh, no! ¿Su rostro reflejaría el calor que estaba sintiendo por todo el cuerpo? ¿Era necesaria esa atención por solo un pequeño rasguño? Y ¿por qué, a pesar de su azoramiento, estaba disfrutando Carmen tanto de ese momento?

- Bueno... creo que ya... - dijo Carmen intentando retirar sus manos de las de Enrique.
- Espera, todavía queda suciedad. Parece que no hay heridas graves, pero vamos a desinfectarlas. - Enrique sujetó con firmeza las manos de Carmen mientras limpiaba sus heridas.

Ella miró las manos de él, fuertes y morenas, y creía que se desmayaría de un momento a otro. La estaba tocando sin ningún reparo. Estaba claro que la situación lo requería, pero prefería que acabara cuanto antes. Algo se estaba apoderando de ella y le hacía sentir muy insegura. En ese momento, Carmen recordó una frase de su madre.

- Nos podemos quejar porque los rosales tienen espinas... - Carmen, sin darse cuenta, pensó en un susurro.
- ¿Qué dices?
- Era una frase que decía mi madre a menudo. Nos podemos quejar porque los rosales tienen espinas, o alegrarnos porque las espinas tienen rosas. Me ha venido a la cabeza por este pequeño accidente. Mi madre siempre veía las cosas desde una perspectiva muy positiva.
- ¡Qué sabia era tu madre!
- En realidad la frase pertenece a Abraham Lincoln, pero ella siempre ha vivido con ese enfoque.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron. Era Gustavo.

- Pase, Gustavo. - Indicó Enrique mientras aplicaba hipoclorito de sodio en las manos de Carmen.
- Un caballero pregunta por usted, señor.
- Ahora mismo salgo, gracias.

Enrique guardó el bote del hipoclorito y se dispuso a vendar las manos de Carmen. Mientras lo hacía, levantó la mirada para fijar sus ojos en los de ella. La tensión entre ellos era palpable. Cuando acabó el vendaje, Enrique se levantó, se lavó las manos y le preguntó a Carmen cómo se encontraba.

- Mucho mejor, no noto prácticamente nada.- Carmen intentó que su voz sonara segura y despreocupada. Se levantó enseguida de la silla y trató de agachar la cabeza para que no se le notara tan afectada.

Enrique abrió la puerta para dejarla salir y cuando Carmen atravesó la puerta reprimió un pequeño grito al encontrarse con quien no esperaba.

- Oh! Esteban, qué sorpresa... - Exhaló Carmen en un suspiro nervioso.
- Sí, ya supongo. - Respondió Esteban manifestando sorpresa en su rostro.
- Hola, Esteban. Gracias por venir. Estaba curando unas heridas que se ha hecho Carmen en la mano. Nos está ayudando con una zona del jardín.
- Oh, sí, sí, por supuesto. - Esteban parecía algo molesto.
- Bueno, muchas gracias Enrique. Un placer verle, Esteban. Creo que debo marcharme ya. - Carmen se despidió de los dos y se dirigió a la salida de la finca con paso ligero.

Una vez fuera, respiró con alivio. No quería ni pensar lo que se habría imaginado Esteban al verlos salir a los dos de un sitio tan pequeño. ¿Habría notado lo acalorada que estaba ella? Esperaba que no. Confiaba en que hubiera visto los vendajes de la mano. Sí, realmente eran bastantes visibles. No tenía de qué preocuparse.

Sin embargo, aunque no hubiera pasado nada, Carmen había sentido algo muy real: una atracción muy fuerte hacia Enrique. No podía engañarse, había deseado besarlo. Apasionadamente.

Ahora ya lo sabía. No sólo lo admiraba y respetaba. También se sentía muy atraída por él. ¿Le quería también? Sí, ella se imaginaba amándolo para siempre, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Recorriendo aventuras y envejeciendo juntos. Su cabeza estaba yendo demasiado deprisa con este asunto.

Lo que no sabía era si él también la quería a ella. Se había dado cuenta de que la atracción era mutua, por cómo la había mirado desde que llegó a Jardinia y por cómo había procurado su presencia en su casa, en su jardín. Pero, ¿también la querría? ¿Sus propósitos para con ella serían igual de elevados y profundos?

Carmen no sabía cómo abordar toda esta situación, cómo ordenar sus pensamientos y sus afectos y qué pasos debía dar. Por eso, había tomado la decisión de hablar con Julia enseguida para ponerla al día sobre su relación con Enrique y las inquietudes de su corazón.

Cuando llegó a casa, la vio pintando el templete de forja ya que se había desconchado a causa de la humedad. Hacía frío, pero no era excesivo. Por ello, Carmen pensó que podían tener su conversación en la intimidad del jardín.

- Julia, ya he llegado. Oh, ¡lo estás dejando como nuevo! - Carmen observó con admiración el bonito y nuevo acabado del templete.
- Sí, estoy muy contenta. He traído esta pintura de Santander. Me han dicho que resiste muy bien la humedad. Ya lo veremos. Confiemos en que así sea. - Julia cerró el pequeño bote que llevaba en las manos y lo dejó en la cesta que estaba encima de la mesa de forja. Se quitó los guantes de trabajo y miró a su sobrina. - ¿Cómo estás, hija? Te noto preocupada.
- No sé si es preocupación, más bien estoy atascada y no sé cómo avanzar. Necesito que me ilumines, tía. - Carmen la miró con un brillo de esperanza. Confiaba en el buen criterio de Julia y estaba deseando abrirla su corazón.
- Cuéntame, cariño. ¿Es por Enrique?
- Sí. Creo que hemos avanzado en nuestra relación. La cena de Nochebuena nos acercó de nuevo. Pero no solo se trata de eso. Lo admiro profundamente, y me siento muy atraída por él. Además, bueno... Creo que la atracción es mutua. Me pongo muy nerviosa cuando estoy con él, cuando me mira tan intensamente...
- Ya... Sí, creo que hay una tensión entre vosotros, es bastante evidente...
- Ah, ¿sí? - Carmen pensó inmediatamente en la escena que había contemplado Esteban esa misma mañana y en cómo debía sentirse.
- Y ¿por qué te sientes tan inquieta, cariño?
- Bueno, por un lado, veo que Enrique siente algo por mí, pero, por otro, no entiendo por qué no supe nada de él cuando se fue a Cuba. Quizás tiene un modo de ser muy independiente y eso en el futuro no sé si me gustaría. O es cambiante, como una veleta. Aunque por lo que he podido ver hasta ahora, no es algo que me cuadre con el carácter de Enrique, la verdad.

Julia guardó silencio. Se acercó a una enredadera del muro más cercano y empezó a arrancar las hojas más dañadas. La pausa seguía presente. Julia callaba. Carmen la miró con sorpresa y preocupación. ¿Dónde estaban las respuestas ágiles y certeras de su tía ahora que tanto las necesitaba? Al final, habló.

- Carmen, hay algo que tengo que decirte. Yo... verás, en su momento pensé que era lo mejor para ti, de verdad, cariño.
- ¿Qué quieres decir?
- Enríque sí te escribió. - Confesó Julia al fin. Y su sobrina tardó en reaccionar unos segundos. El silencio cubrió como una capa de hielo los corazones de ambas.
- ¿Qué me estás diciendo Julia? - Carmen no daba crédito a lo que estaba oyendo.
- Escúchame un momento, Carmen. La marcha tan precipitada de Enrique hace diez años se debió a un acontecimiento grave.
- ¿Qué? ¿Por qué nunca he sabido nada, qué pasó? - Carmen seguía sin comprender. Estaba confusa. Su corazón latía rápido y con fuerza. Demasiadas noticias nuevas y sorprendentes al mismo tiempo.
- Tu padre nos pidió a tu madre y a mí que no te dijéramos nada.
- ¿Mi padre? ¿Él también tuvo algo que ver? - La cara de Carmen era un cuadro desencajado.
- Hace diez años un mal hombre intentó atacar a la hermana de Enrique. La providencia quiso que Enrique estuviera cerca y oyera los gritos. Él no lo dudó, salvó a su hermana. Pero lo hizo asesinando a aquel hombre. - Hizo una pausa mientras tragaba saliva. - Sin embargo, sus padres tuvieron miedo. Escondieron el cuerpo y adelantaron el viaje de Enrique a Cuba. Tu padre acudió porque lo llamaron para comprobar que Ana no había sufrido daños y le pidieron discreción con lo sucedido. Y él nos pidió lo mismo a nosotras.
- Pero él hizo lo correcto ¿no? ¿Por qué lo censurasteis para mí? ¿por qué impedisteis que sus cartas me llegaran?
- Tu padre tenía miedo de que este tema se complicara y salpicara a la familia. Sabía que erais amigos pero no que hubiera nada más. Por eso cuando empezaron a llegar cartas, Pedro pensó que lo mejor sería ayudarte a olvidarlo. Quizás no fue la decisión más acertada, pero...
- ¿Cómo pudisteis? - Carmen la interrumpió desconcertada, mirando a Julia sin entender nada y llena de rabia.
- Lo siento, Carmen. He intentado compensar ese error intentando acercaros este tiempo.
- ¿Todavía existen esas cartas? - Carmen la volvió a interrumpir con un semblante contraído y mirando al infinito.
- Sí... sí.

Julia entró en la casa, subió a su habitación y al rato bajó con un paquete de cartas antiguas atadas con un lazo rosa descolorido. Se acercó a Carmen y se lo ofreció. Esta las cogió sintiendo una mezcla amarga de enfado, decepción y tristeza. Todo eso sentía mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y corría a su habitación para tratar de comprender todo lo que le había dicho Julia.

Carmen subió las escaleras a la velocidad de un rayo, entró en su habitación y cerró dando un portazo. Se sentó en la cama y se quedó quieta, sin saber qué hacer, sin saber cómo ordenar todo lo que sentía, sin saber qué era exactamente lo que estaba sintiendo.

¿Cómo había podido hacerle algo así su padre? Siempre le había parecido certero en sus juicios y decisiones, pero en esta que le acababa de desvelar Julia, Carmen pensaba que había cometido un grave error.

Es cierto que cuando ocurrió ella solo era una niña. Su padre, y su madre, debían decidir por ella en cuestiones que a Carmen se le escapaban y desconocía. Eso empezó a calmar a Carmen. Eso y que ciertamente parecía que no estaba todo perdido con Enrique.

Entonces, miró su regazo y contempló el paquete de cartas que Enrique le envió desde Cuba. Desató el lazo y empezó a tocar cada una. Se las llevó a la nariz para olerlas, revisó cada esquina y cada detalle. El sello, su letra, cómo había escrito su nombre: *Carmen Linares Díaz*. “Qué letra tan bonita. Oh, Enrique... Yo no sabía que me habías escrito”.

Se tumbó en la cama y se llevó las cartas al pecho. Cerró los ojos y pensó en la cara de Enrique cuando se marchó, con tan solo diecisiete años. Un joven dispuesto a hacerse un hombre en un viaje incierto.

Recordó lo guapo que le parecía entonces y el dolor tan grande que le causó su marcha sin haberse podido despedir. Recordó las veces que se fue a la playa a mirar al vasto mar esperando verlo regresar. Y también recordó cómo trató de olvidarlo con el paso del tiempo para dejar de sufrir. No lo olvidó del todo, pero consiguió suavizar su dolor.

Ahora podía abrir las cartas y descubrir algo más acerca de aquel amigo que se marchó hace diez años. Podía asomarse a ese abismo desconocido que le trajo de vuelta a un Enrique nuevo, admirable y generoso.

Carmen abrió la primera carta y leyó la fecha. 7 de noviembre de 1880. Dos meses después de partir.

Querida Carmen.

Por fin puedo sentarme a escribirte la primera carta. La travesía duró veintinueve días, algo más de lo previsto ya que el viento no nos acompañó. En el viaje conocí a Fernando, un chico de mi edad, ¡no imaginas lo que hemos vivido juntos en tan solo dos meses!

Todo comenzó cuando por poco lo echan por la borda. ¡Enfermó y lo dieron por muerto! Yo les dije que seguía vivo, que solo estaba débil y que me encargaría de cuidarlo. Costó un par de semanas, pero al final salió adelante. Ahora somos inseparables y trabaja también para mi tío

aquí, en Cienfuegos. ¡Ojalá algún día puedas conocerlo!

La llegada a la plantación fue una aventura. Tardamos varios días en llegar desde que atracamos en el puerto de la Habana, pero el recibimiento de mi tío Antonio fue muy emocionante. Se le saltaron las lágrimas al verme y corrió a abrazarme. Esto me dejó muy desconcertado ya que la última vez que me vio, antes de cruzar el océano, yo tenía apenas tres años. Esta manera de acercarse a mí y de expresar el enorme afecto que me profesaba me conmovió. Me di cuenta de que había sabido mantener por carta una relación continua con su familia y de lo relevante que era para él mantener estos lazos familiares fuertes y cuidados.

Le presenté a mi amigo y también lo abrazó. Es algo que no esperas de un hombre tan alto y corpulento como mi tío, pero lo cierto es que esconde un corazón muy grande.

Nos enseñó toda la plantación. Es enorme, un campo extenso lleno de cañaverales verdes del que sobresalen hermosas palmeras por todas partes y en el que se oyen a todas horas los cantos de los trabajadores. Casi todos son de África. Negros como la noche y fuertes como Hércules.

No sabes qué orgulloso me siento de mi tío, lo bien que trata a sus trabajadores, su corazón es enorme y caben todos. Esto te lo cuento porque desgraciadamente no es lo normal.

Hace unos días Antonio nos llevó a la ciudad y al volver pasamos por otras plantaciones. Lo que vi me sacudió por dentro, me cambió para siempre. Las escenas de tortura y crueldad que vi, la manera en que una persona puede tratar a otra como si fuera un animal... Todo eso me rompió por dentro.

Mi tío, que sabe mucho y me comprendió perfectamente, me ofreció la mejor tarea: ayudar a los trabajadores a que se sientan mejor, que se respeten sus derechos y que sus condiciones sean más dignas. En enero de este año se aprobó abolir la esclavitud en Cuba, y desde hace poco los hijos de toda esclava nacen libres, pero la transición para que no quede ni un esclavo y desaparezca el indigno trato que reciben, costará más tiempo. Mi conciencia está más tranquila si trabajo para llegar a este objetivo.

Sé que tengo mucho ganado en la plantación de mi tío, pero aún queda mucho por hacer. Siento que tengo una misión grande que cumplir aquí. Trabajo y vivo con ellos. Creo que así podré ayudarles mejor.

Yo estoy bien. Tengo a mi tío, tengo a Fernando y trabajo mucho. Estoy tan atareado que no tengo casi tiempo para pensar. Pero me siento muy lejos. Lejos de mi familia, de mi hogar. Lejos de ti. Gran parte de mi corazón está allí y me duele bastante. ¡Espero aguantar como un hombre!

Pronto volveré a escribirte. No me olvides.

Tu amigo, siempre.

Enrique.

Cuando terminó de leer la carta, Carmen estaba absolutamente conmovida. Su cuerpo temblaba y sus ojos estaban contraídos y anegados de lágrimas. Sí, era real, Enrique había pensado en ella, le había escrito y ¡de qué manera! Pero no le extrañó. En la escuela de Jardinia, Enrique siempre destacó por su manera de escribir, su propiedad y rico vocabulario. Era precisamente su origen humilde el que le había empujado a aprovechar al máximo la posibilidad de estudiar y aprender todo lo que la escuela de Jardinia le podía ofrecer.

Carmen observó de nuevo el fajo de cartas. Todavía le quedaban nueve por leer. Nueve cartas más que Enrique había escrito sin haber obtenido respuesta.

Sin más dilación, abrió la siguiente.

Cienfuegos, 7 de diciembre de 1880

Querida Carmen.

Espero que recibieras la primera carta. No sé cómo funcionará el servicio de correo trasatlántico o si llevará mucho retraso, pero confío en que al final te vayan llegando.

Hay algo que estoy deseando contarte desde que me fui tan precipitadamente de Jardinia, sin despedirme ni siquiera de ti. Mis padres me han dicho que sea discreto y que no diga nada. Creen que el gran océano es una distancia suficiente como para olvidar el asunto. Pero no me siento bien si no te lo cuento. No quiero que pienses que me dio igual marcharme sin despedirme, sin darte un abrazo o, mejor, ¿un beso? Perdona mi atrevimiento, los miles y dolorosos kilómetros de distancia me han envalentonado.

Te cuento lo que ocurrió.

El día antes de embarcar, a última hora de la tarde, Ana se había ido a buscar romero para un plato que estaba cocinando mi madre. Nos empezamos a preocupar porque tardaba en llegar, así que me fui a buscarla. Había oscurecido ya, cogí un farol y me adentré en la espesura del bosque.

Una vez allí empecé a gritar su nombre. ¡Ana! ¡Ana! Así estuve durante unos minutos que se me hicieron eternos, hasta que al final escuché unos gritos cerca de mí. Corrí hasta donde me parecía que estaba el origen de esos gritos y vi a un hombre forcejeando con alguien. Tuve un horrible presentimiento que desgraciadamente resultó ser verdad. Estaba intentando aprovecharse de mi hermana mientras ella daba gritos y trataba zafarse de él. No lo pensé. Me abalancé sobre él, lo tiré al suelo y empecé a pegarle puñetazos. Enseguida él me agarró las manos y se puso encima de mí, apoyando su antebrazo contra mi cuello, tratando de ahogarme. Ciertamente, lo estaba consiguiendo. Empecé a perder el sentido y creí de veras que mi fin estaba cerca. Entonces oí un ruido y mi atacante cayó encima de mí, muerto.

Cuando conseguí quitármelo de encima y alcé la vista, vi a mi hermana. Tenía la cara blanca y miraba fijamente una roca enorme que sujetaba con las manos, llena de aristas y manchada de sangre. No sé cómo un ser tan pequeño como ella, con tan solo siete años, pudo con una piedra como esa y tuvo la reacción de lanzarla. Pero una vez que fue consciente de lo que había pasado, soltó la piedra y se tapó la cara mientras lloraba y agitaba su cuerpo con espasmos nerviosos.

Corrí a abrazarla con fuerza y a decirle que no pasaba nada. Que ese hombre había intentado hacerle daño de la peor forma y habría acabado matándola. Había sido por defenderse ella y defender a su hermano. La traté de consolar diciéndole que Dios no podía mirar mal una acción así.

Lo enterré no muy lejos de allí y mientras regresábamos a casa le pedí que no hablara sobre quién había tirado la piedra, que era yo el que me había abalanzado contra él y diríamos que yo le había acabado matando. La pobre siguió caminando sin decir nada, todavía conmocionada por todo lo vivido.

Una vez que llegamos a casa y contamos lo sucedido, mi padre fue enseguida a llamar al tuyo para que revisara a Ana. Le pidieron absoluta discreción y fue entonces cuando mi padre decidió que debía marcharme cuanto antes para evitar que algo me salpicara.

Como ves no fue fácil encontrar un resquicio de tiempo para ir a buscarte y despedirme. La situación que acabábamos de vivir fue algo que nos costó asimilar. Hice la bolsa de viaje todo lo rápido que pude y enseguida me llevaron al puerto de Santander, aprovechando que justo esa madrugada partía hacia Cuba un bergantín.

Mi conciencia está tranquila con lo sucedido. Sufro por Ana, no quiero que esto le marque. Rezo por ella cada día y ofrezco mi trabajo y mi cansancio por su paz y también la de mis padres. Sé que el Señor hará caso de mis plegarias.

Confío en que al final te vayan llegando mis cartas y te lleguen con ellas todo el recuerdo y el anhelo que siente mi corazón por volverte a ver, por poderte abrazar.

Tu amigo, tuyo, siempre.

Enrique.

Carmen no podía creerse que Enrique hubiera compartido con ella estas confidencias hace diez años y que ella se lo hubiera perdido, lo hubiera ignorado. Cómo le hubiera gustado transmitirle por carta su apoyo, cercanía, afecto y oraciones. Quizás así hubiera sentido que se aliviaba su carga. Menudo peso para él haber partido tras ese trágico suceso familiar, sin poder comentar más lo sucedido, sin poder abrazar a sus padres y a su hermana todas las veces del mundo. Sin embargo, tuvo que partir en barco, entre desconocidos y hacia un mundo desconocido. Tuvo que cargar él solo con la muerte del atacante de su hermana y con la incertidumbre de cómo asimilaría su tierna hermana aquel dramático suceso.

Menos mal, se consolaba Carmen, que Enrique pudo contar con la cálida compañía de su amigo Fernando y de su bondadoso tío Antonio. Menos mal que tuvo una misión grande que llevar a cabo en Cienfuegos.

Carmen hubiera querido poder confortarle a través de las cartas. Darle apoyo, empatía, cariño. Decirle que no estaba solo y que ella le esperaría hasta que volviera. Pero no pudo hacerlo. Se lo negaron.

¿Cómo es posible que Enrique la hubiera visto diez años después y no le hubiera echado en cara su abandono? No solo eso, si no que había querido acercarse a ella, contar con su consejo experto en jardinería -¡qué trivialidades!, pensó Carmen-, y había sentido calidez en su mirada. Enrique tenía una categoría fuera de lo común.

Las cartas que siguieron a esta le contaban con detalle, cariño y pasión sus aventuras en la hacienda: el cariño que cogió a los trabajadores y la confianza que estos demostraron siempre hacia él; sus visitas a sus hogares; las celebraciones navideñas en la casa de su tío donde patrones y trabajadores celebraban el mismo misterio.

En una de esas cartas, Enrique escribió que después de su primera Navidad en Cienfuegos se puso enfermo. No fue muy grave pero le dejó encamado dos semanas. Entonces sintió el cariño de su gente, primero de su tío y de su amigo Fernando, pero no fue menos intensa la cercanía que le manifestaron sus trabajadores. Le llevaron dulces, regalos y adornos. Entre ellos había una cruz de madera que Mariano, uno de los trabajadores con los que más amistad trabó, le hizo con sus propias manos. Así relató en la carta cómo recibió aquella expresión de cariño:

Carmen no sabes cómo me emocioné al recibir tanto amor y gratitud de todos ellos. Darme cuenta de que me querían y me devolvían de aquella manera tan reconfortante, tan curativa todo lo que creían que me debían por lo que estaba haciendo por ellos, me llegó muy hondo, me hizo darme cuenta de todo el bien que Dios me estaba permitiendo hacer y de todo lo que me quedaba por hacer. ¡Pero si solo acabo de empezar!

“Dios mío, Enrique, qué alma tan hermosa tienes”. Carmen solo podía sollozar ante este relato, ante esta revelación de bondad, entrega y servicio que estaba definiendo de una manera tan evidente a Enrique.

Las siguientes cartas fueron más cortas. Carmen percibió un poco de desgaste en Enrique. Empezaba quizás a deducir que no había interés por parte de Carmen. Por ello, en las siguientes misivas, la ponía sucintamente al corriente de sus quehaceres rutinarios y le mandaba varios interrogantes sobre su estado.

Carmen no sé si no están llegando mis cartas o si son las tuyas las que no llegan. He revisado bien la dirección que pongo para que dirijas las tuyas y veo que los datos están correctos. He pensado también si quizás hice algo las últimas semanas antes de partir que hubiera podido molestarte para que no quisieras escribirme, pero sinceramente no recuerdo que nos

*hubiéramos enfadado.
Sea como fuere,*

Tuyo siempre

Enrique.

Con el corazón compungido Carmen abrió la penúltima carta. Correspondía a mayo de 1881.

Cienfuegos, 30 de mayo de 1881

Queridísima Carmen.

Te escribo esta carta inmediatamente después de recibir una de mis padres en la que me dan la triste noticia del fallecimiento de tus padres debido a un trágico accidente.

No puedo expresar con palabras lo desolado que estoy por la pérdida que estáis sufriendo tú, tus hermanos y tu tía. Tus amados padres, tu bondadoso padre y admirable madre. Con todo el bien que hacían por el pueblo y sus alrededores, fueron los ángeles de Jardinia, sin duda.

Mi tío siempre dice que Dios es un padre misericordioso que nos cuida y protege y que solo se lleva a las almas cuando están preparadas. Seguro que no os deja solos y que saldréis adelante gracias a todo su legado. Sus enseñanzas, su cariño, su ejemplo han sido regados en tierra fértil, vosotros, sus frutos, de quienes estaban siempre tan orgullosos.

Cómo me gustaría estar allí con vosotros, contigo, poderte abrazar y consolar. Pero mis oraciones van desde ya por ellos, para que hayan entrado en la casa del Padre, y por vosotros, que encontréis el consuelo que solo Él puede daros.

Tuyo siempre

Enrique.

Carmen pudo leer a duras penas las últimas líneas. Sus ojos estaban inundados de lágrimas, conmovida ante el cariño y el dolor que experimentó Enrique al enterarse de la noticia. “Gracias Enrique, siempre estuviste conmigo, pendiente de mí, aunque yo no lo supiera. Gracias”.

Su garganta le dolía por el llanto finalmente contenido, cuando se dispuso a abrir la última carta.

Cienfuegos, 25 de diciembre de 1888

Querida Carmen.

He estado mucho tiempo sin escribirte, pero rara vez has salido de mis pensamientos. Cada vez que algo me ocurría, me entristecía o alegraba, ahí estabas tú, en mi mente y en mi corazón.

Creía que ese momento sería perfecto si pudiera compartirlo contigo.

Sin embargo, después de esperar y no recibir ninguna carta tuya decidí no agobiarte más. Mi excusa para romper con esta promesa de no escribirte es que hoy es Navidad y, como te decía, tengo la necesidad de compartir contigo todo lo que vivo y de saber qué opinas y cómo lo sientes tú.

Hoy después de disfrutar de una excepcional velada y asistir a la Misa del Gallo, hemos estado charlando hasta las 2 de la madrugada Fernando, mi tío y yo, recordando nuestras navidades pasadas en España.

Las mías, con mis padres y hermana en Jardinia las guardo en mi memoria con especial nostalgia y cariño. Los guisos de mi madre, su capón de Navidad y su chocolate con pan dulce o la misa en la iglesia de Jardinia a donde siempre quería ir solo para verte a ti. (Reconozco que es aquí en Cienfuegos donde he podido aumentar mi vida de piedad. La influencia de mi tío Antonio es demasiado grande para contártela toda por aquí).

Sí, solo quería verte a ti. Éramos amigos, compañeros de aventuras, cómplices de alguna que otra pillería, pero con el tiempo acabé viéndote como algo más, acabé sintiendo algo diferente por ti. Cuando me acercaba a ti, a veces temblaba y otras me sentía muy poderoso, como si pudiera vencer a mil gigantes por defenderte.

Han pasado ocho años desde que vine y no espero quedarme aquí para siempre. Quiero volver y retomar mi vida en Jardinia. Quizás pueda ayudar allí tanto como me están dejando hacerlo aquí. Además, Antonio me ruega que vuelva pronto. Parece que se están tensando las cosas por aquí.

En la última carta que recibí de mis padres me dijeron que estáis muy bien, tu hermano estudiando Medicina y tu hermana y tú estudiando en casa. Sé que tu tía os cuida estupendamente. Me alegro mucho por ello.

Carmen, confío en poder verte a mi regreso y aclarar todas estas dudas de mi corazón.

Tuyo siempre,

Enrique.

Carmen guardó con cuidado todas las cartas en su caja azul de recuerdos. Cogió su abrigo de lana con ribetes de pelo marrón, su sombrero a juego y salió de la casa a paso ligero en dirección a la playa.

Una vez allí, recorrió todo el largo de la orilla hasta llegar a uno de sus extremos desde donde podía subirse al faro de Jardinia. Allí había una pradera extensa, bella y salvaje, el último lugar al que había ido con Enrique antes de su repentina marcha hace diez años. Recordaba ese momento como si fuera ayer.

Era el 30 de agosto de 1880 y hacía un bonito día de fin de verano. Habían estado celebrando el cumpleaños del padre de Enrique y disfrutado de una deliciosa comida preparada por su madre.

A última hora de la tarde a Enrique se le ocurrió que los dos podían salir a pasear a un lugar especial cerca del faro. Carmen no imaginaba un plan mejor que cualquiera en compañía de Enrique. Aunque le hubiera llevado al rincón más feo de toda Cantabria, le habría parecido maravilloso.

Llegaron al faro y una vez allí, caminaron hacia una pradera que terminaba en un escarpado acantilado. Flores malvas y amarillas cubrían todo el manto verde de la colina y escondido en el extremo oeste de la pradera crecía un árbol pequeño, muy frondoso y lleno de diminutos frutos rojos. A sus pies, unas pocas rocas enormes pedían a gritos que los paseantes se sentaran en ellas mientras disfrutaban de unas vistas espectaculares.

- *¿Qué te parece Carmen? ¿No vivimos en el mejor lugar de la tierra?*

Carmen, a pesar de haber recorrido esa pradera desde pequeña cientos de veces, en ese momento le pareció el rincón más mágico del mundo. El espectáculo de naturaleza que se abría ante sus ojos la seguía dejando con la boca abierta. Se acercó hasta el borde del acantilado y contempló uno de los cuadros más hermosos de la creación que había visto hasta la fecha. El sol empezaba a esconderse originando una paleta de todos los colores en el cielo, el mar se mostraba con cierta calma y sobre él navegaban algunos veleros rezagados que querían exprimir las últimas horas de luz del día. La pradera en ese rincón se mostraba orgullosa luciendo sus mejores galas.

Carmen tenía una alta sensibilidad para reconocer esa belleza pues sus padres le habían inculcado desde su más tierna infancia, como al resto de sus hermanos, el gusto por toda la creación divina y por las artes del hombre -la música, la literatura, la arquitectura...- que, a fin de cuentas, daban gloria a Dios. Podría decirse que Pedro y María habían cocinado a sus hijos en la olla de la belleza desde el momento en que nacieron. Es por ello que sus sentidos la percibían siempre que esta hacía acto de presencia.

- *Es un sitio maravilloso, un espectáculo de la naturaleza. Pero verlo aquí contigo, lo hace más especial.*

- *Es mi lugar favorito de Jardinia. Me encanta la paz que se respira aquí, el olor a naturaleza, el murmullo del mar. Aquí siento mucha paz.*

Carmen recordó aquel momento con vividez. Sonrió mientras unas lágrimas recorrían bien cargadas y en un suspiro sus mejillas. Era feliz por todo lo que vivió con Enrique, por la bonita amistad que compartió con él, siempre atento y regalándole momentos como aquel.

Ella sabía que lo que empezó siendo una amistad fiel e inquebrantable se acabó convirtiendo en algo diferente y nuevo para ella. Algo que por un lado la asustaba y por otro le hacía sentir muy viva y muy segura. Saberse querida y admirada por él, le daba mucha fuerza y la animaba a esforzarse por ser mejor.

De hecho, había experimentado un cambio en su propio comportamiento unos meses antes de ese momento con Enrique en el faro. En una ocasión, su madre la había reñido por pelear con su hermana Isabel a causa de unos lápices de colores que le había cogido sin permiso y que guardaba como un tesoro, pues había sido un regalo de su padre tras un viaje que hizo a Madrid. Isabel rompió en venganza su color verde favorito y Carmen le respondió dándole una sonora bofetada y llamándola “malvada hiena asquerosa”.

Cuando Carmen le fue a contar este episodio a Enrique pensando que se pondría de su parte, se echó a reír y le dijo que ya era mayor y que tenía que echar una mano a su madre mientras cuidaba de los tres. Esa respuesta hirió su orgullo, pero con el paso del tiempo agradeció que Enrique tuviera el valor de decirle lo que era mejor para ella.

Este y otros recuerdos vinieron a su mente en aquella fría tarde de enero, mientras paseaba en aquel rincón de espectaculares vistas y su largo abrigo de cuadros se movía agitadamente al son del implacable viento que azotaba toda la pradera.

Pasada una hora, Carmen descendió al pueblo, pero no tenía fuerzas de encontrarse con Julia así que se dirigió a la botica para buscar consuelo en la serenidad y buen juicio de su querida amiga Lupe. Una vez dentro de la botica, Lupe observó la cara de su amiga y se dio cuenta de que algo le pasaba.

- Carmen, ¿qué pasa? - Lupe dejó de limpiar el polvo de unos tarros que estaban en el escaparate y se acercó a su amiga.
- ¿Podemos hablar en privado? -Le rogó Carmen.
- Claro, hoy estamos muy tranquilas ¿verdad mamá?
- Sí, cariño, subiros a tu cuarto si queréis.

Las dos se sentaron en la cama de Lupe y al cabo de media hora, Carmen ya había puesto al corriente a Lupe sobre los hechos que acababa de descubrir y los sentimientos que se agolpaban en el corazón. Las cartas de Enrique y el motivo por el que se las ocultaron, y parte del contenido de esas cartas, omitiendo los detalles más íntimos. También le habló de sus muchos sentimientos encontrados: la rabia por la decisión que tomó su padre y secundó Julia; la angustia por el abandono que debió de sufrir Enrique al no obtener respuesta y al mismo tiempo, la gratitud por

la segunda oportunidad que, a pesar de todo ese embrollo, Enrique le estaba volviendo a dar; así como el irremisible perdón que por supuesto quería ofrecer a su adorada Julia -a su padre por supuesto se lo perdonaba todo- porque sabía que había decidido hacer lo que pensaba que era lo correcto. No debía olvidar que Carmen tenía tan solo quince años cuando Enrique partió a Cienfuegos.

Cuando Carmen dejó de hablar, Lupe la abrazó con mucha fuerza.

- Carmen, veo que asimilas muy rápido todo lo que sucede y que das a cada asunto la importancia que merece. Yo no podría haberte aconsejado mejor en todo lo que me has contado. ¿Qué vas a hacer ahora?
- No lo sé. Me siento paralizada, no tengo fuerzas de volver y enfrentarme a una conversación con Julia. A pesar de que la quiero perdonar, y de que se que no obró con malicia, todo lo contrario, me siento engañada de alguna manera. Necesito pensar, parar el tiempo, no sé. ¿Te parece una locura?
- No, no, en absoluto. Creo que ahora mismo lo que necesitas es pensar con calma todo esto para afrontar no solo una conversación con Julia, sino sobre todo, con Enrique. ¡Ya sé! - Dijo de repente, sobresaltando a Carmen.
- ¡Ay Lupe! Me has asustado. ¿El qué sabes?
- Mañana me voy a visitar a mi abuela a Suances y la idea es quedarme una semana o dos. ¿Por qué no te vienes conmigo? Es la excusa ideal para pasar un tiempo a solas y dedicarte a tus pensamientos. Y de paso, estar más tiempo juntas. Además mi abuela cocina de maravilla. Su casa es muy sencilla, pero está en una zona muy tranquila y muy verde. ¿Cómo lo ves?
- Me parece una idea maravillosa Lupe. - Carmen abrazó a su amiga mientras le decía: - Eres siempre la mano tendida que necesito. Gracias amiga mía.

Al día siguiente, Carmen logró hablar lo mínimo sin ser especialmente desagradable ni con su tía ni con Isabel. A decir verdad, estaba bastante esperanzada con los días que tenía por delante en compañía de su adorada amiga y en ese entorno que al parecer era de fábula para pensar en todo lo que acababa de suceder. Hizo su equipaje y se dirigió al punto de encuentro que le dijo Lupe para subirse juntas al carro de un vecino que ese día salía en dirección a Suances cargado de pescado fresco.

El viaje transcurrió más rápido de lo que pensaban a pesar de viajar tan apretadas en los asientos que había junto al cochero y de que el olor a pescado no pasaba precisamente desapercibido. Y aunque hacía frío, la emoción del viaje así como sus abrigos y la proximidad de sus cuerpos les hizo olvidarse de las bajas temperaturas. Por otro lado, el hecho de que Lupe y Carmen no pararan de hablar desde que salieron hasta que llegaron, fue otro de los motivos por el que el viaje se les pasó en un abrir y cerrar de ojos.

El cochero tuvo la gran amabilidad de desviarse un par de kilómetros para dejarlas en el camino de entrada a la casa de Luisa, la abuela de Lupe.

- ¡Muchísimas gracias, Anselmo! Ha sido un placer viajar con usted. Que tenga un buen día – Lupe se despidió de él con gran amabilidad y Carmen secundó sus palabras asintiendo y sonriendo.
- Gracias a ustedes, señoritas, he disfrutado mucho de su compañía y conversación. - Anselmo les guiñó un ojo y siguió su camino.

Lupe y Carmen cogieron sus maletas y, cogidas del brazo, empezaron a andar por el camino que dirigía a la entrada de la casa de Luisa.

- ¿No te parece un lugar maravilloso?

Lupe le enseñó en un ángulo de 360 grados todo el paisaje que les rodeaba. Campos verdes en todas las direcciones salpicados de árboles y al fondo, recortada en el horizonte, la bella silueta de los Picos de Europa. La casa de Luisa era una casa sencilla de piedra de una sola planta, con tejado a dos aguas prolongado en la parte frontal conformando un pequeño porche.

Cuando llegaron por fin a la entrada de la casa, vieron a Luisa a través de la ventana principal, sentada en una silla de su salón tejiendo junto a la chimenea lo que parecía una bufanda de un cálido teja.

- ¡Lusi! - Lupe llamó así a su abuela, haciendo aspavientos esperando que la oyera o la viera desde la casa. Pero Luisa seguía tejiendo, parecía no haberla oído ni visto.

Entraron en la casa y Lupe corrió a saludarla.

- ¡Lusi! - Lupe corrió a abrazarla.
- ¡Lupe querida, ya estás aquí! -
- He venido con mi amiga Carmen. Te acuerdas de ella, ¿verdad?
- Claro que sí que me acuerdo de ella, hace mucho que no la veo porque ya no salgo de este porche desde hace... ¡ni me acuerdo! Pero la recuerdo perfectamente. Además, me hablas siempre mucho de ella.
- Hola doña Luisa, es un placer estar aquí. Tiene una casa maravillosa.
- Llamame Luisa, querida, o Lusi, si quieres. Muchas gracias. Es una casa sencilla, pero tiene todo lo que necesito. Me da calor en invierno, me refresca en verano y, lo más importante, está llena de recuerdos felices. - Los ojos de Luisa se empañaron por los recuerdos, pero en unos instantes sonrió a Lupe y a Carmen y se detuvo a examinar el progreso de su bufanda de punto color teja.
- ¡Qué buena mano tiene con las agujas, Luisa! - Manifestó Carmen al ver el trabajo tan exquisito que estaba haciendo con la bufanda.
- Lusi no solo hace punto como nadie, sino a una velocidad inigualable. ¿sigues aceptando encargos?
- Mientras mi vista y mis manos me lo permitan, seguiré haciendo encargos. Me gusta estar atareada y mientras hago punto, me acuerdo de los destinatarios y rezo por ellos. ¿Tú sabes hacer punto, Carmen?
- Hace mucho que no me pongo con el punto, pero recuerdo que me relajaba mucho.

- Estos días podéis ayudarme si os apetece. Tengo un par de arrullos pendientes y me vendrían bien unas manos extra de ayuda para acabar a tiempo.

Enseguida Lupe y Carmen se instalaron juntas en una habitación de la casa, que tenía dos camas y un fuego listo para calentarla. Colocaron su ropa y demás enseres animadamente en el armario mientras intercambiaban una alegre conversación.

- Me encanta compartir cuarto contigo, Lupe, como cuando venías a casa hace años y no parábamos de hablar hasta bien entrada la madrugada.
- Está mal que yo lo diga, pero ha sido una idea estupenda hacer esta escapada, ¿no te parece? - Señaló Lupe.
- Te lo agradezco tanto, es justo lo que necesitaba. Me encanta tu abuela, esta casa, el paisaje. Voy a tener tiempo para descansar y pensar.
- Eso si mi abuela te deja parar entre arrullo y arrullo. - Lupe y Carmen se echaron a reír, aunque Carmen sabía que estar entretenida en una tarea así quizás hasta la ayudaría a pensar mejor.

Cuando estuvieron listas, salieron del cuarto y ayudaron a Lusi a poner la mesa y a preparar la cena. Un caldo muy nutritivo de verduras y pollo y una tortilla de alcachofas jugosa y muy sabrosa.

- Yo no ceno tanto, pero supongo que vosotras, más jóvenes, sí que tendréis más apetito.
- Menuda mano con la cocina Lusi, todo lo que tocas lo conviertes en oro comestible. Mmmmm.
- Nunca había probado una tortilla de alcachofas, pero me parece el invento del siglo.
- Convino Carmen, que estaba dando buena cuenta de la cena.
- Jajaja, ¡ay, no me hagas reír! El invento del siglo. Ya será menos. En esta casa es muy habitual, ¿verdad, Lupe querida?
- Sí, es un clásico de Lusi. Pero Carmen tiene razón, yo no la he probado en más sitios que aquí.
- Pues ya es raro, huevos, patatas y alcachofas hay en todos los lados.
- Luisa, ¿siempre has vivido en esta casa? - Preguntó Carmen.
- Llevo en esta casa más de sesenta años y aquí he sido muy feliz con mi marido, que nos dejó hace siete años, y con mis tres hijas. Los comienzos fueron muy duros porque Jacinto se dedicaba a cuidar ovejas y había veces que desaparecía y no volvía hasta el cabo de varias semanas. Las llevaba a pastar, las atendía cuando parían, se encargaba del proceso de esquila, de obtener la leche y de sacrificarlas cuando era el caso. Controlaba todo el proceso del cuidado de las ovejas. Pero siempre que volvía se entregaba de lleno a nosotras, jugaba con las niñas, me ayudaba a reparar lo que hiciera falta de la casa. La mejor decisión de mi vida fue casarme con él. Todavía me acuerdo cuando éramos unos jóvenes enamorados, nadie daba una moneda por nuestro futuro, decían que éramos muy diferentes, que el amor se acabaría. Menos mal que no hicimos caso de esos comentarios. No siempre fue todo maravilloso,

claro. Teníamos nuestras discusiones, nuestra manera diferente de hacer las cosas, pero con cariño y paciencia todo lo fuimos solucionando. Creo que el secreto de que todo saliera tan bien fue la delicadeza con la que siempre me trató mi Jacinto, nunca me dijo una grosería ni me faltó al respeto, ni yo a él tampoco. Si no traspasas esa línea, tienes mucho ganado. Pero os estoy aburriendo con mis historietas.

- Nada de eso, Luisa, me está encantando. Sigue por favor. - Carmen estaba ensimismada con la historia de amor de la abuela de Lupe.
- Creo que otro de los puntos que ayudó en nuestro matrimonio y vida en común fue que nos casamos jóvenes. Eso hizo que no hubiéramos tenido tiempo de acostumbrarnos a rutinas o de hacernos con manías innecesarias que lo único que consiguen cuando convives con otra persona es crear tensiones. Pero bueno, son las pequeñas recetas de una vieja de ochenta años. si algo tengo es experiencia acumulada. Y tú, Carmen, ¿tienes algún pretendiente que te ronde?

Carmen no sabía por dónde empezar. ¿Acaso Luisa tenía poderes para preguntar lo que una tenía necesidad de explicar pero no sabía cómo? El hecho de que Luisa fuera para ella una desconocida le facilitó, por sorprendente que le pareciera, la capacidad de expresarse con una cierta libertad.

- Bueno, desde hace unos años me corteja sin éxito el profesor de Jardinia. Es un buen hombre, pero no me gusta. No me veo casada con él, en absoluto. Y hace unos meses que ha regresado al pueblo un amigo de la infancia. Creo que entre él y yo empezó a surgir algo antes de que se marchara a Cuba a trabajar en la plantación de su tío. Ahora ha vuelto y siento que se ha vuelto a despertar ese algo entre nosotros. Pero, no sé, tengo que ordenar mis ideas, mis sentimientos...
- ¿Pero qué es lo que tienes que ordenar? ¿Es un buen hombre?
- El mejor
- ¿Trabajador?
- Y generoso.
- ¿Quiere a su familia?
- La adora
- ¿Es guapo?

Carmen hizo un gesto a Lupe con la mirada dando a entender, sin lugar a dudas, que Enrique debía ser un monumento digno de ver.

- Pues, querida, no hay mucho que pensar. El tiempo corre y como no te des prisa tú, otra vendrá y se llevará esa joya. No sé a qué esperas.

Carmen miró a Lupe con una sonrisa de oreja a oreja, con los ojos muy abiertos, dándole a entender que por fin había obtenido la luz que necesitaba para saber qué paso dar. ¿Tan sencillo había sido todo? ¿El primer día y ya tenía la determinada determinación de hablar con Enrique? Claramente, Luisa tenía el don para saber dar respuesta a las dudas del corazón.

- Ya dije, querida Carmen, que venir a ver a Lusi era una idea fantástica.

- ¡Ya lo puedes decir!

Lupe y Carmen ayudaron a Luisa a recoger toda la cena, y antes de irse a dormir y dar las buenas noches a Luisa, las dos amigas salieron un momento al jardín abrigadas con una toquilla.

- No sabía que encontraría la paz tan pronto, Lupe. Tú abuela es milagrosa. - Carmen sonrió a Lupe con gran cariño.
- Mi abuela es la mejor del mundo. Yo siempre que hablo con ello lo veo todo más claro, más despejado y sé qué decisiones tomar o qué camino seguir.
- Y eso es lo que me ha pasado a mí. Ya sé lo que voy a hacer.
- ¿Y qué vas a hacer?
- Voy a escribirle una carta a Enrique.

Lupe la miró con la boca abierta.

- Pero qué buena idea, Carmen. La carta con mayúsculas. La carta como símbolo de lo que él debió recibir de ti pero que no pudo ser por circunstancias que tú desconocías.
- Efectivamente, Lupe. Aunque dicho así, suena a novela de folletín.
- Yo creo que tu historia deja a la altura del barro las novelas de folletín, créeme.

Las dos amigas rieron y se abrazaron. Lupe, como buena amiga que era, disfrutaba de la paz que por fin reinaba en el corazón de su amiga. Qué buena idea haber visitado a su adorada Lusi.

Enrique estaba en el establo cepillando a su caballo tras su habitual paseo matutino. Mientras lo cepillaba, no dejaba de pensar en Carmen y en lo que había sentido en su presencia días atrás en la caseta de su jardín. Sabía que durante todo el tiempo que pasó en Cienfuegos, y no había sido poco, su mente se había encargado de idealizarla. A medida que pasaban los años, lejos iba quedando el recuerdo de lo que había supuesto su relación de amistad con Carmen desde que eran unos chiquillos, sus correrías por el prado, por la playa, sus travesuras ordeñando a las vacas, sus tardes comiendo galletas en la casa de Julia y su último paseo con ella, en la pradera del faro, a la luz de un increíble atardecer y observando de reojo a su amiga que se estaba transformando a una velocidad pasmosa en una hermosa mujer.

Esos recuerdos, dieron paso a una idealización contra la que cualquier mujer que iba conociendo en la isla caribeña difícilmente podía luchar. Ninguna estaba a la altura y una especie de promesa interna de mantenerse fiel hasta volver y encontrarla se fue fortaleciendo en su interior.

Una vez que volvió, tuvo miedo de encontrarse con la mujer real a la que había idealizado y de haber disfrazado, quizás, excesivamente la realidad, de haber esperado demasiado de un recuerdo lejano. Sin embargo, esos temores se disiparon al verla de nuevo convertida en toda una mujer, hermosa, esbelta, de mirada serena y voz dulce. Una mujer entera a pesar de las desgracias familiares que había tenido que sufrir, trabajadora incansable, entregada a la escuela de la villa y a su familia, junto a Julia, Isabel y Pablo.

Y aquella sensación de atracción tan fuerte que vivió en la caseta, y que según creyó fue mutuo, solo confirmó ese último detalle que le hacía dudar. Estaba enamorado de Carmen. Ahora sí. Estaba decidido, se declararía formalmente, tal y como ella merecía.

Una vez que acabó con sus pensamientos y hubo dejado a su caballo bien cepillado y provisto de heno, se dirigió al comedor de la casa para tomar un buen desayuno. Cuando llegó, allí estaba Fernando con cara de sueño preparándose una tostada.

- Hoy no te he acompañado en el paseo, amigo mío. Me temo que las sábanas se me han quedado pegadas.

Enrique sonrió divertido.

- No te preocupes, Fernando. Ayer te diste una buena paliza con el jardín. Ya sabes que no hace falta que lo hagas. Tenemos jardineros suficientes para hacer esa tarea.
- Ya, pero el jardín me ayuda a calmarme ahora que tenemos tanto trabajo con las reformas de la escuela y la Fiesta de la Luz. El tiempo corre muy deprisa, Enrique.
- Ya lo dice el dicho, el jardín es una delicia para la vista y un consuelo para el alma. Y sobre la velocidad del tiempo, lo sé, no podemos dormirnos en los laureles. Por cierto, ¿Tenemos correo hoy?
- Sí, aquí lo tienes.

Fernando le pasó un pequeño montón de cuatro cartas, pero una en particular le llamó la atención. Era más pequeña de lo normal y estaba escrita con una hermosa caligrafía. Le dio la vuelta para saber quién la enviaba. Era de Carmen. ¿Por qué le había escrito? Es cierto que hacía más de una semana que no la había visto. De hecho, la había extrañado intensamente, pero pensó que habría tenido que ocuparse de algún asunto y que no tenía por qué haberle informado.

- Tengo que ocuparme de esta carta, Fernando. Nos vemos luego.
- Pero si no te has tomado el café.

Fernando se quedó sin respuesta, porque Enrique no lo oyó. Solo quería llegar a su despacho, cerrar la puerta y leer esa carta.

Suances, 12 de enero de 1891

Querido Enrique,

No sé cómo empezar esta carta. Me siento todavía perpleja, abrumada y desconsolada por el acontecimiento que he descubierto hace apenas unos días. Aquellas cartas que me escribiste, y que yo pensé que jamás existieron, nunca llegaron a mis manos. Julia me lo ha contado todo. El acontecimiento brutal que sufristeis y que precipitó tu marcha a Cuba así como el motivo por el que tus cartas nunca llegaron a su destino. Al parecer mis padres decidieron evitar que mantuviéramos el contacto, por lo que interceptaron las cartas y las escondieron durante todos estos años. Hasta hace un par de semanas. Por lo menos, he de agradecer a Julia que, a pesar de no dármelas, las haya conservado. Gracias a esa decisión, he podido leerlas todas, Enrique.

Y no sabes la tristeza que me da no solo que no hayas obtenido respuesta mía, sino que no haya podido estar al corriente de todas tus confidencias, sufrimientos y alegrías, para poder llevarte en mi corazón y en mis oraciones. Me duele mucho no haberte podido responder en su momento para hacerte ver que no estabas solo y que yo estaba contigo. Que te acompañaba y podía compartir tu dolor y tu alegría.

Respecto al suceso que describías en tu segunda carta sobre el ataque a tu hermana, me asombra la manera en que lo encarasteis. Qué reacción tan rápida para silenciar un asunto que os habría marcado para siempre. Me asombra la entereza y tranquilidad de conciencia con la que tú te lo tomaste enseguida y entiendo tu intranquilidad que sufriste al pensar en cómo evolucionaría Ana. Al observar a tu familia ahora, al cabo de tantos años, entiendo que estarás tranquilo ya que, al menos aparentemente, no hay daño en la madurez de tu hermana y que gracias a la sensatez de tus padres y a los cuidados que has prodigado a tu familia y en especial a tu hermana, la evolución ha sido muy positiva y se ha normalizado lo que podría haber sido sin duda un desastre.

Me tranquiliza también pensar que a pesar de no haber obtenido respuesta mía, tus padres sí que lo harían dándote paz sobre la evolución de tu hermana. Y esa paz, junto a la calidez y el afecto de tu tío Antonio, al que un día espero conocer, te habrán acompañado alegremente estos

años haciendo que pasaran de una forma más llevadera y enriquecedora.

No me ha sorprendido que tu tío te encomendara una labor como la del cuidado de los trabajadores de la plantación. Nadie como tú para cuidar de los tuyos, con esmero, dedicación y cariño. Qué experiencia tan intensa y, a la vez, tan gratificante ha tenido que ser.

También siento ese desgarró del corazón que tuviste que sentir al observar la tortura y el maltrato físico que se ejercían en otras haciendas. Cómo me hubiera gustado poder seguir estas aventuras en tiempo real contigo. Cuánto siento estas circunstancias adversas que nos separaron tantos años no solo física, sino sobre todo espiritualmente.

Me comentas en tu última carta, que un tiempo antes de partir algo cambió en ti. Que lo que antes era una simple camaradería, divertida y auténtica, pero solo camaradería al fin y al cabo, acabó convirtiéndose en algo diferente, que te erizaba el vello de la piel. Enrique, eso también me pasó a mí. Algo nos ocurrió, pero las circunstancias nos han llevado a posponer diez años esa conversación.

Ahora estoy en Suances con Lupe, en casa de su abuela Luisa. Están siendo unos días maravillosos. El día quince volveré a tiempo para ver el atardecer.

Tuya siempre,

Carmen.

Enrique acabó la carta radiante de felicidad, exultante y muy emocionado. Aquellas palabras de Carmen eran un sueño hecho realidad. El bálsamo que su corazón encogido desde hace tantos años ansiaba recibir. Un momento. ¿Había dicho el día quince? Corrió rápido a ver el periódico.

- Juraría que hoy es... - Enrique fijó su vista en la cabecera del periódico. - ¡Sí, efectivamente, hoy es quince de enero! Y son solo las diez de la mañana. Queda una eternidad para que atardezca. Carmen, querida, allí estaré contigo.

Enrique sabía dónde estaría Carmen esa tarde al finalizar el día. No había duda. En la pradera del faro que le enseñó unos días antes de partir de Jardinia sin despedirse. ¿Qué otro lugar podría ser? ¡Y qué largo se le haría ese quince de enero hasta poder verla! Con la idea de agilizar el paso del tiempo, Enrique se dedicó a trabajar el jardín junto a Gustavo, haciendo arreglos en el establo con su padre y recorriendo el pueblo de cabo a rabo para acompañar a su hermana y a su madre con sus recados. Fernando a la hora de la comida, no pudo reprimir un comentario por su extraña y azarosa actividad mañanera.

- Enrique, no te excedas con los trabajos del jardín, ya sabes que tienes jardineros suficientes para cuidarlo como se merece. - Miró a su amigo con una elocuente y burlona mirada.
- Eres muy gracioso, querido Fernando. Tu necesitas el trabajo físico para calmarte y yo lo necesito para hacer que el tiempo corra más deprisa.

- ¿Ah, sí? - Preguntó su madre con curiosidad. - ¿Y qué es lo que va a pasar que necesitas que ocurra ya?
- Pronto lo sabréis.

Después de comer, acudieron todos al salón para leer y charlar calmadamente, pero Enrique se fue a la cocina para intentar arreglar uno de los fogones, ya que no tiraba bien del todo. Una vez arreglado, subió a su cuarto y pidió que le subieran agua caliente para darse un baño. Quería presentarse ante Carmen con el mejor aspecto y bien aseado. Se vistió con una camisa blanca recién planchada, un pañuelo de seda gris plata al cuello, una levita, chaleco y pantalón gris oscuro y sombrero de copa lustroso y perfectamente cepillado.

Salió raudo y veloz por la puerta principal, después de despedirse de su familia y besado a su madre. No le dio tiempo a responder su pregunta de por qué se había puesto tan guapo.

Mientras tanto, Carmen, que había llegado hacía tan solo unas horas a casa, no tuvo tiempo de hablar calmadamente con Julia y tenía ganas de hacerlo, pues todavía la notaba triste. Pero debía asearse y arreglarse enseguida si quería llegar a tiempo a su cita con Enrique. Para tal ocasión, había escogido un vestido verde musgo de franela y un abrigo en el mismo tono ribeteado con una estrecha tira de pelo color marrón oscuro. El sombrero era de ala estrecha y pequeña copa adornada con una cinta de un verde mucho más oscuro.

Salió con tiempo de casa y llegó a la pradera del faro antes de lo previsto. Estaba nerviosa y paseaba de un lado al otro, al borde del acantilado. ¿Habría recibido Enrique la carta? Sería muy irónico que esta no hubiera llegado a su destino y él no apareciera. Pero entonces, se volvió y, a lo lejos, lo vio. Llevaba un abrigo que ondeaba también por las ráfagas de viento. Enrique se dirigía hacia ella con paso seguro. Ella lo miró y se dirigió a su vez hacia él. Cuando llegaron al mismo punto, se dieron las manos con fuerza y se miraron. Por fin, con esa mirada, se dijeron todas las cosas que había callado desde que se reencontraron hacía unos meses.

- Carmen. - Dijo él, con voz queda.
- Enrique. - contestó ella.

Se contemplaron con un silencio hermoso que lo decía todo. Entonces, Carmen le dijo:

- Enrique, has leído mi carta. Ya sabes la verdad. Lo que pasó. Cuánto siento mi silencio, yo... - Sus ojos, húmedos, desbordaron lágrimas de nuevo.

Enrique la abrazó y Carmen, dejándose cobijar entre sus fuertes brazos, le rodeó también con los suyos con la fuerza de un amor contenido. Enrique le dijo al oído:

- No hay nada que sentir, no sabías nada. Lo importante es que estamos aquí y seguimos queriéndonos.

El corazón de Carmen iba a estallar. “Dios mío, gracias. Gracias. Gracias. ¿Cómo es posible

tanto gozo?”.

Enrique acarició el cuello de Carmen y deslizó sus manos hasta la parte alta de sus brazos, la miró a los ojos y después a sus labios. Carmen hizo lo mismo y sus labios, al fin, se fundieron en uno.

Al cabo de unos instantes se miraron y sonrieron con cierta timidez, volvieron a abrazarse y se dirigieron bajo las ramas desnudas del árbol del acantilado cogidos de la mano.

Carmen apoyó la cabeza en Enrique y este la abrazó con ternura. La naturaleza exultante, aun invernal, que les rodeaba no le distrajo de lo único importante en ese momento, sus corazones. Carmen levantó la mirada y lo miró con un cariño y una admiración inmensos.

- Me he quedado realmente admirada leyendo tus cartas, Enrique. Ya te lo contaba en la mía. Qué arrojo demostraste para defender la vida de Fernando. Y qué suerte haber vivido estos años con tu tío Antonio, ¡cómo me gustaría conocerlo!
- Ojalá pueda venir a España un día. Yo también quiero que lo conozcas, ha sido alguien muy importante para mí, he aprendido mucho con él.
- Cómo debiste de sentirte al ver qué no respondía tus cartas... Querían protegerme de aquello que pasó con tu hermana... No se dieron cuenta de que yo habría estado a tu lado, te habría consolado, aunque fuera en la distancia.
- Lo tuyo tampoco fue fácil. También te sentirías olvidada por mí al ver que no daba señales de vida. ¡Cuánto lo siento, preciosa mía! Pero lo importante es centrarnos en lo que tenemos ahora. Estamos aquí y tenemos una vida por delante los dos juntos.
- ¿Cómo ha podido Dios regalarnos esto tan bonito? ¿No te sientes bendecido?
- Eres preciosa por tu corazón agradecido, Carmen. Dices eso a pesar de haber sufrido situaciones muy duras. Perdiste a tus padres y tuviste que volver a encontrar tu sitio, asumir nuevos papeles e importantes carencias. Y lo has hecho con una alegría y una elegancia que no pasan desapercibidas. Sois una familia que llena de luz Jardinia.
- Bueno, tú también vas a llenarla de luz.
- Vuestra luz llega a los corazones, Carmen, la que pondremos nosotros en las calles de Jardinia solo llegará a los ojos.

Carmen abrazó a Enrique, respiró profundamente y al cabo de unos segundos le dijo:

- Te quiero Enrique y quiero hacerte feliz siempre.
- Y yo te quiero a ti, amor mío.

Una vez que Enrique se hubo despedido de Carmen en lo alto del acantilado con un segundo beso más apasionado que el primero, volvieron en solitario, él primero y ella después, aunque sus corazones, que latían definitivamente acompasados, ya no se separarían jamás. Sin embargo, optaron por no provocar habladurías en el pequeño pueblo a causa de su incipiente historia de amor no formalizada.

Carmen no creyó que lo que estuviera haciendo en ese momento fuera caminar, más bien sentía que volaba, en una nube, con una sonrisa que le costaba ocultar. Algún vecino al encontrársela de esa guisa se la quedaba mirando, desconcertado, pero ella, con el desparpajo habitual que su tía le había contagiado, les saludaba con la cabeza diciéndoles “Buenas tardes, Marisa” o “¡Qué buena tarde ha hecho hoy, ¿verdad Matías?”.

Entró en casa y vio a Julia, compungida preparando la mesa para cenar. Carmen corrió hacia ella y la abrazó con un cariño inmenso. Julia le devolvió enseguida el abrazo y dejó a sus ojos llorar mientras conseguía decirle a su sobrina, sollozando:

- Ay, hija mía, gracias, qué buena eres con tu tía Julia que no lo merece.
- No digas eso Julia, no lo digas nunca más. Jamás podremos agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. No podríamos haber soñado nunca un hada madrina como tú.

Julia secó con sus manos las lágrimas de Carmen y ya calmada le dijo:

- ¿Ha ido todo bien?
- Ha ido más que bien, tía.

Carmen se quitó el abrigo y el sombrero y mientras ayudaba a poner la mesa, le contó a Julia todos los detalles de su estancia en la casa de Luisa, de la decisión que había tomado y de la carta que le había escrito a Enrique. Le contó que se acababan de encontrar en la pradera del faro y que, por fin, sus corazones estaban unidos y lo estarían para siempre. Julia escuchaba con atención y mucha emoción todo lo que le iba contando. Le ayudó a recordar los primeros momentos de cortejo con su querido Arturo y lo enamorados que llegaron a estar. Ahora era el momento de que su sobrina Carmen disfrutara de ello. Qué bendición del Cielo que pudiera vivirlo de una manera tan bella con un hombre tan bueno y además tan apuesto como Enrique. Y sobre todo, que feliz se sentía de que Carmen la hubiera perdonado tan rápido. ¡Qué corazón tan grande tenía!

En cuanto Carmen subió las escaleras para cambiarse, Julia se echó encima una toquilla y salió al jardín. Allí miró al cielo mientras decía para sí: “Querido Pedro, querida María. Gracias por cuidar a vuestros niños. Gracias por regalarme a mí estos momentos de placer con ellos. Cuánto siento que no estéis aquí en la Tierra para gozarlos también. Pero Dios sabe más y allí arriba con él es cómo mejor podéis ayudarlos. Seguid con nosotros. Os queremos tanto”.

Al día siguiente, Enrique solo pensaba en ir a ver a Carmen pero tenía una reunión urgente con Fernando para preparar el encuentro posterior con el alcalde y el comité encargado de organizar todo el programa de la ‘Fiesta de la luz’, una celebración por todo lo alto en la que Jardinia, en un acontecimiento histórico, vería por primera vez la luz eléctrica en sus calles.

A las 8 de la mañana Fernando y Enrique se vieron, como cada día, en el comedor para desayunar. Esta vez ninguno de los dos había salido a cabalgar.

- Buenos días, Enrique. - Saludó Fernando mientras le servía café a su amigo en la taza.
- Buenos días, Fernando. ¿Has descansado?.
- Como un bebé. Por cierto, creo que el correo de hoy va a ser interesante. Esta carta lleva el sello real. - Fernando le pasó la carta a Enrique.
- ¡No me lo puedo creer! - Exclamó Enrique después de leerla. - La Familia Real está deseando venir a la Fiesta de la luz de Jardinia para contemplar el encendido eléctrico de las calles.
- Este promete ser el evento del siglo, Enrique. ¡Enhorabuena!
- Bueno, yo solo soy una pieza más Fernando. Mucha gente más estáis trabajando en ello.
- Tu humildad te honra, amigo, pero sin tu impulso y tu generosidad esto no sería posible. Por cierto, ¿dónde se alojarán tan ilustres invitados?
- Creo que el lugar más indicado es nuestra casa. Contrataré a más personal para que nos ayude a tener todo a punto. Contarán con la ayuda de nuestra ama de llaves que es muy competente. Me vino muy recomendada de una casa señorial de Madrid, que por defunción de su señor tuvo que prescindir de ella. Esta será su gran oportunidad para demostrar todo su conocimiento aristocrático.
- ¿Y cómo llevamos el asunto de la cena de gala?
- El alcalde me ha sugerido tratar ese asunto en la reunión de hoy. El otro día me comentó algo acerca de un chef francés afincado en Santander que podría encargarse del diseño del menú. También hemos contactado con un arquitecto para que diseñe varios kioscos en Jardinia, uno de ellos en nuestros jardines. Vendrá una orquesta para amenizar los diferentes eventos y creo que un diseñador de jardines vendrá para dejar Jardinia todavía más bonita y florida. Parece que sin saber que vendrían, todo el montaje estará a la altura de sus Majestades, ¿no crees?
- No tengo ninguna duda. Por cierto, tenemos otra carta de un tal Gustave Pierre Trouvé.
- Sí, le escribí hace dos semanas. Él es un reputado ingeniero francés que participó en la instalación del alumbrado eléctrico en París. - Enrique cogió la carta de Gustave. - Menos mal que el francés no se me dio nada mal en los años de escuela. Perfecto. Nos dice que estará encantado de recibirnos en París para que veamos el funcionamiento de todo el sistema y facilitarnos a los proveedores y especialistas necesarios para instalar las farolas.
- Van a ser unos meses intensos hasta mayo.
- Así es. - Enrique se debatía entre la excitación por los meses de fascinante trabajo que le esperaban y la pena que le iba a dar despedirse tan pronto de su amada Carmen. Justo recién empezada su relación con ella, temía el momento en que le dijera que debía irse a París. - ¿Nos vemos dentro de quince minutos en las caballerizas?
- Perfecto.
- Pasaremos antes por la escuela. En teoría tienen que haber acabado ya los trabajos de reforma.

Mientras el Concejo de Jardinia trabajaba incansablemente para preparar una Fiesta de la Luz que pasaría a la historia con la presencia de la regente y viuda María Cristina de Habsburgo, su hijo y alteza real, Alfonso XIII, de tan solo cuatro años, y sus dos hijas mayores, las infantas María de las Mercedes y María Isabel, en casa de Julia ya estaban organizando otra fiesta aunque de una magnitud mucho menor: el cumpleaños de Carmen.

- Julia, de verdad, no quiero que te des una paliza. - Le dijo por quinta vez ese día Carmen a su tía.
- No es ninguna paliza, Carmen. - le aseguró de nuevo Julia. - Nada nos hace más feliz en esta casa que preparar fiestas, ¿a que sí, Isabel?
- Sííí, tranquila Carmen, de verdad. Esto está ya organizado. Tu sal a invitar a todos, mientras Julia y yo nos encargamos de dejar todo listo.

Carmen salió por la puerta con una sonrisa y, por qué no decirlo, con mucha ilusión. En realidad, los cumpleaños en casa de Julia eran todo un acontecimiento. Los detalles decorativos en la casa y el jardín eran una obra de arte y la comida nunca defraudaba a los paladares más exquisitos. Además, era una ocasión más para verse todos en un clima festivo, de alegría y buen gusto, que siempre alegraba el espíritu.

Por otro lado, tenía muchas ganas de contarle a Lupe las últimas noticias relativas a su vida amorosa. Así que se dirigió a la botica en primer lugar.

- Hola, Federica ¿está Lupe? - Carmen saludó a la madre de su amiga.
- Hola Carmen, cariño. Sí, está en el almacén. Pasa.

Carmen entró a una de las salas interiores, tras cruzar el mostrador de la botica. Y allí estaba Lupe, organizando una estantería.

- Lupe, ¿qué tal vas?
- ¡Qué alegría verte, Carmen! Ya acabo y salimos a dar una vuelta. ¡Tengo que contarte algo! - Lupe sonrió a su amiga con una mirada pícara.

Una vez que Lupe hubo ordenado la cajas tal y como su madre le había pedido, salieron las dos de la botica y se dirigieron al paseo marítimo. De camino, Lupe se cogió del brazo del Carmen y sin miramientos le dijo:

- ¡Pablo me ha escrito!
- ¿Qué? - Carmen miró a su amiga con los ojos como platos y la boca abierta. - Lupe ¿en serio? Algo me sospechaba Lupe. Me encanta, ¡Cuéntamelo todo!
- ¡Ha sido todo un regalo de bienvenida a casa! Ya te puedes imaginar. Después de todo lo que hablamos de tu hermano... - Lupe parecía que iba a estallar de alegría. - El caso es que esta Navidad, noté a tu hermano algo interesado en mí, por cómo me miraba, cómo conversaba conmigo con cualquier excusa y, no sé, volví a hacerme ilusiones. Imagina cómo me puse cuando recibí una carta suya, Carmen. Nunca

jamás me había escrito y en su carta, bueno, es bastante explícito en su interés por mí. Me dice que no me voy de su cabeza y que tiene muchas ganas de volver para verme otra vez. ¡Ay, Carmen! No me estaré haciendo ilusiones para nada ¿verdad?

- Lupe, mi hermano es cierto que es un zalamero, pero en estas cosas es muy serio. Si ha dado el paso en decirte que le interesas y quiere verte, ten por seguro que ha meditado mucho sus palabras. No jugaría nunca contigo. Lupe, soy muy feliz por los dos. Mis personas favoritas juntas. ¡No me lo creo!
- Bueno, no nos adelantemos, pero Dios te oiga. Soy tan feliz.

Carmen miró a su amiga sintiéndose también muy feliz por ella. No imaginaba una unión tan perfecta como la de su hermano y su mejor amiga. Bueno, en realidad, sí, la suya propia con Enrique, lo que le llevó a contarle a Lupe los detalles de su encuentro la tarde anterior. Cuando se lo hubo contado, Lupe abrazó a su amiga con lágrimas en los ojos.

- Oh, Carmen, te lo mereces. Qué historia tan bonita. ¿Con beso y todo? Y ¿qué tal? ¿cómo fue?
- Increíble Lupe, no hago más que pensar en él. Lo quiero tanto.
- ¿Y qué tal con Julia? ¿Ya estás bien?
- Sí, ya he perdonado a Julia y estamos muy bien. Al fin y al cabo, todo ha acabado bien y actuaron pensando que sería lo mejor. Prefiero no armar guerra por algo innecesario. Lo importante es que nunca hubo mala intención, solo protección, al fin y al cabo. Es algo del pasado que gracias a Dios no ha tenido daños irreversibles.
- ¡Qué sensata eres y qué buen corazón, Carmen! Claro que sí. ¡Cuánto me alegro!
- Lupe, me quedaría mil horas hablando contigo pero tengo que volver. Que no se te olvide que mañana es mi cumpleaños y mi tía ha organizado un desayuno después de la misa de nueve. ¡No faltéis!
- Por supuesto, Carmen. Allí estaremos. No nos lo perderemos por nada del mundo.

Carmen acompañó a Lupe a la botica y siguió haciendo su recorrido por el pueblo invitando a todos sus amigos al desayuno especial que Julia estaba preparando por su cumpleaños. La última parada fue la casa de Enrique. Cuando llegó y preguntó por él, se desanimó al saber que no estaba y que no tenía previsto volver hasta última hora del día, pero dejó el recado con la invitación para toda la familia.

Al día siguiente, Carmen se levantó con gran ilusión. Isabel y Julia habían ido a despertarla mientras le cantaban la alegre tonadilla del ‘Cumpleaños feliz’. Una vez que bajaron al comedor para tomar un rápido desayuno antes de vestirse y acudir a la iglesia, le regalaron una caja envuelta en una tela de color borgoña y adornada con un gran lazo negro. Carmen desenvolvió el paquete y se quedó de piedra al ver su contenido. Un fabuloso vestido de seda color champán con bordados y pedrería en la zona del pecho y también en la parte de la falda creando formas florales y otorgando al tejido mucha riqueza.

- ¡Es precioso! ¡Qué barbaridad, Julia! Te habrá costado una fortuna.
- Pero tienes que ir preciosa a la cena de gala de la ‘Fiesta de la luz’, cariño.
- Me encanta Carmen, vas a estar arrebatadora. - Isabel alabó el vestido mientras lo

tocaba y desplegaba hipnotizada.

- Tú también tendrás uno, querida. - Le dijo Julia a Isabel, guiñándole un ojo. - Y mira, Carmen, tienes unos guantes a juego.
- ¡Qué ganas de probármelo todo!
- Ahora no hay tiempo querida, pero esta tarde vemos cómo te queda por si hay que hacer algunos ajustes. Aunque lo dudo, porque me sé tus medidas de memoria.
- Lo más importante es esto, Carmen. Toma. - Isabel le tendió a su hermana una carta.
- ¡Oh! Mi querido Pablo.
- ¡Cómo no te iba a escribir por tu cumpleaños, querida! - Exclamó Julia, mientras ayudaba a Claudia a recoger los platos de la mesa. - Vamos, niñas. Arreglaros, no lleguemos tarde.

Después de la misa, acudieron todos los amigos y muchos vecinos de Jardinia a la fiesta de cumpleaños de Carmen que Julia e Isabel habían preparado con tanto arte y sobre todo, tanto cariño.

Unos banderines en tonos blancos y vainilla decoraban toda la entrada a los jardines de Julia, así como una guirnalda de flores adornaba la entrada a la casa. Dentro, unas letras enormes recortadas en telas estampadas de pequeñas flores rezaban “Felicidades Carmen”, y un embriagador olor a chocolate y bollos recién horneados provenía del interior del comedor. Pero lo que a todos dejó boquiabiertos fue la alegre pieza musical que sonaba en la casa.

- ¿Eso que se oye es la seguidilla de ‘Don Quijote’ de Ludwig Minkus? - Preguntó sorprendido el profesor Esteban.
- Así es. - Confirmó Julia. - Por favor, pasen no se queden todos en la entrada, y podrán ver de qué se trata.

Carmen entró del brazo de Isabel y Lupe al comedor y sus ojos se dirigieron a un aparato extraño que reposaba en una de las mesas. Tenía una curiosa forma. Sobre una caja de madera se alzaba un tubo dorado con forma de trompeta del que salía el sonido metálico de la seguidilla de Minkus. ¿Cómo era posible?

- Esto que ven es un fonógrafo. En España hay todavía muy pocos, y yo he tenido la suerte de que me lo enviara hace poco un amigo que tengo en Londres. ¿No es maravilloso poderlo estrenar un día como hoy?
- Es un Edison por lo que veo - Preguntó Enrique mientras se acercaba para examinarlo con detalle. - Julia vas a tener que unirte al comité del alumbrado de Jardinia para proveernos de la última tecnología.
- En absoluto, eso os lo dejo a los jóvenes y preparados. Pero es verdad que tengo los contactos adecuados en Londres, eso no te lo voy a discutir. Isabel ayúdame a servir chocolates. Carmen, los bollos calientes están en la cocina.

Carmen fue a la cocina y Enrique la siguió.

- Voy a tener que competir con una profesional como Julia para sorprenderte, por lo que veo. - Carmen se rió ante la ocurrencia de Enrique. - Yo te he traído un pequeño e insignificante detalle, además de mi promesa de amor eterno claro. - Añadió en voz baja.

Carmen se ruborizó y cogió el paquete envuelto en papel marrón que le entregó Enrique. Lo abrió y su corazón le dio un vuelco cuando vio que era el libro ‘Alicia en el país de las maravillas’ de Lewis Carroll. Uno de los libros favoritos de su padre y también el de su hermana Isabel. Aquel título le traía unos preciosos recuerdos.

- ¡Gracias Enrique! Este es un libro muy especial para mí y mi familia.
- Ábrelo a ver qué te parece.

Carmen le hizo caso y abrió la tapa del libro. En su interior había una dedicatoria escrita con una letra que conocía muy bien.

Para mi amigo Enrique.

Recuerda que, como decía Lewis Carrol, “siempre se llega a alguna parte si se camina lo bastante”

Con el deseo de que no dejes nunca de aprender haciendo honor a los dones que te han sido concedidos. Llegarás muy lejos.

Con cariño,

Pedro Linares.

Con lágrimas en los ojos, Carmen siguió leyendo la dedicatoria que estaba escrita más abajo, con una caligrafía que también reconoció.

Querida Carmen,

Me siento afortunado por haberte conocido y por que Dios te haya guardado para mí, igual que me ha guardado para tí. Lewis Carroll decía: “Solo unos pocos encuentran el camino, otros no lo reconocen cuando lo encuentran, otros ni siquiera quieren encontrarlo”. Pues yo sé que tú y yo, al final hemos encontrado el camino. Solo nos queda recorrerlo juntos.

Siempre tuyo, Enrique.

- Es un regalo maravilloso, gracias Enrique. No sabía que mi padre te había regalado este libro. ¿Sabes que creíamos que lo habíamos perdido?
- Me lo dio unas semanas antes del incidente con Ana. Él me tenía mucho aprecio y siempre me alentó en mis estudios y formación. Fue un gran hombre al que le debo mucho, sobre todo... - hizo una pausa para mirarla con intensidad- ...mi felicidad.
- ¡Carmen, los bollos, corazón! - Gritó desde el comedor Julia.
- ¡Vamos ya! - Respondió Carmen, volviendo a la realidad y enjugándose las lágrimas. - Luego hablamos. Gracias. - Añadió en voz baja a Enrique mientras salía corriendo por la cocina.

La fiesta transcurrió entre risas, conversaciones y muchos dulces caseros. Carmen se alegró al comprobar que Esteban no parecía nada enfadado e incluso hacía un especial caso a su hermana Isabel. Cuando acabó la fiesta y todos se marcharon, Carmen acompañó a Enrique a la salida.

- Gracias otra vez por el regalo, Enrique.
- Me alegro de que te haya gustado. Tengo que decirte otra cosa.
- ¿Qué ha pasado? - Carmen notó la contrariedad en el gesto de Enrique.
- Tengo que viajar a París para poner en marcha todo el montaje eléctrico. La primera fase del proyecto hay que hacerla allí ya que es donde están los ingenieros y especialistas que nos van ayudar a ponerlo en marcha y es preciso que participe en todo el proceso.
- Ya, comprendo... ¿Y cuándo te vas? - preguntó Carmen con la voz quebrada.
- Me temo que mañana.

Carmen bajó la cabeza para asimilar la noticia de la separación. Justo ahora que acababan de iniciar la relación, esta noticia le resultaba especialmente dolorosa. Enrique le levantó con suavidad la cara acariciándole la barbilla con sus dedos. Entonces le susurró:

- Voy a escribirte todos los días. Trataré de acortar los tiempos todo lo que pueda. Pero esto es importante, ya lo sabes.
- Por supuesto, no te preocupes. Yo también te escribiré. Espero que esta vez no nos intercepten las cartas. - Sonrió Carmen, algo recompuesta. - Estoy bien, no te preocupes. Merecerá la pena la espera.

Enrique miró alrededor para comprobar si estaban solos, pero no era así, todavía quedaba invitados saliendo hacia sus casas. Por ello, tuvo que conformarse con besarle la mano tiernamente.

- Siempre tuyo, Carmen.
- Siempre tuya, Enrique.

Los días siguientes a la partida de Enrique transcurrieron lentamente, mientras Carmen esperaba a que le llegara su primera carta. Así tendría las señas para poder responderle enseguida. Esa carta llegó en una lluviosa mañana de enero.

París, 19 de enero de 1891

Querida Carmen:

Hace tan solo dos días estábamos juntos, celebrando tu cumpleaños y despidiéndonos en el jardín, y ya me parece que ha pasado una eternidad. Quería escribirte cuanto antes, porque me da miedo el tiempo que vamos a pasar separados y tan lejos el uno del otro.

En el viaje tuve mucho tiempo para dar vueltas a todo lo que nos ha pasado, y, sobre todo, lo que ha supuesto para mi vida que finalmente nos diéramos cuenta de que el amor había llamado a nuestra puerta.

Creo sin ninguna duda que nada, absolutamente nada, habría podido cambiar mi vida del modo en que lo has hecho tú. He pasado de ver mi futuro en uno, yo solo, a ver la trascendencia que tiene el ser dos, pensar para dos, desear un proyecto que no acaba en mí, sino que nos abarca a ambos.

Antes de conocerte me imaginaba un futuro comandado por mí en el que de pronto aparecía otra persona y seguían caminando juntos. Hoy lo que veo es un futuro en el todo está en función de ti. Ya eres parte de mi vida, Carmen, y todo lo veo por y para ti: para darte un buen futuro, para darte lo mejor, entregarte mi mejor versión y hacerte feliz.

Estos últimos días que hemos vivido en Jardinia, te has clavado en lo más profundo de mi corazón, como nada ni nadie lo habían hecho nunca

Carmen, te quiero muchísimo. Eres lo más importante de mi vida. Siento profundamente este tiempo que vamos a pasar separados. Te aseguro que lo recuperaremos con creces a mi regreso.

Seguro que vuelvo a escribirte dentro de nada, porque cuando te escribo me parece estar hablando contigo de corazón a corazón. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Tuyo siempre,

Enrique,

Carmen releyó la carta de Enrique varias veces saboreando cada una de las palabras que había escrito pensando en ella. Inmediatamente, con el corazón inflamado y una sonrisa de enamorada en la cara, se sentó en su escritorio, preparó papel y pluma y empezó a responder

Jardinia, 21 de enero de 1891

Querido Enrique.

No sabes qué eterna se me ha hecho la espera hasta recibir noticias tuyas y lo feliz que he sido leyendo tu carta una y otra vez. ¡Qué agradecida estoy por saberme en tus manos! Mi corazón sé que está a buen recaudo si te lo entrego a ti. No tengo dudas.

Eso que dices de recuperar el tiempo perdido, me deja un cierto sabor agridulce. Y me refiero a los diez años que viviste al otro lado del océano, forjando y construyendo esa hombría de la que me siento tan orgullosa y por la que has entrado de lleno en todo mi ser. Siento algo de tristeza por haberme perdido esos años tan decisivos en tu vida. Por no haber seguido tu evolución a través de tus cartas y no haber podido responderte como merecías. Ya sé que todavía estamos a tiempo, y seguramente estoy siendo una desagradecida.

Estoy muy orgullosa de ti, Enrique. Has demostrado una enorme humanidad cuando viste sufrir a los esclavos y no te quedaste en la lágrima sino que tomaste cartas en el asunto. Has actuado siempre con nobleza y una vez que has vuelto a tu pueblo natal, no has dudado en entregar tus capacidades y tus bienes por el bien de Jardinia y habitantes. Sinceramente, me inspiras para ofrecer al mundo una Carmen mucho mejor. Veo en ti un espejo en el que mirarme, Enrique. Por todo ello, ¡gracias!

Cuento los minutos para estar otra vez junto a ti. Te quiero muchísimo. Siempre tuya,

Carmen.

Así se sucedieron los días y las semanas. Mientras Enrique le contaba a Carmen en sus cartas los avances en París con los ingenieros, especialistas y proveedores, Carmen le ponía al día sobre la vida de Jardinia, las flores de Julia, su amistad inquebrantable con Lupe y lo asombrado que estaba todo el pueblo, ella la primera, con la escuela que había sido renovada completamente gracias a la generosidad de Enrique.

Esta había sido reformada de arriba a abajo. El tejado, que se desplomó a finales del verano pasado, había sido instalado desde cero, el suelo contaba con baldosas nuevas y todo el mobiliario y material de escuela, como pizarras, estanterías, mesas, sillas y libros, completaban una hermosa y nueva cara de la escuela de Jardinia.

Durante el tiempo que había durado la reforma, las clases se habían trasladado a la casa de los padres de Esteban, que contaban con un pajar en desuso. La estancia tenía una pequeña chimenea que se acondicionó para poder ser usada y ofrecer un ambiente caldeado a los alumnos.

Por fin, el último lunes de febrero las clases se trasladaron a la escuela.

- ¡Qué ganas tenía de ver la escuela terminada! - Le dijo Carmen a Esteban cuando

entraron antes de que llegaran los niños.

- Sí, esto ya es otra cosa. Ahora ya no hay peligro de que el techo caiga sobre nuestras cabezas o de que las termitas terminen por deshacer las vigas.
- Los niños no se lo van a creer. Pizarras y tizas nuevas, pupitres a estrenar. Y, ¡fíjese! La zona del profesor está sobre una estructura de suelo más elevada. Le da otro aire, ¿verdad?
- Sí, es una tarima. Me gusta cómo queda. Por aquí tenemos trabajo, mire, venga. Al lado de estas estanterías hay unas cajas con libros nuevos. Deben ser los que pedimos.
- ¡Madre mía! Pero estos libros son una joya. Menuda edición de lujo. Estos clásicos de literatura juvenil no pueden tener unas cubiertas más bonitas. Enrique ha sido muy generoso.
- Y aquí están las enciclopedias que pedí. Son lo último que ha salido. Tenemos el ‘Diccionario universal de la lengua castellana, ciencias y artes’ y el ‘Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano de literatura, ciencias y arte’.
- Tendremos que rendir algún homenaje al benefactor de Jardinia, Esteban. No sé, igual la escuela debería llevar su nombre. - Al instante Carmen se arrepintió de haberlo dicho, ya que Enrique no habría querido tal reconocimiento. Sin embargo, le parecía que un hombre de su generosidad lo merecía sin lugar a dudas.
- Sí, podría ser... - El rostro de Esteban cambió de semblante. Su sonrisa se congeló y su mirada se perdió en el infinito. Al momento se incorporó y con una nueva resolución, comentó: - Bueno, ya oigo las voces de nuestros pequeños fuera, vamos a decirles que entren ya.

Febrero seguía avanzando, y una tarde que había salido despejada, Isabel quedó con su amiga Ana en el paseo marítimo de Jardinia para dar un paseo.

- ¡Ay, qué ganas tenía de verte! - Isabel enseguida se cogió del brazo de Ana y empezó la marcha por el paseo.

Ana la miró divertida.

- ¿Por qué? ¿Qué pasa?
- No puedo con el ambiente tan edulcorado que hay en casa. - Isabel puso los ojos en blanco.
- ¿Ambiente edulcorado?
- Carmen está enamorada y su amor es correspondido. Y todo es tan bonito y tan perfecto. - Isabel habló con una voz dulce forzada.
- Bueno, Isabel, pero eso está muy bien, ¿no? ¿Hablas de Enrique?
- Sí, hablo de Enrique.
- Isabel, deberías alegrarte por tu hermana. Ella siempre ha sido buena contigo. Si ella es feliz, tú también deberías serlo por ella.
- Que sí, que ya lo sé. Pero también me da pena que haya dejado de lado al pobre Esteban, siempre tan enamorado de Carmen y ella solo ha sabido despreciarlo.
- Bueno, pero no estaba enamorada de él. Por lo que sea, no lo vio conveniente para

ella.

- En fin, ya se me pasará.
- Estás en una edad complicada, Isabel. A mí también me pasó. Todo lo ves negro, piensas que nadie te comprende y que el mundo está del revés. Parece que sólo tú ves cómo son las cosas de verdad. Pero, de repente llegará un día en que empezarán a encajar todas las piezas, ya lo verás.
- Si tú lo dices.

Ana se rió ante la contrariedad de su amiga que, sin embargo, no dejaba de aferrarse a su brazo.

- Por cierto, tengo una novedad, pero no sé si contártela. Me parece que no estás de humor.
- Sí, sí, cuéntamela. Son tontadas mías.
- ¿Te acuerdas que estaba mirando anuncios para trabajar de profesora o institutriz?
- Sí.
- Bueno, escribí a uno que me gustaba bastante. Y me han respondido. ¡Quieren que vaya a finales de agosto!
- ¿Qué? - Isabel se había quedado helada con la noticia. - Pero, ¿dónde te vas?
- A una casa de campo que está a las afueras de Madrid. Pertenece a una familia importante. Allí suele quedarse su hija y necesitan a alguien que la instruya, que la enseñe a leer y a escribir. ¿No suena apasionante?
- Pues no. Suena a que me voy a quedar sin amiga en unos meses.
- Que no, ya te dije que seguiremos hablando, aunque sea por carta. Y no me voy al fin del mundo. Podré venir yo o si me dejan igual hasta te puedes venir una temporada conmigo.
- ¿Ah, sí? - Isabel sonrió ante la posibilidad.
- Claro.
- Eso sí me gusta más.
- Además, aún me quedan aquí varios meses antes de irme.

Por su parte, Enrique no fallaba cada noche, cuando el trajín de la jornada había llegado a su fin, en su cita con Carmen a través de sus cartas, “corazón a corazón”.

A pesar del deseo de volver junto a ella, Enrique estaba disfrutando de cada parte del proyecto en el que se hallaba inmerso. Era estimulante formar parte de la modernidad de la ciencia; hacer posible que esa modernidad llegara a Jardinia; entender el porqué científico que hacía posible que dos electrodos sometidos a diferente carga y colocados en una atmósfera gaseosa manipulada provocara un calentamiento y una luz similar a una llama; y descubrir una nueva industria que estaba floreciendo gracias a ese descubrimiento y que ahora estaba volcando todas su atenciones en los visitantes de Jardinia.

Enrique, Fernando y dos ingenieros santanderinos, Mateo y Luis, representaban la punta de lanza de España en lo que a modernización eléctrica se refería. Ellos eran los visionarios, mecenas y artífices que iban a hacer realidad en su país, concretamente en Jardinia, un sueño de la ciencia que tan solo se había estrenado en unas pocas ciudades europeas. Por esta razón, no paraban de

ser agasajados y tratados con especial esmero por sus anfitriones parisinos.

Era cierto que había momentos en que la vanidad intentaba gobernar el fuero interno de Enrique. Ahora era un hombre importante, con visión y posibles que dedicaba su tiempo a realizar obras importantes. En París todos parecían caer rendidos a sus pies. No solo porque parte de su fortuna estuviera llenando los bolsillos de las empresas de sus proveedores, sino porque su carisma y bondad eran tales que era difícil no prendarse de su atractiva personalidad.

Hubo una noche en la que su integridad estuvo muy cerca de perderse debido a toda una nube de halagos y seducción. Después de varias semanas visitando fábricas y estudiando las fases de implantación con el ingeniero Gustave Pierre Trouvé, este organizó una cena para agasajar a sus invitados jardinieses en Maxim's, el local de moda.

Este restaurante había sido abierto hacía apenas un año y ya había conseguido atraer a la clientela más refinada de toda la capital, convirtiéndose en todo un referente de la 'belle époque' parisina. El truco residía al parecer en haber unido la mejor cocina francesa, la decoración al más puro estilo *art nouveau* y los números musicales que amenizaban cada noche, no sin cierto aire seductor, el local de Maxim's.

A esta cena asistieron Enrique, Fernando, Mateo y Luis, invitados por el ingeniero Gustave Trouvé y el propietario de la fábrica de bombillas, Michell Funés, que acudieron con sus esposas, Brigitte y Camille. Durante el transcurso de la comida, no faltó ni el mejor vino ni el mejor *champagne*. Cuando sus copas se vaciaban, estas volvían a llenarse sin que nadie pareciera percibirlo. La conversación entre los comensales de ambos países empezó con toda la formalidad, pero acabó transformándose en risa fácil y desinhibida debido a los efectos del alcohol así como al ambiente relajado y sensual que se respiraba en el ambiente mientras sonaba de fondo esa canción tan encantadora conocida como *Frou-frou*.

Enrique notó cómo su habitual saber estar se desvanecía poco a poco sin darse cuenta, deslumbrado por todos aquellos estímulos que llamaban a la puerta de su sensualidad. Fue en este punto, cuando una de las coristas que habitualmente se paseaban entre la clientela de Maxim's, se acercó a Enrique. Este se dejó llevar sin darse cuenta, embriagado por el *champagne* y próximo a la corista, notó cómo su aliento caldeaba su cuello. Enrique, tras unos instantes, empezó a despertar y a darse cuenta del peligro que corría. Si seguía en ese estado de embriaguez, no respondería de sus actos. Por ello, aprovechando aquel momento de lucidez, se limpió la boca con la servilleta y mirando a Fernando, se entendieron perfectamente. Enrique se puso de pie y se dirigió al resto de comensales disimulando su falta de equilibrio apoyándose en la mesa.

- Señores, les agradecemos mucho su hospitalidad. Hemos disfrutado de una cena exquisita. Pero sintiéndolo mucho tenemos que regresar a nuestro hotel, para poder estar en condiciones mañana y seguir avanzando.
- Así es, gracias por la invitación. Nunca había probado nada parecido. La cocina parisina tiene, desde luego, la fama que merece. - Añadió Fernando, levantándose también de la mesa.

- Vaya, sentimos mucho oír eso, por aquí la fiesta acaba de empezar. - Aseguró Gustave.
- Nosotros nos quedamos un poco más. - Repuso Mateo.
- Sí, este *champagne* no lo tenemos en España. - Convino Luis, mientras apuraba su copa.
- Hasta mañana, entonces. Buenas noches. - Se despidió Enrique y salió con brío en dirección a la consigna de Maxim's.

Él y Fernando abandonaron el local y una vez fuera, mientras se ponían de nuevo los sombreros, respiraron lentamente el aire fresco del ambiente.

- Me has leído el pensamiento, Enrique, en cuanto me has mirado he visto que tenías que salir pitando de este lugar. Yo estaba ya mareado. - Fernando miró a su amigo interpellándolo, sabía que había estado algo apurado allí dentro.
- Ya no podía seguir más allí un minuto más, el entendimiento se me estaba nublando y ya no sé qué habría sido de mí si no hubiéramos salido. Me avergüenza mi comportamiento.
- Vamos, no digas eso, no has hecho nada de lo que debas arrepentirte. Has reaccionado a tiempo y disfrutado de la incomparable cocina francesa. Y ¿qué opinas del vino y *champagne* que nos han servido? Gloria bendita. Pero te digo una cosa, mañana nos dolerá la cabeza como si nos hubieran atizado con una porra.

Cuando al fin llegaron a sus habitaciones, Enrique apenas tuvo fuerzas para cambiarse de ropa y caer rendido en la cama. Eso sí, a la mañana siguiente y a pesar de su dolor de cabeza, se sentó en su escritorio, cogió papel y pluma y le escribió a su amada Carmen.

París, 3 de marzo de 1891

Querida y amadísima Carmen.

¿Cómo estás? No dejo de pensar en ti. París es hermoso y vamos avanzando en todas nuestras gestiones. Está siendo estimulante y cada día aprendemos algo nuevo. Pero a pesar de todo esto, no veo el momento de volver a abrazarte y besarte de nuevo.

Me he dado cuenta de lo importante que es ser comedido en cada aspecto de nuestra vida, por pequeño que sea, en el trabajo y en el placer. Anoche durante una cena, unas copas de más han estado a punto de tirar por la borda todo en lo que creo y lo más hermoso que he tenido nunca, mi amor por ti, tú y yo.

Como decía Aristóteles, en el punto medio está la virtud. Gracias a Dios, todo ha quedado en un susto. No sabes cómo estoy echando de menos en este momento las increíbles y luminosas fiestas de tu tía Julia, nuestros paseos juveniles por el acantilado y las carreras por los prados. No hay nada como el anhelo del hogar cuando se está lejos de él.

Querida Carmen, gracias por estar ahí y por darle todo el sentido a mi vida y a mis esfuerzos.

Nada tiene sentido sin ti. Te quiero.

*Siempre tuyo,
Enrique.*

El mes de mayo llegó por fin tras un trasiego a contrarreloj por parte de todos los habitantes de Jardinia así como de todos los profesionales y operarios que habían ido llegando de Barcelona, Valencia o Madrid para terminar de poner a punto la hermosa villa y recibir con las mejores galas a la monarquía española.

Así, se plantaron nuevos árboles, se sembraron prados exóticos y jardines aromáticos que embellecieron todavía más el entorno de Jardinia. Se construyeron pabellones para baños y caballerizas, se instaló una nueva red de telegrafía, se adecuaron las carreteras y se mejoraron los accesos a las playas.

La renovación de la villa no dejó rincón sin tocar y si hubiera que destacar uno solo de todos los ornatos que llegaron a Jardinia nadie dudaría en nombrar los kioscos chinoscos que diseñó el artista Gaudí y desde los cuales se podría disfrutar de unas vistas panorámicas sin igual ofreciendo a sus visitantes la mágica sensación de entrar de lleno en el exótico mundo de ‘Las mil y una noches’.

Estos kioscos tenían un aire oriental y acusaban al exterior una forma hexagonal. Dos escaleras de cuatro peldaños daban acceso al habitáculo del templete formado por cuatros bancos revestidos de azulejos barnizados y decorados con motivos florales en color azul sobre blanco. Seis doseles de lona blanca, aspecto chinosco y forma convexa coronaban el kiosko. Estos estaban rematados por flecos confeccionados con pasamanería carmesí y bolas amarillas y azules de cristal que centelleaban tanto con la luz del sol como con los faroles de luz eléctrica que ya estaban instalados y que muy pronto se encenderían por primera vez. Y en lo alto de los doseles se erigía un mástil del que colgaban varias campanas regalando al oído una lánguida y misteriosa armonía mientras se movían al son de la más pequeña brisa.

El 15 de mayo ya estaba todo preparado. Todos los habitantes de la villa se habían congregado en el muelle principal de Jardinia. Allí llegaron a las diez en punto de la mañana en un barco cedido por la compañía trasatlántica desde el puerto de Santander la regente María Cristina de Habsburgo, su pequeña prole, entre la que se incluía el rey Alfonso XIII, de tan solo cuatro años, y un pequeño séquito real. Una banda de música tocó para recibir a tan ilustres invitados y fueron recibidos en primera línea por el alcalde de Jardinia, Alfredo Piqueras, y el indiano y mecenas de la villa, Enrique Martín. Por supuesto, también estuvo presente todo el equipo responsable del alumbrado eléctrico así como los presidentes de los diferentes comités encargados de toda la renovación y modernización de Jardinia.

Cuentan que la mismísima María Cristina se quedó prendada de la belleza del pueblo y sobre todo de sus gentes, a las que calificó de bondadosas, amigables y, exquisitamente ataviadas. Las mujeres asistieron a la recepción tocadas con sus sombreros más emplumados y sus mejores camisas de encaje, sin olvidar las sombrillas del blanco más resplandeciente. El aspecto de los hombres no tenía nada que envidiar al de las mujeres luciendo chaquetas impecablemente planchadas, camisas almidonadas y los veraniegos sombreros de paja que les protegían de un sol

radiante que no faltó a su cita ese inolvidable 15 de mayo.

Julia, Carmen e Isabel participaron con gran excitación de ‘La fiesta de la luz’. Escogieron sus galas sin olvidar el más mínimo detalle. Julia se decantó por un traje rosa empolvado que acompañó de un sombrero de paja adornado con frondosas plumas en tonos crema y el mismo rosa del traje. Isabel escogió un traje en tono coral que realzaba el color de sus mejillas. Y Carmen optó por un conjunto blanco de arriba abajo salpicado por pequeños detalles en azul marino, como los pequeños lazos colocados uno debajo de otro en la zona del torso hasta la cintura o el ribete que adornaba su sombrilla de encaje. El sombrero que eligió para la ocasión era también de paja, ala ancha y pequeñas flores blancas y rosas.

Desde el concejo, habían previsto inaugurar su día de fiesta con una misa solemne, tras la ceremonia de bienvenida en el muelle. En el camino hacia la iglesia, Julia y sus sobrinas charlaron animadamente.

- ¡Qué día tan magnífico hace hoy! - Comentó Julia.
- ¿Y habéis visto qué divertido su pequeña majestad? ¡Qué ricitos rubios tan adorables! Y no paraba de moverse, en un momento creí que saltaba al agua desde el muelle. - Añadió Isabel con semblante maternal.
- Está saliendo todo redondo. Enrique estará contento, aunque supongo que todavía seguirá tenso por ver cómo sale el resto del día. De hecho, la parte más importante es la noche, con el encendido. ¡Qué nervios! - Repuso Carmen.

Isabel se acercó a su hermana y entrelazó su brazo con el suyo.

- Carmen, pensaba que estarías junto a Enrique en la recepción real. - Le confesó su hermana. Isabel se sorprendió de su sincero interés por el estado de su hermana, cuando hacía unos meses había acabado harta de su incipiente historia amorosa y así se lo había manifestado a su amiga Ana. Pero es que en realidad, y ella lo sabía, adoraba a Carmen.
- No, qué va. Lo nuestro solo lo sabéis la familia. No es hoy el día para hacerlo público. El protagonismo lo tienen la Familia Real, Jardinia y las bombillas eléctricas. Ya llegará el día. Espero que más pronto que tarde.

Una vez concluida la misa, una comitiva encabezada por el alcalde y Enrique acompañó a la Familia Real junto a su séquito por el pueblo para conocer cada rincón y sus inmejorables vistas y terminaron con una comida al aire libre en los jardines de la casa de Enrique.

Para la comida en el jardín de la casa de Enrique, se habían instalado mesas, sillas y sombrillas para la colocación de los comensales así como mesas auxiliares con un surtido de diferentes platos y refrigerios para que cada uno pudiera escoger lo que quisiera y llevárselo a la mesa. De fondo, sonaba ‘Fantasía morisca’ de Ruperto Chapí y el kiosko de Gaudí brillaba titilante por el brillo de sus bolas de cristal reflejando la luz del sol. Estos dos elementos confirieron al jardín un aire oriental y exótico, haciendo las delicias de todos los presentes.

Cuando llegó el turno del café, infusiones y dulces, unos bailarines regionales irrumpieron con sus danzas y arcos de flores mientras daban saltos sobre sus pies calzados con alpargatas. Al concluir, Enrique se paseó por las mesas para asegurarse de que todos estaban a gusto. Al fin, se acercó a la mesa en la que estaban las familias de Carmen y Lupe. Se despidió de todos diciéndoles que les vería en la cena de esa noche, mirando significativamente a Carmen, ya que había hablado previamente de que bailarían todo lo que el protocolo les dejara bailar juntos.

La sobremesa se alargó varias horas, pues el ambiente, los buenos ánimos y el sol radiante así lo propiciaron. Por fin, Julia y sus sobrinas se levantaron de la mesa y se despidieron hasta las ocho de la tarde, media hora antes de anochecer, momento en el que tendría lugar el esperado encendido eléctrico de Jardinia.

El ajeteo que se oía en la casa de Julia una hora antes de salir era intenso. Unas y otras salían de los cuartos y entraban en el de su hermana, o tía o sobrina, para abrochar corsés, preguntar por los complementos que mejor encajaban o apaciguar los ánimos porque ya no les quedaban más horquillas para apuntalar sus moños. Claudia las ayudó todo lo que pudo, pero se tuvo que marchar a su casa para arreglarse y acudir a la fiesta también.

A las siete y media salieron Julia, Carmen e Isabel de casa, perfectamente ataviadas para asistir a la ceremonia del encendido y posteriormente a la cena de gala y al baile.

Carmen lucía a las mil maravillas el vestido que le regaló por su cumpleaños la tía Julia. Un favorecedor vestido de seda color champán con bordados y pedrería en la zona del pecho y de la falda, unos guantes a juego y un peinado abultado adornado con una peineta con incrustaciones de perlas y onix. Julia optó por un vestido en tono aguamarina drapeado y ajustado al cuerpo, mangas cortas de encaje francés, ribetes florales en tonos crema en el escote y en la falda y unos guantes blancos altos. Isabel se decidió por un vestido rosa que se degradaba poco a poco hasta transformarse en un tono crema a partir de la cintura, lo combinó por un collar de perlas y camafeo y unos guantes rosas.

Así, las tres flores más hermosas de Jardinia decidieron bajar al paseo marítimo en una calesa para no manchar sus vestidos. Una vez allí contemplaron la escena con asombro y gozo. Todo el largo del paseo estaba sembrado de farolas, de las que colgaban unos cestos con flores, y entre ellas habían colgado cables con bombillas. En un saliente del paseo, destacaba otro de los kioscos chinescos de Gaudí desde el que tocaría una orquesta unos instantes antes del encendido y después de las palabras del alcalde y de Enrique, como gran mecenas de Jardinia y responsable de que este hito científico pudiera tener lugar en la villa.

A las ocho en punto la orquesta tocó en señal de inicio. Todo el pueblo de Jardinia, así como algún visitante vecino, se agolpaba a lo largo de todo el paseo marítimo. Desde el muelle, en un escenario junto al kiosco, se encontraban, al fondo a la derecha la Familia Real y sus acompañantes acomodados en unas sillas junto a la bandera de España, de Cantabria y de Jardinia. Y más adelante y en el centro, se hallaban el alcalde y Enrique, tras un micrófono de pie. Alfredo dio la bienvenida en primer lugar a sus Majestades, y en segundo lugar a todos los presentes. Agradeció en nombre no solo de Jardinia, sino de toda España, la generosidad de

Enrique para traer la luz eléctrica a las calles de la villa. A continuación dio el paso a Enrique. Este, mucho más alto que el alcalde y con una presencia que quitaba el hipo, saludó también a sus Majestades sintiéndose muy honrado por su presencia. Agradeció al alcalde todas las facilidades para que este proyecto saliera adelante así como a todo el equipo que lo había acompañado en el proceso.

A continuación, tras una señal del alcalde, la orquesta tocó una música de cuenta atrás y la regente María Cristina, acompañada por sus hijos, se acercó hacia el interruptor que habían colocado en el escenario y que iluminaría todas las farolas de Jardinia. La voz del alcalde sonó fuerte:

- ¡Atención! Se acerca el momento. Vemos cómo sus Majestades se acercan al interruptor. Ahora es su alteza, Alfonso XIII, quien va a encenderlo. Sus hermanas quieren ayudarlo. ¡Oh! Es perfecto. ¿Estamos listos? ¿Sí? Preparados, listos, ¡ya!

Y al momento ¡se hizo la luz! Oh, ¡qué momento más mágico! Todas las farolas se iluminaron así como las bombillas que las unían. El público rompió en aplausos y sus vivas llenaron la noche iluminada de Jardinia. Se miraban unos a otros pletóricos pues sabían que estaban viviendo un momento único y pionero en España. La Familia Real también aplaudía maravillada y fueron a saludar al alcalde y a Enrique. Carmen desde su sitio, siguió con detalle cada acontecimiento. Sus lágrimas de orgullo y felicidad caían por su cara viendo el éxito arrollador de Enrique, o mejor, de “su” Enrique. Abrazó a Julia, a Isabel, a Lupe, a sus padres y aplaudió hasta que dejó de sentir sus manos.

La voz del alcalde, desde el escenario, volvió a sonar:

- Es una noche muy especial para todos, pero esto no acaba aquí, tenemos ahora, gracias a la hospitalidad de Enrique que no deja de abrir su casa para todos, una cena en su jardín que concluirá con un baile para cerrar la ‘Fiesta de la luz’ como se merece. Esta noche Jardinia brilla como nunca. ¡Feliz ‘Fiesta de la luz’!

El jardín de Enrique aquella noche brillaba y resplandecía como nunca. Farolas de luz eléctrica se repartían a lo largo de la explanada para iluminar todas las mesas y la orquesta tocaba de fondo las piezas del gran compositor español Juan Crisóstomo Arriaga o las eternas de Mozart, Beethoven y Vivaldi. En la cena, servida en formato *buffet*, no faltaron sopas, pescados, supremas de ave, ensaladas, tentempiés de alcachofa, frutas y helados. Todo ello acompañado de los mejores vinos. Las mujeres lucieron con esplendor sus chales y mantillas debido a la ligera brisa que les acompañó durante la velada. Esta brisa hizo sonar suavemente las campanas colgantes del kiosko chino. El toque final lo daban las bolas de cristal azules y amarillas incluidas en la pasamanería del dosel que brillaban de una forma hipnótica al proyectar la luz de las farolas que estratégicamente habían sido colocadas junto al kiosko.

Tras la cena, se condujo a todos los asistentes al interior de la casa, donde, en uno de sus salones, tendría lugar el baile.

Enrique estaba deseando ver a Carmen, ya que, con invitados tan ilustres y al caer en él la pesada responsabilidad de ser el anfitrión, no había podido más que verla de lejos, entre la gente o sentada. Por fin la vio, entrando al salón. Oh, estaba tan hermosa. ¿Cómo había podido tener tanta suerte? Le parecía estar viendo a una reina, o mejor aún, a un ángel. Se acercó a ella con una sonrisa que lo delataba sin lugar a dudas:

- Querida Carmen, estás preciosa. - Se inclinó hacia ella, le tomó la mano y la besó. A continuación, se dirigió a su tía y a su hermana que entraron después de ella al salón. - Ustedes también están radiantes, Julia, Isabel, bienvenidas. ¿Qué tal lo están pasando?
- ¡Oh, parece todo un cuento de hadas, Enrique, es todo un sueño! - Exclamó Isabel maravillada, estrenándose en su primer baile.
- No le encuentro ni un pero a nada, hijo. Maravilloso, insuperable. - Convino Julia.
- Eso, viniendo de usted, es todo un halago, querida Julia. Adelante cojan sitio. - Entonces se dirigió a Carmen. - ¿Bailarás el primer vals conmigo?
- Será un placer, caballero. - Carmen pestañeó más de la cuenta, le tendió su mano a Enrique y se dirigió a la pista de baile, donde ya se encontraban algunas parejas.

El director de orquesta dio la señal con la batuta y empezó a sonar ‘Voces de primavera’ de Strauss. Y así, Carmen y Enrique bailaron su primer vals, su primer baile. Enrique cogió por la espalda a Carmen, muy cerca de la cintura, Carmen posó su mano en el hombro de Enrique y con el otro brazo, levantado en cruz, se dieron la mano. Cuando estuvieron colocados se miraron, ligeramente azorados, sabían cuánto significaba ese momento para ellos. Al poco, sonó el vals con fuerza, dando unas primeras notas de preparación, para, acto seguido, comenzar a dar vueltas. Al ritmo. Un, dos, tres, un dos, tres, un dos tres. Todo giraba a su alrededor, pero para ellos solo existían los ojos del otro.

- Qué ganas tenía de esto, Carmen.
- Y yo, Enrique. No sabía que fueras tan buen bailarín. No dejas de sorprenderme.
- En Cienfuegos nos invitaron a alguna que otra fiesta hacendados vecinos y tuvimos que aprender lo mínimo para no hacer el ridículo.
- Estás muy lejos de hacer el ridículo, querido.
- Me encantaría que hubieras podido estar a mi lado hoy todo el día. - Enrique atrajo hacia sí ligeramente a Carmen.
- Ya llegará ese día. Hoy ha salido todo perfecto. Cuéntame, ¿qué tal es María Cristina?
- Es muy correcta y a la vez muy cercana. Se está esforzando mucho ya que en vida del difunto rey Alfonso, se desentendió mucho de la política.
- Tengo entendido que sufrió mucho debido a los devaneos de Alfonso. Suena increíble después de lo que amó a su primera mujer, que lástima que el matrimonio durara tan poco...
- Sí, se casó realmente enamorado de María de las Mercedes. Y no es fácil para un rey que ha de casarse con quien le ordenen. Él, dentro de su abanico reducido de posibilidades, pudo elegir y lo hizo enamorado. ¡Qué suerte tenemos de habernos elegido el uno al otro, amor mío!

- Somos unos afortunados
- Me gustaría que nos escapásemos después de unos cuantos bailes al jardín y aprovechar las vistas desde el kiosko. La semana que viene se los llevarán a Barcelona.
- Oh, qué pena, creía que se quedarían para siempre en Jardinia.
- No, lo llaman arte efímero. Lo hemos disfrutado unos días, pero luego desaparecerá.
- Entonces, está hecho, nos despediremos de él como es debido.

El vals terminó y todos aplaudieron a la orquesta. Enrique acompañó a Carmen a tomar un refresco y después la llevó junto a la bancada de la Familia Real.

- No voy a saber qué decir, Enrique. - Le susurró Carmen, asustada ante el inminente saludo real.
- Ya verás, es muy simpática, te caerá bien. - Enrique se acercó a María Cristina y le hizo una reverencia. - Alteza, ¿está disfrutando del baile?
- Muchísimo. - respondió María Cristina. - Hacía mucho que no disfrutaba tanto de una fiesta. Oh, pero presénteme a la dama que lo acompaña. Ya me he dado cuenta de que no paraban de hablar durante el baile, percibo que congenian de maravilla.
- Permítame presentarle a Carmen Linares, hija del difunto doctor de Jardinia y una prometedora profesora de nuestra escuela.
- Alteza. - Carmen inclinó su cabeza y flexionó ligeramente sus rodillas mientras se sujetaba la falda del vestido. - Es un honor para mí conocerla.
- Es usted encantadora, querida. - La regente se levantó y le levantó la cabeza, sujetándola por la barbilla, para observarla mejor. - Encantadora, desde luego. Hacen muy buena pareja. Les felicito.

Enrique y Carmen bailaron los dos siguientes vals, ‘El Danubio azul’ y ‘El vals del emperador’, también de Strauss. Pasado el primer baile, en el que los nervios no les habían dejado disfrutar con soltura, pudieron entregarse por fin al gozo del baile por todo el salón. Al tocar la última nota del tercer vals, se dirigieron a coger un refresco y salieron de la casa, en dirección al jardín.

- ¡Qué buena noche se ha quedado! - Exclamó Carmen mirando el cielo estrellado.
- Todo ha salido bien, gracias a Dios. Y parece que las luces siguen encendidas. - Enrique suspiró con gesto teatral mientras se retiraba un imaginario sudor de la frente.
- Bueno y gracias a que habéis hecho un gran trabajo, Enrique. Es admirable.

Una vez que llegaron al kiosko y vieron que no había nadie, subieron las escaleras que daban acceso al habitáculo central y elevado. Miraron hacia arriba y observaron la estructura del dosel que hacía de tejado hexagonal, después, sus ojos se fueron a todos los azulejos que cubrían el suelo y paredes del kiosko así como a las pinturas que adornaban la parte alta del interior y se quedaron maravillados por la maestría que había llevado a idear y construir algo así. Carmen se acercó a uno de los asientos y dirigió su mirada al cielo estrellado mientras sonaba de fondo ‘Cuentos de los bosques de Viena’ y las campanas del kiosko tocaban su lánguida melodía.

Entonces Enrique se acercó a su lado, la cogió de las manos sin dejar de mirarla a los ojos ni un solo instante.

- Carmen, ¿puedo volver a besarte?

Carmen asintió y sus labios se fundieron con los de Enrique en un sueño de noche de primavera. Pero de ese sueño despertaron enseguida cuando la voz de un niño gritaba el nombre de “señorita Carmen, señorita Carmen”.

- ¿Sí? Estoy aquí, ¿qué ocurre? ¿Por qué esos gritos?
- Tengo una nota para usted.

El niño le entregó una nota a Carmen. Ella la abrió y su corazón pareció pararse de golpe para luego empezar a latir con toda la fuerza. La nota decía: “Carmen, ven a casa enseguida. Ha ocurrido algo horrible. Julia.”

- Dios mío, tengo que ir a casa. - Carmen apenas pudo jadear estas palabras mientras salía apresuradamente del kiosko.
- Carmen, ¿qué pasa? Te acompaño. Cogeremos mi calesa, llegaremos antes. - Enrique la siguió preocupado.

Cuando llegaron a casa, Julia estaba en la puerta con un pañuelo en la cara, llorando y desesperada sin saber qué hacer.

- ¡Julia! Estoy aquí, ¿qué ha pasado? - Carmen casi tropieza al correr hacia su tía para consolarla y saber qué era aquello tan horrible que había pasado y que la había desconsolado de aquella manera.
- Ay Carmen, Carmen. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué ha tenido que ocurrir algo tan espantoso, tan horrible?

Enrique aguardaba a una distancia prudencial, pero estaba preparado para socorrer como hiciera falta. Carmen trató de desbloquear a su tía para que le contara qué es lo que había pasado.

- ¿Qué ha pasado, Julia? Cuéntame, ¿qué ha ocurrido?
- Isabel... Es Isabel. - Julia no pudo decir nada más porque rompió a llorar sobre su pañuelo.
- ¿Qué pasa con Isabel? ¿Qué le ha pasado, Julia? - Le apremió Carmen con un pánico cada vez mayor en sus ojos.

Julia, con la mirada perdida le tendió una carta arrugada. Carmen la cogió y la leyó mientras su corazón volvía a encogerse y de sus labios salía un “no” roto y lleno de dolor.

Querida familia. Me voy. No os preocupéis por mí. Estaré bien. Parto con el hombre de mi vida. Queremos vivir una vida de amor fuera de los dictados de la sociedad. Siento si ahora os hago sufrir pero sabed que no puedo ser más feliz. Podéis decir que me he ido con la prima Gisela si os da más tranquilidad. Os quiero Carmen, Julia. Dad muchos besos a Pablo. Isabel.

¿Cómo era posible? Carmen no podía creérselo. Su hermana pequeña nunca había dado muestras ni indicios de que pudiera emprender en algún momento una idea tan descabellada como la de fugarse. ¿Qué podía haber pasado? ¿Quién era ese hombre con el que se había marchado sin avisar? ¿Qué peligro estaría corriendo ahora mismo? Su reputación era un tema delicado que estaba a punto de romperse para siempre, pero ahora eso le importaba mucho menos que su integridad física.

- Pero, si hace nada estaba en el baile. - Carmen estaba perpleja, no entendía nada.
- Ya lo sé, hija, me dijo que le dolía la cabeza. Y yo al poco me vine a casa también y es cuando... cuando vi la carta y la casa vacía. - Julia rompió a llorar de nuevo.

Enrique en ese momento, intervino:

- Voy a salir a buscarla. Puedo avisar a Fernando, él será discreto y saldremos ahora mismo, si os parece.

Carmen y Julia lo miraron como si un ángel hubiera bajado a enjugarles las lágrimas y calmarles la angustia.

- ¡Ay, hijo mío! Sí, por favor, Dios te lo pague. - Julia volvió a sollozar pero sus ojos mostraron a Enrique todo el agradecimiento que su corazón sintió en ese momento.
- Yo puedo ir contigo. - Carmen se dispuso a entrar en la casa para cambiarse a toda prisa, pero Enrique la detuvo.
- Espera Carmen, sé que lo harías y correrías como un rayo, pero es preferible que te quedes con tu tía, es bueno que estéis juntas ahora. Además, no sabemos con qué clase de hombre nos vamos a enfrentar. Volveremos enseguida con buenas noticias, estoy seguro. Rezad para que todo salga bien.

Enrique voló en su calesa hacia su casa, llamó a Fernando y los dos salieron al galope en busca de Isabel y el canalla que la había animado a fugarse con él. Decidieron dividirse para rastrear diferentes caminos de salida de Jardinia. Quedaron en verse al cabo de una hora para trazar un nuevo plan si en ese plazo de tiempo no habían dado con los fugados.

Enrique corrió al galope en dirección oeste y Fernando al este. Creyeron que habrían decidido salir de Cantabria, pero antes de llegar a su destino final tendrían que parar en alguna posada para pasar la noche. Su plan era parar en cada una de estas posadas, si es que no seguían todavía de ruta.

A varios kilómetros del galope de sus fieles amigos, Julia y Carmen esperaban en el salón rezando un rosario tras otro para pedirle a la Virgen santísima que protegiera a su querida y atolondrada Isabel y la trajera de vuelta a su hogar, sana y salva. Un avemaría se sucedía a otro avemaría mientras Carmen paseaba nerviosa alrededor del sofá y Julia, sentada, sostenía un retrato de Isabel y lo acariciaba con sus dedos.

Al cabo de tres rosarios, se les ocurrió ir a la habitación de Isabel para ver si encontraban alguna pista de su paradero. Entraron y vieron su habitación vacía, ordenada y sin un detalle que delatara su huida. Las cortinas adamascadas rosas a juego con sus cojines, así como la colcha de su cama lucían impecables, sin una arruga. No había papeles en el escritorio ni tampoco posibles pistas que contuvieran información reveladora sobre su destino en los cajones o cajas decorativas de la habitación. Sin embargo, cuando abrieron el armario se les cayó el alma a los pies al verlo prácticamente vacío. Carmen y Julia se abrazaron de nuevo, desoladas, angustiadas y temerosas por el estado de Isabel.

Julia, derrumbada por la soledad del cuarto no pudo aguantar un segundo más y volvió al salón. Carmen, a pesar del dolor que oprimía su corazón, se acercó a la estantería de su habitación. Estaba llena de sus libros preferidos, manoseados y desgastados por tantas horas de lectura: Mujercitas, Grandes esperanzas, La canción del pirata, El paraíso de las damas, Cumbres borrascosas, Sentido y sensibilidad, Rimas de Bécquer y tantos otros. Entre todos esos tomos, hubo uno que le llamó especialmente la atención. Era de color rojo escarlata, en tejido de terciopelo y decorado con unos grabados florales dorados. Carmen lo cogió y al abrirlo leyó en la primera página: “Diario de Isabel”. Tuvo un primer impulso de cerrarlo y salvaguardar así su

intimidad. Sin embargo, otro deseo la llevó a sentarse en la cama y empezar a leerlo.

La primera anotación databa del 16 de mayo de 1881, casi un mes después de la muerte de sus padres. Carmen en ese momento notó un vuelco en el corazón y solo pudo compadecerse de aquella pequeña niña de seis años que acababa de quedarse sin padres de un día para otro de la manera más injusta e incomprensible. La letra de su hermana de seis años parecía un garabato, pero era perfectamente legible:

Pienso siempre en papá y mamá. Carmen dice que están en el Cielo pero yo los quiero aquí.

Isabel había hecho debajo un dibujo de toda la familia y los había encerrado dentro de un círculo.

Con lágrimas en los ojos, Carmen siguió leyendo.

20 de mayo de 1881

Lloro siempre por papá y mamá. Por las noches lloro sin hacer mucho ruido para no despertar a Isabel y a Pablo. Me gusta cuando leemos juntos, me recuerda a papá.

Carmen siguió leyendo las anotaciones de su hermana. A pesar de no escribir cada día, ni siquiera cada mes, mantuvo una constancia a lo largo de los años. Su letra mejoró y cada entrada de su diario aumentaba en extensión y complejidad.

4 de septiembre de 1885

Estoy harta de las clases. ¿Por qué será tan horrible la escuela? Menudo aburrimiento. Espero que cuando me toque la institutriz de Carmen sea más divertida. Qué suerte tiene Carmen, ella ya se ha librado de las clases. Yo también quiero ser mayor.

Pasó varias páginas y saltó a noviembre de 1886.

23 de noviembre de 1886

¿Por qué se va Pablo a estudiar fuera? Ya sé que va a estudiar Medicina, pero lo echo mucho de menos. Me encanta cuando nos lee a todos porque su voz se parece a la de papá. Todavía recuerdo cuando nos leía 'Alicia en el país de las maravillas'. Ese será mi libro favorito para siempre. Me reía mucho con las voces que ponía a cada personaje: a la oruga, las flores, el gato de Cheshire, el sombrero loco... ¿Dónde estará ese libro? Lo llevo buscando años y ha desaparecido. Te quiero papá. Te quiero mamá. Os echo de menos.

Adelantó más páginas del diario para pasar al momento actual y se paró en la entrada del 16 de enero, un día después de que Enrique y Carmen se encontraran en la pradera del faro y se prometieran amor eterno.

16 de enero de 1891

¿Por qué siempre tengo que ir por detrás? ¿Por qué todo lo mejor para Carmen? Siempre tan perfecta y ahora enamorada del hombre perfecto. Pues yo también lo conseguiré. ¿Acaso no lo merezco?

18 de enero de 1891

Ayer fue el cumpleaños de Carmen. La verdad es que a pesar de las cosas que a veces he dicho en este diario sobre Carmen, la quiero y me alegro de que sea mi hermana mayor. Yo sé que ella me quiere y tiene mucha paciencia conmigo. De hecho, y sé que Dios está contento conmigo por ello, no le he dicho que el libro que le ha regalado Enrique en realidad me encantaría que me lo diera. Aunque quizás un día se lo pida para leerlo otra vez y reavivar recuerdos.

Carmen decidió no leer más entradas del diario y se arrepintió de haber husmeado en él sin su consentimiento. Más pronto que tarde tendría que pedirle perdón por ello y así se daría cuenta de que no era tan perfecta como ella creía. Carmen se había dado cuenta de que Isabel tenía un corazón enorme y un mundo interior sensible y delicado. Simplemente, tenía que aprender a dejar el pasado atrás y a no compadecerse tanto de sí misma. Carmen también estaba ansiosa por decirle a su hermana que no debía compararse con nadie. Ella era preciosa e inteligente y tenía mucho que aportar al mundo.

Mientras tanto, proseguía la galopante carrera a través de los caminos de Cantabria para dar con el paradero de Isabel y su licencioso acompañante. El caballo de Enrique, en dirección oeste, corría brioso siguiendo obediente la dirección que se le ordenaba a través de las riendas. Había sondeado ya tres posadas y todavía no había rastro de Isabel.

Enrique no podía dejar de pensar en la angustia por la que estarían pasando su amada Carmen y la tía Julia. Ese momento de incertidumbre, de no saber y de imaginarse mil horrores lo conocía, por desgracia, demasiado bien. Todavía recordaba aquella angustiosa tarde de septiembre cuando Ana, tras adentrarse en el bosque para buscar romero, tardó en regresar más de la cuenta. Sus padres se preocuparon y Enrique salió en su búsqueda tranquilizando a sus padres diciéndoles que se habría perdido y que enseguida la encontraría.

Sin embargo, dentro del bosque esa búsqueda se volvió angustiosa al buscar y buscar y no encontrar a su hermana, imaginando que podría haberse caído, herido de gravedad, o peor aún, haber encontrado la muerte. Lo que no se esperaba es lo que finalmente descubrió. A su hermana atemorizada por un delincuente y apunto de ser violentada de una forma cruel y salvaje. Solo esperaba que el destino de Isabel no fuera tan dramático y que pudieran evitar el desafortunado plan de huida a tiempo, si es que realmente se trataba de eso. Allá a lo lejos veía un farol de otra posada. Ojalá pudieran darle información valiosa o acabara ya la búsqueda y la angustia para todos.

En casa, Julia daba vueltas y vueltas en el salón. Miraba por la ventana, rezaba en silencio, miraba al cielo y suplicaba por el regreso de su preciosa niña. En un rincón, cerca de una butaca que daba a la ventana estaba la caja de bordados de Isabel. Se acercó a la butaca, se sentó en ella

y se llevó la caja a su regazo. Dentro estaban sus agujas, sus rollos de hilo del más fino algodón y en su repertorio favorito de colores: rosa viejo, verde oliva, azul grisáceo... Varios tambores pequeños sujetaban algunas de sus piezas que todavía estaban sin terminar. Se trataba del bordado de las iniciales de la familia en servilletas color pergamino. ¡Qué precisión con la aguja, que puntos más limpios y que colores tan bien armonizados! Los delicados diseños que Isabel había escogido para las servilletas hacían honor a la delicadeza de espíritu que Isabel al parecer se empeñaba por ocultar.

- Isabel, cariño, gracias por estos detalles tan bonitos hacia tu familia a la que tanto quieres. Yo sé que tu comportamiento es cosa de la edad, algo pasajero. Vuelve con nosotros, te necesitamos. Pedro, María, ángel de la guarda de mi pequeña, protégedla, que vuelva sana y salva.

Fernando por su parte, seguía en dirección este. En su ruta, había parado a preguntar a los pocos viajeros nocturnos con los que se había cruzado y también había entrado en cuatro posadas para indagar acerca del paradero de Isabel.

- Buenas noches. - Preguntó en la última de ellas, antes de proseguir marcha.
- Buenas noches nos dé Dios. ¿Quiere pasar la noche? Está usted de suerte, justo nos queda una habitación. Si solo quiere cenar...
- No, no, gracias. - Interrumpió Fernando al posadero. - Estoy buscando a una vecina de Jardinia. Ha desaparecido esta noche y probablemente va acompañada de un hombre. Tiene unos quince años, estatura media, delgada, morena...
- Vaya, una pena. Cuanto siento oírlo. Desgraciadamente, no la he visto. No ha entrado por aquí ninguna pareja con esas características.
- Vale, gracias y buenas noches.

Fernando salió, de nuevo abatido por no encontrar ninguna pista de la dirección de Isabel. Ya estaba montando en su caballo, cuando un hombre que salía de la posada, se dirigió a él.

- Disculpe, caballero.
- ¿Sí? - Fernando se volvió invadido por la esperanza.
- He oído lo que le ha contado al posadero, a Ramón. Verá, vengo de Arnuro y antes de llegar aquí, tuve que parar a dar de beber a mi caballo en la posada 'Cisne negro', a cinco kilómetros de aquí. Me pareció que allí se apeaban de un solo caballo un hombre y una jovencita. Creo que se ajustaba a su descripción. Puedo haberme equivocado, pero me ha parecido importante contárselo.
- Ha hecho muy bien. Quizás le haya salvado la vida. ¡Gracias!

Fernando marchó raudo y veloz de aquel lugar en dirección a 'Cisne negro'. Azuzaba al caballo para que corriera más. No quería ni imaginarse lo que podía estar pasando en aquella posada en este justo momento. ¡Pobre Isabel! Tan joven y tan ingenua.

Mientras corría, pensaba de qué manera se enfrentaría a esa infame compañía masculina, si se opondría con violencia a devolverla, o, por lo contrario, aceptaría con resignación que se la

llevara. En el caso de tener que intervenir por la fuerza para defender el honor de Isabel, no dudaría en emplear toda la que su cuerpo le permitiera. De hecho, no sería la primera vez, que por defender el honor de una mujer tuvo que hacer uso de sus ejercitados músculos.

Fue hace años, en Cienfuegos, la noche de una jornada de libranza de la que disfrutaron los trabajadores de la hacienda con motivo de una fiesta local. Al regresar a sus casas, ubicadas en parcelas próximas a la plantación, los trabajadores continuaron con un jolgorio derivado de un consumo excesivo de alcohol. Fernando esa noche no pudo pegar ojo a causa del bullicio. Así que salió de la casa y se fue a pasear por los terrenos de la plantación en dirección a los gritos. Cuando llegó a las lindes de la plantación, oyó unas voces que le alertaron de un peligro. No eran unos gritos de borrachos o de peleas sin importancia, sino una llamada de auxilio ante una situación de pánico. Fernando corrió hacia esas voces, se asomó a una ventana, luego a otra, hasta que dió con la casa de la que provenía esa llamada de socorro. Entró con fuerza y se dirigió al dormitorio. La adrenalina le dio el coraje para enfrentarse a una situación desconocida de violencia. Eso y el vigor de un joven de veinte años. En ese cuarto, un hombre estaba tratando de abusar de una mujer que se resistía. Fernando le increpó y le agarró del brazo para detenerle, pero el agresor se volvió y le propinó un puñetazo. Fernando se lo devolvió. Jugaba a su favor que él no estaba borracho y que era mucho más joven. Finalmente, consiguió derribar a su oponente tras asestarle un duro golpe en el estómago. Fernando trató de consolar a la mujer, mientras notaba cómo le latía el labio, un ojo y sus manos, por los golpes recibidos y propinados. Pero la mujer estaba en shock y no pudo más que seguir protegiéndose y quedarse en un rincón. Fernando salió de la casa y buscó a una mujer para que la pudiera ayudar. Después se fue a casa, se lavó y cayó rendido en la cama. Estaba dolorido, aunque sabía que pocos se acostarían ese día en la cama con el orgullo más henchido y la conciencia más limpia.

Este recuerdo le dio la seguridad y el coraje necesarios para enfrentarse a mil leones si hacía falta con tal de proteger a esa niña indefensa y llevarla sana y salva a su hogar. Ya estaba llegando, ya faltaba poco. Si la información de ese buen hombre era cierta, pronto la libraría de ese canalla.

Cuatro horas pasaron desde que Enrique y Fernando salieron en busca de Isabel. Julia y Carmen seguían sin tener noticias y paseaban nerviosas por la casa. No podían hacer nada más que esperar y rezar. De repente, oyeron unos cascos de caballo acercándose a la casa. Miraron corriendo por la ventana y salieron de la casa. Vieron una figura oscura desmontando del caballo. Carmen corrió hacia ellos, más ligera y rápida que Julia. Y entonces la vio. En ese momento, Fernando estaba ayudando a bajar del caballo a Isabel, envuelta en una capa de viaje.

- ¡Isabel! ¡Isabel! - exclamó pletórica Carmen. - ¡Gracias a Dios, estás bien y ya estás en casa!

Carmen la abrazó y la acompañó hacia casa. Julia se unió a ellas, la abrazó, la besó y entraron juntas en casa. A los pocos minutos, se oyeron otros cascos de caballo. Era Enrique que había vuelto de su búsqueda. Se unió a Fernando y entraron también en la casa.

- Yo... lo siento... - Consiguió balbucear Isabel, mientras se acurrucaba en el sofá encogida flanqueada por Carmen y Julia.

- Ya estás en casa, cariño. Ya estás en casa. - Julia en ese momento no tenía el espíritu para ningún reproche.

Tras un momento de silencio. Carmen se acercó a Isabel y, abrazándola, le preguntó.

- ¿Con quién te has ido Isabel? ¿Quién ha sido el canalla que te ha empujado a hacer algo así?

Isabel no dijo nada, tan solo miró avergonzada a Fernando. Este tomó la palabra.

- Siento revelar que ha sido Esteban.
- ¡¿Qué?! - Respondieron al unísono Julia y Carmen. Enrique apoyado en la pared, también se irguió, sorprendido, decepcionado y alterado a partes iguales.
- Le propiné un buen puñetazo. No pude evitarlo. - añadió Fernando mientras movía su mano derecha recordando el golpe.
- Muy bien hecho, Fernando, Dios te lo pague. Pero ¿cómo es posible? ¿Esteban? Si ha sido siempre un hombre tan correcto, una pieza importantísima de este pueblo... Me cuesta creerlo... - Comentó Carmen perpleja.
- Él me quería, o creía que me quería... - Añadió Isabel. - Empezó a hacerme caso cuando vio que no tenía nada que hacer contigo. - Miró a Carmen. - y vio que a mí él sí que me gustaba, que lo quería. Me enamoré de él.
- No te enamoraste de él, Isabel, sino del propio amor... Si eres una niña. - La corrigió Carmen.
- ¿Y cómo se os ocurrió fugaros? ¿No podíais haber iniciado una relación normal y corriente, sin tener nada que esconder? Primero de amistad y luego de algo más, si así lo quisieras tú. - Planteó Julia, haciéndole reconocer sus impulsos infantiles.
- Él dijo que sería romántico, que no necesitábamos la aprobación de nadie y también dijo que... que...
- ¿Qué? ¿Qué dijo ese malnacido? - Saltó alterada Carmen.
- Dijo que no nos faltaría de nada gracias a mi dote...
- ¡No me lo puedo creer! ¡Vaya, con el cándido Esteban! - Carmen estrujó el cojín que tenía al lado. No daba crédito a sus oídos.
- Pero, ¿y él cómo lo sabía? - Quiso saber Julia.
- Se lo debí de comentar yo en alguna ocasión... Me siento tan estúpida... Lo siento, de verdad...

Carmen y Julia en ese momento abrazaron a Isabel. Estaban convencidas de su sincero arrepentimiento y de que había aprendido una valiosa lección. Gracias a Fernando y a Enrique que salieron raudos en su busca, el asunto no había pasado a mayores. Esperaban que Isabel supiera valorar la lealtad de sus amigos de verdad y que a partir de ahora supiera distinguir el amor verdadero del interés egoísta.

Fernando y Enrique decidieron dejarlas solas en ese momento y se dirigieron a la cocina para prepararles una taza de té. Enrique miró a su amigo Fernando mientras preparaba el agua para ponerla a hervir, y no podía hacer otra cosa que admirarle por ser un hombre tan solícito y

servicial, tan decidido y valiente. Se alegraba sinceramente de haberse cruzado con él en su viaje a Cienfuegos. Cuando el agua estuvo lista, llevaron la bandeja del té al salón y se despidieron de ellas. Las tres mujeres los miraron con inmensa gratitud y los despidieron con ternura.

Enrique y Fernando volvieron cabalgando en silencio. El día había sido muy intenso y agotador, lleno de sobresaltos y carreras a caballo, y agradecían a Dios que todo hubiera acabado bien. No veían el momento de llegar a la cama y tener un sueño de lo más reparador. Tenían ganas de disfrutar de Jardinia en primavera y más aún en verano. Días largos y soleados que les permitieran pasear, salir a navegar y quién sabe si disfrutar también de una boda por todo lo alto.

Los días siguientes a la ‘Fiesta de la Luz’ transcurrieron con la ansiada paz y calma que Jardinia necesitaba. Los pescadores salieron a faenar, las vacas a pastar y la vida rutinaria y apacible de Jardinia retomó su actividad y ritmo habituales. Las panaderías ya no tenían que hacer pan ni dulces en grandes cantidades, ni las tiendas abrir en un horario más extendido ni los vecinos soportar el bullicio de las calles llenas y abarrotadas.

La normalidad también había llegado a casa de Julia. Ella se había metido en su jardín, que olía a jazmín y a petunias. Y Carmen e Isabel se habían afanado en diferentes quehaceres domésticos: habían horneado bollos, ordenado a fondo la casa, cambiado todos los floreros de la casa con flores fragantes y coloridas, así como los cojines del salón que ahora lucían en colores amarillos, naranjas y verdes. También habían leído y rezado juntas y se habían volcado con especial ilusión en realizar el cambio de armario. Mientras guardaban limpios y estirados en una habitación de la última planta sus trajes invernales, sacaban toda su colección de sombrillas y sombreros de ala ancha, sus faldas blancas y sus lazos en colores empolvados.

A finales de mayo, Lupe, Isabel y Carmen organizaron un plan de picnic. Carmen escogió para la ocasión un traje blanco con adornos en cuadros de vichy rojos, el conjunto de Isabel era de color vainilla con detalles de tela en flores *liberty* a tonos rosas y azules y Lupe lució una falda y chaqueta de inspiración marinera en tonos blanco, rojo y azul marino. Sus sombreros, más pequeños de lo habitual para no ser arrastrados por el viento, aportaban un toque de lo más coqueto pues estaban coordinados con sus respectivos trajes y se amoldaban a la perfección sobre sus adorables peinados.

Llegaron a la playa, a un lugar protegido del viento pegado al borde de un acantilado, y extendieron el mantel de hilo blanco y todas las delicias que habían preparado y transportado en sus cestas. Así quedaron repartidas por todo el mantel como manjares celestiales un plato de quesos, una empanada de pimientos y atún, una sabrosa tortilla de patata y puerros y cerezas de temporada.

Las tres contemplaron el paisaje que tenían delante. Niños que volaban sus cometas corriendo por la arena mientras sus madres hablaban en corrillo, señores que fumaban un puro mientras caminaban despacio por el paseo y graciosas gaviotas que volaban y caminaban por la arena dejando sus singulares huellas allí por donde pisaban. La brisa salada que corría aquella tarde de mayo era agradable y auguraba un verano cálido y placentero. Y un mar que atacaba constante una orilla paciente, una y otra vez, con olas calmadas y espumosas.

- El sol me pone muy contenta. - Dijo Lupe después de tumbarse toda larga en la arena con los brazos doblados y sus manos debajo de la cabeza. - ¿Os he dicho ya que Pablo viene este viernes?
- Sí, nos lo has dicho ya unas cuantas veces. ¿Sabes que es nuestro hermano y también nos escribe a nosotras? - Le respondió Carmen con cierta sorna.
- Bueno, seguro que las cartas que le escribe a Lupe son más jugosas. - Añadió Isabel

guiñándole un ojo a Lupe.

- ¡Sois tremendas! Pero me da igual, soy deliciosamente feliz.
- Claro que sí, Lupe. Y nosotras nos alegramos mucho por ti, ¿verdad Isabel?
- ¡Mucho! Te lo mereces Lupe. ¡Pablo no puede ser más afortunado!
- Por cierto, ¿sabes que Isabel ha empezado a ayudarme en la escuela?
- ¡No me digas! ¿cuándo has empezado Isabel?
- Esta semana, ahora es Carmen la responsable de la escuela y hace falta una ayudante, así que hago lo que puedo, me encargo de los más pequeños.
- Sí. - Añadió Carmen. - Y lo hace de maravilla. Va a seguir avanzando en sus estudios mientras ayuda a los pequeños. ¡Hacemos un gran equipo!
- Enhorabuena Isabel, lo vas a hacer fenomenal, los pequeños estarán encantados contigo.
- Y quiero montar un grupo de teatro. Si empezamos a ensayar en septiembre ¿crees que dará tiempo de tener la obra lista para Navidad, Carmen?
- ¡Seguro que sí! Ideas no te faltan, Isabel. ¿No me hablaste también de un coro y una clase de dibujo? Como ves Lupe, ¡la tengo muy motivada!

Las tres siguieron de charla, disfrutando entre risas y silencios contemplativos. Al cabo de dos horas tuvieron que volver a casa y a la botica para seguir con sus obligaciones. Ya en casa, Carmen tenía preparada una pequeña sorpresa para su hermana:

- Isabel, hay algo que quiero darte y que sé que para ti es más importante que para mí.

Carmen cogió un paquete envuelto en una tela de flores y atado con un cordel. Isabel lo cogió, desconcertada ante ese regalo. No se esperaba qué podía ser. Cuando retiró el envoltorio y vio su interior, su rostro se llenó de luz y de nostalgia.

- ¡Oh! ¡Pero Carmen! Si esto te lo regaló Enrique, no me lo puedes dar.
- Claro que sí, a Enrique le va a parecer estupendo. Además, que este libro en origen es de toda la familia y yo sé que a ti te hace especial ilusión. Seguro que lo aprecias mucho más que yo.

Isabel en ese momento miró a su manera con un amor infinito. Y Carmen se conmovió ante esa mirada del corazón. Siempre supo que su hermana del alma acabaría mirándola así. Se abrazaron y Carmen le susurró al oído:

- Te quiero.
- Y yo a ti.

Carmen sabía que tenía pendiente confesarle su indebida intromisión en su diario personal. Sin embargo, dadas las emociones vividas recientemente, prefirió posponerlo para otro momento de mayor sosiego.

Y mientras el hogar Linares acogía este abrazo de amor fraternal, fuera se oían los cascos de dos caballos. Era Enrique que estaba llegando a la casa. Las dos hermanas salieron a recibirle cogidas

del brazo.

- Buenas tardes, señoritas. Justo venía para verte, Carmen. - Enrique las saluda con galantería, quitándose el sombrero y haciéndoles una pequeña reverencia.
- Hola, Enrique. ¡Qué alegría verle! Yo me voy que he quedado con Julia para ayudarla a bordar unos manteles. Adiós. - Isabel se despidió risueña.
- Adiós, cariño. - Se despidió Carmen y se volvió hacia a Enrique. - ¿Quieres dar un paseo?
- Sí, de hecho he traído la calesa. Me gustaría que diéramos ese paseo en mi jardín. ¿Te apetece?
- Me parece perfecto.

Cuando llegaron al establo de la casa de Enrique, este se apeó primero para ayudar a Carmen a bajar de la calesa. Empezaron a caminar sin rumbo y cogidos del brazo. Respiraron el olor del césped recién cortado y la fragancia de las encinas, madroños y avellanos que dominaban el prado de Enrique. Carriceros y cucos volaban simpáticos por el cielo componiendo una dulce melodía de atardecer. Carmen, sintiendo la intimidad de aquel momento, apoyó su cabeza, ladeada, sobre el hombro de él. Lo sentía fuerte y seguro, sabía que era él y que no habría otro. Enrique tomó la palabra.

- Carmen, me ha llegado una carta de la Casa Real.
- ¿Sí? ¿Y qué dice?
- Bueno, todavía estoy asimilando la noticia, Carmen, y aún no se lo he dicho a nadie.
- Guardó silencio y añadió, con un sentimiento mezclado de solemnidad y vértigo. - Quieren nombrarme marqués de Jardinia.
- ¡¿Qué?! Madre mía, Enrique. No me extraña, debieron de quedar prendados con todo lo que has hecho aquí. Es todo un honor. Enrique Martín, marqués de Jardinia. - Pronunció solemnemente Carmen mientras asomaba una sonrisa a sus labios. - Suena muy bien.
- No lo sé, yo no quería esto. No creo que pueda rechazarlo, ¿no? - Enrique dirigió a Carmen una sonrisa nerviosa.
- ¡Ni se te ocurra pensarlo, Enrique! Está a la altura de tu vocación de servicio. Seguro que es un título que sabes aprovechar en beneficio de los demás, como has hecho hasta ahora sin él.

Carmen de repente guardó silencio y su cara mostró un rictus de tristeza. Enrique la observó y preocupado le preguntó.

- Carmen, ¿qué te pasa?
- No, nada...
- Carmen. - Enrique la cogió de los hombros y delicadamente la movió hacia él. - ¿Qué ocurre?
- Pienso si el hecho de que seas un marqués puede separarnos.
- ¿Separarnos? ¿Por qué? - Enrique la miró divertido, sin entender.
- ¿Acaso está bien visto que la compañera de un marqués sea una simple profesora de

escuela?

- Ven aquí quiero enseñarte algo. - Enrique cogió de la mano a Carmen y la llevó al porche principal de la casa, justo al lugar donde habían plantado los parterres ideados por Carmen. - Mira. ¿Qué te parece? Espero no haberme precipitado.

Carmen dirigió su mirada hacia el parterre. Era un escudo en el que debían ir las iniciales de la familia. ¿Un momento? ¿Ya habían dibujado las iniciales? Había una M y ¿una L? A Carmen en ese momento le empezó a latir muy rápido el corazón. Se volvió hacia Enrique con los ojos muy abiertos.

- ¿Es esto lo que creo?
- Lo es. Quiero casarme contigo, ser tu esposo es el único título que quiero. Los demás no me interesan en absoluto.
- Enrique, ¡qué feliz soy! Yo también quiero casarme contigo. - Carmen pensaba que podría explotar de felicidad. Su dicha era completa.
- Siempre tuyo, amor mío. Siempre tuyo.

Los dos buscaron el abrigo de un viejo sauce cercano al parterre. En ese momento necesitaban evitar las miradas curiosas que podrían asomarse por las ventanas o el jardín. Se abrazaron escondidos entre sus ramas acortinadas y se besaron. Se miraron y descubrieron el amor cristalino que transmitían los ojos del otro y que prometía una vida de alegría y felicidad, una garantía de apoyo mutuo en los momentos difíciles y un bálsamo para curarse las heridas que la propia vida traería. Se apoyarían y amarían siempre y no podían ser más dichosos por que Dios los hubiera puesto uno al lado del otro.

Agradecimientos

Querida lectora o querido lector. Te agradezco que hayas llegado hasta aquí y que hayas disfrutado de este paseo por Jardinia y por los avatares de sus deliciosos habitantes. Para mí es un honor que esta historia haya tenido un hueco en tu corazón durante todo el tiempo que hayas empleado en su lectura. También espero que puedas dejar reposar la historia y los personajes en tu corazón un tiempo más y te visiten de vez en cuando.

Quiero agradecer también a mi marido su aliento constante y su confianza inquebrantable. Sin sus estímulos y sin su apoyo logístico doméstico, no hubiera sido capaz de sacar adelante este bonito proyecto literario. Gracias de corazón. Eres una inspiración para mí. En realidad, eres LA inspiración. Te quiero.

Gracias también a mi hermana Belén, por creer siempre en mí, por ayudarme a no desfallecer, por decirme todo lo que valgo, con ese ímpetu que brota del corazón de hermana. Tú y yo nos entendemos y sabemos que esto del arte y la imaginación es algo muy hermoso que debemos cuidar.

Gracias a mis amigas que siempre, sin dudar, habéis creído en mí y me habéis aplaudido con el corazón cuando os he hablado de este proyecto.

Gracias en especial a mi querida Mendi, una de mis primeras lectoras, mi ángel de la guarda, mi “sensei” espiritual. Tu compañía estos años ha inspirado muchas cosas de este libro.

Gracias a Karin Wachtendorf, mi asesora en asuntos de moda. Ella es una experta en la Historia de la Moda y los Tejidos. Siempre me ha respondido con esmero y dedicación en cada duda que le he planteado. Si he patinado en algún detalle, la culpa es solo mía. Gracias Karin, ¡cuánto vales!

Seguramente, querido lector, ya habrás descubierto que Jardinia es una villa ficticia inspirada en Comillas. Un lugar que visito de vez en cuando y que me tiene absolutamente enamorada. Es cierto que fue la primera localización de España en instalar un alumbrado eléctrico en sus calles gracias a la financiación del indiano y marqués de Comillas, Antonio López y López. Me hacía especial ilusión ambientar esta historia a finales del siglo XIX, coincidiendo con la *Belle époque* y sus espléndidos trajes.

Muchos detalles históricos que he incluido en la historia son ciertos como los baños de ola que impulsó la reina Isabel II, o que el eminente científico español Ramón y Cajal estuvo unos años dando clase de Medicina en la Universidad Complutense de Madrid. También me he permitido varias licencias para poder jugar con la historia a placer. De hecho, en realidad fueron el rey Alfonso XII y su esposa María Cristina quienes visitaron Comillas y asistieron a la inauguración del alumbrado eléctrico y no en el año 1891, sino diez años antes. Me he permitido estas licencias, ya que el plato fuerte de la historia que he querido contar no es la fidelidad a los

hechos históricos sino una historia humana relatada en un contexto histórico aproximado.

Gracias de nuevo por haber leído mi primera novela. Deseo que sea la primera de muchas y confío en que tú me acompañes en este camino. Mientras tanto, puedes seguirme en mi cuenta de instagram @rocioalvarez_autora y visitar mi página web www.rocioalvarez.es

¡Hasta pronto!